
LA REVUELTA EN VENUS

Serie Cadete Espacial 5

CAREY ROCKWELL

CLÁSICOS DE CIENCIA FICCIÓN # 7

Créditos

Título: **Clásicos de Ciencia Ficción - núm. 7**

- La revuelta en Venus

(Versión gratuita en español. Prohibida su venta.)

Traducción: Google

Edición: Artifacts, septiembre 2021.

Ebook publicado en [Artifacts Libros](#)

__oOo__

Obra Original de **Carey Rockwell** con Copyright en el Dominio Público.

The Revolt on Venus (Grosset & Dunlap Publishers New York, ©1954. Rockhill Radio)

Texto en inglés publicado en [Proyecto Gutenberg](#) el 4 de noviembre de 2006.

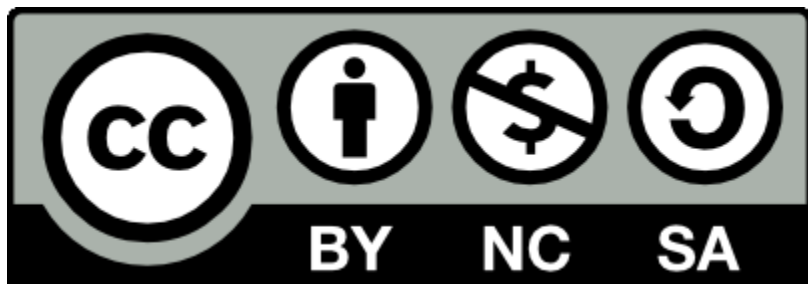
Texto en inglés revisado y producido por Greg Weeks, LN Yaddanapudi y el [Online Distributed Proofreading Team](#).

Licencia Creative Commons

Clásicos de Ciencia Ficción - núm. 7 se publica bajo Licencia CC-BY-NC-SA 4.0 <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>

Si quieres hacer una obra derivada, por favor, incluye el texto de la sección de Créditos de este eBook.

Licencia CC-BY-NC-SA



Esto es un resumen inteligible para humanos (y no un sustituto) de la licencia, disponible en Castellano. Advertencia:

Usted es libre de:

- **Compartir:** copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- **Adaptar:** remezclar, transformar y crear a partir del material.
- El licenciador no puede revocar estas libertades mientras cumpla con los términos de la licencia.
- **Bajo las condiciones siguientes:**
- **Reconocimiento:** Debe reconocer adecuadamente la autoría, proporcionar un enlace a la licencia e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo de cualquier manera razonable, pero no de una manera que sugiera que tiene el apoyo del licenciador o lo recibe por el uso que hace.
- **No Comercial:** No puede utilizar el material para

una finalidad comercial.

- **Compartir Igual:** Si remezcla, transforma o crea a partir del material, deberá difundir sus contribuciones bajo la misma licencia que el original.
- **No hay restricciones adicionales:** No puede aplicar términos legales o medidas tecnológicas que legalmente restrinjan realizar aquello que la licencia permite.

Sobre la serie Cadete Espacial

[Tom Corbett](#) es el personaje principal de la serie de historias "Cadete Espacial" (*Space Cadet*) que se presentaron en radio, televisión, libros, tiras ilustradas y comics en la década de 1950.

Las historias siguen las aventuras de los cadetes Corbett, Astro y Roger Manning (más tarde llamado TJ Thistle) mientras entrenan para convertirse en miembros de la Guardia Solar. La acción tiene lugar en las aulas de la Academia y en sus dependencias, así como a bordo de la nave de entrenamiento (el crucero espacial Polaris) y en mundos alienígenas, tanto dentro del sistema solar como orbitando otras estrellas cercanas.

Curiosamente, la serie comenzó en 1949 como una radionovela y luego como una serie de televisión y cómic antes de pasar por fin al formato libro. La serie de libros comenzó como un enlace al personaje con tramas que se hacían eco de los guiones de radio, más que de los de la televisión o los cómics.

El asesoramiento técnico para las novelas fue proporcionado por Willy Ley, uno de los principales expertos en cohetes a reacción de la década de 1950, y también escritor de ciencia ficción, conocido tanto como ser una voz clave que instaba el desarrollo de la exploración espacial en los EE. UU. como autor de innumerables artículos de revistas y libros, incluidas contribuciones en otras series.

Grosset & Dunlap publicó su octavo título en 1955/56, marcando el final efectivo de la serie en radio, televisión y los libros.

Novelas traducidas al castellano

Novelas traducidas entre junio y agosto de 2021.

- [Clásicos de Ciencia Ficción #3](#) ¡En espera hacia Marte! (Stand By For Mars!, 1952)
- [Clásicos de Ciencia Ficción #4](#) Peligro en el espacio profundo

(Danger in Deep Space, 1953)

- [Clásicos de Ciencia Ficción #5](#) Tras el rastro de los piratas espaciales (On the Trail of the Space Pirates, 1953)
- [Clásicos de Ciencia Ficción #6](#) Los pioneros espaciales (The Space Pioneers, 1953)
- [Clásicos de Ciencia Ficción #7](#) La revuelta en Venus (The Revolt on Venus, 1954)
- [Clásicos de Ciencia Ficción #8](#) Traición en el espacio exterior (Treachery in Outer Space, 1954)
- [Clásicos de Ciencia Ficción #9](#) Sabotaje en el espacio (Sabotage in Space, 1955)
- [Clásicos de Ciencia Ficción #10](#) El Reactor Robot (The Robot Rocket, 1956)

Sobre el autor

Carey Rockwell es el seudónimo bajo el cual la editorial *Grosset & Dunlap Publishers New York* publicó las novelas de la serie del Cadete Espacial, con Willy Ley como asesor técnico.

Se desconoce el verdadero nombre del escritor original de estas novelas y, de hecho, se cree que los textos no fueron escritos por una única persona. Es probable que las historias fueran inventadas por un grupo de escritores contratados por palabras o que ya colaboraban con la editorial en otros proyectos, esporádicos o no.

Ahora bien, también es muy posible que las novelas de Tom Corbett fueran todas escritas por el propio **Joseph Lawrence Greene** (1914-1990), autor estadounidense de novelas y cuentos de ciencia ficción entre cuyas creaciones más familiares se encuentra *Tom Corbett, Space Cadet*. Siendo un escritor prolífico, también contribuyó con numerosas historias a los cómics y fue editor para la editorial *Grosset & Dunlap* mientras escribía bajo varios seudónimos que incluían, supuestamente, el seudónimo de la casa "Alvin Schwartz" y también "Richard Mark", y usando diversas variaciones de su propio nombre ("Joseph Lawrence", "Joe Green", "Joseph Verdy", "Larry Verdi", "Lawrence Vert"), que ejemplifica tales juegos de palabras en idiomas extranjeros para "Green" como "Verdy", "Verdi" y "Vert".

La autoría de la serie no está muy bien documentada, pero las sugerencias incluyen al propio Greene, editor de la serie, también como escritor. Otra posibilidad nombra al autor de *The Cincinnati Kid*, Richard Jessup, como candidato a la autoría de las novelas de Corbett.

La Rebelta en Venus

por

Corey Rockwell

Capítulo 1

"¡Esclusa de aire de emergencia abierta!"

El oficial alto, de anchos hombros, vestido con el magnífico uniforme negro y dorado de la Guardia Solar, habló por un pequeño micrófono y esperó un reconocimiento. Llegó casi de inmediato.

"Cadet Corbett listo para la prueba," una voz crepitó levemente por el altavoz.

"Muy bien. Proceda."

Sentado frente a la pantalla del escáner en la cubierta de control del crucero espaci a la Polaris, el capitán Steve Strong volvió a colocar el micrófono en su ranura y observó una figura voluminosa con un traje espacial salir de la esclusa de aire y alejarse del costado de la nave.. Detrás de él, cinco chicos, todos vestidos con los vívidos uniformes azules del Cuerpo de Cadetes Espaciales, se inclinaron hacia adelante para ver cómo la figura solitaria ajustaba las boquillas de la unidad a reacción en la parte posterior de su traje espacial.

"¡Vamos, Tom!" Dijo el más grande de los cinco chicos, su voz era un estruendo bajo y poderoso mientras buscaba a su compañero de unidad.

"Si Tom hace este," gritó el cadete a su lado, un chico delgado con una espesa mata de cabello rubio muy corto, "¡la unidad Polaris está en casa gratis!"

"Esta es la última prueba, Manning," respondió uno de los tres cadetes restantes, la insignia de la unidad Arcturus en la manga de su uniforme. "Si Corbett hace este, vosotros merecen ganar."

A bordo del crucero espaci a la Polaris, atravesando el negro vacío del espacio a doscientas kilómetros sobre la Tierra, seis cadetes espaciales y un oficial de la Guardia Solar estaban realizando la

prueba final para los honores de unidad para el período. Todas las demás unidades de la Academia habían sido eliminadas en competición abierta. Ahora, los resultados de la prueba de orientación espacial individual decidirían si los tres cadetes de la unidad Arcturus o los tres cadetes de la unidad Polaris ganarían los honores finales de la unidad superior.

Roger Manning y Astro mantuvieron los ojos pegados a la pantalla del telecáner, mirando a su compañero de unidad, Tom Corbett, desplazarse lentamente por el espacio hacia su posición inicial. La tarea del joven cadete era básicamente simple; con su casco espacial oscurecido para que no pudiera ver en ninguna dirección, debía regresar a la nave desde un punto a una kilómetro de distancia, guiado solo por las órdenes de audio del oficial examinador a bordo de la nave. Su puntuación se midió por el tiempo transcurrido y la cantidad de correcciones y órdenes dadas por el oficial examinador. Fue un ejercicio diseñado para probar la estabilidad de un cadete en condiciones de espacio de emergencia.

Los tres miembros de la unidad Arcturus habían completado sus recorridos y habían regresado a la nave en un tiempo excelente. Roger y Astro también se habían sometido a sus pruebas y ahora dependía de Tom. Si pudiera regresar a la Polaris en menos de diez minutos, con no más de tres correcciones, la unidad Polaris saldría victoriosa.

Sentado directamente frente al escáner, el capitán Steve Strong, el oficial examinador, observó cómo la figura del traje espacial se reducía a una mera mancha en la pantalla. Como capitán habitual de la tripulación de Polaris, no pudo evitar apoyar en secreto a Tom, pero estaba decidido a ser justo, incluso hasta el punto de declarar ganadora a la unidad Arcturus, en caso de que la decisión fuera muy cercana. Se inclinó hacia adelante para ajustar el enfoque en el escáner, trayendo la figura a la deriva a una vista de cerca, y luego se llevó el micrófono a los labios.

"¡Espera, Corbett!" él llamó. "Te estás acercando al alcance."

"Muy bien, señor," respondió Tom. "En espera."

Detrás de Strong, Roger y Astro se miraron y se volvieron hacia la

pantalla. Como uno solo, cruzaron los dedos de ambas manos.

"¡Listo, Corbett!" llamado Strong. "Serás cronometrado desde el segundo en que estés dentro del alcance. ¡Cien pies, setenta y cinco, cincuenta, veinticinco, diez, tiempo!"

Cuando la señal resonó en su casco espacial oscurecido, Tom giró su cuerpo en un movimiento repentino y violento, y agarrando la válvula de la unidad de reacción en su espalda, la abrió hasta la mitad. Esperó, conteniendo la respiración, esperando oír al capitán Strong corregir su rumbo. Contó hasta diez lentamente, y cuando los auriculares no corrigieron, abrió la válvula de par en par y disparó a ciegas por el espacio.

A bordo de la Polaris, Astro y Roger gritaron de alegría y Strong no pudo reprimir una sonrisa. ¡La diminuta figura del escáner se precipitaba directamente hacia el costado de la Polaris!

A medida que la imagen se hacía cada vez más grande, los ojos ansiosos se movían hacia adelante y hacia atrás desde la pantalla del escáner hasta la manecilla constante del cronómetro. Roger se mordió el labio con nerviosismo y las manos de Astro temblaron.

Cuando Tom llegó a un punto a quinientos pies de distancia de la nave, Strong abrió el circuito de audio y emitió su primera orden.

"Alcance quinientos pies," gritó. "¡Corten los chorros!"

"¡Ya estás aquí, astronauta!" gritó Roger al micrófono, inclinándose sobre el hombro de Strong. El capitán lo silenció con una mirada furiosa. Nadie podía hablar con el examinado excepto el oficial de pruebas.

Tom cerró la válvula de su propulsor y se dio la vuelta a ciegas de nuevo para desplazarse con los pies primero hacia la nave. Strong observó este acercamiento de cerca, admirando en silencio la forma sin esfuerzo en que el cadete se manejaba en un espacio ingrávito. Cuando Tom estaba a quince metros de la nave y aún viajaba bastante rápido, Strong dio la segunda orden de reducir su velocidad. Tom abrió la válvula de nuevo y sintió el tirón de los jets frenando su aceleración. Iba a la deriva cada vez más lento, y al

darse cuenta de que estaba cerca del casco de la nave, estiró las piernas, esforzándose por hacer contacto. Segundos más tarde sintió un fuerte golpe en las plantas de sus pies, y dentro de la nave se escuchó el ruido sordo de las botas de metal golpeando la piel metálica del casco.

"¡Tiempo!" rugió Strong y miró el cronómetro astral sobre su cabeza. Los chicos se apiñaron alrededor mientras el capitán de la Guardia Solar calculaba rápidamente la puntuación de Tom. "Nueve minutos, cincuenta y un segundos y dos correcciones," anunció, incapaz de disimular el orgullo en su voz.

"¡Ganamos! ¡Ganamos!" rugió Roger. "¡Los honores de término son para Polaris!"

Roger se dio la vuelta y comenzó a golpear a Astro en el pecho, y el gigante venusiano lo levantó y lo bailó por la cubierta. Los tres miembros de la unidad Arcturus esperaron hasta que el primer resplandor de la victoria se apagó y luego se apiñaron alrededor de los dos chicos para felicitarlos.

"No olvides al cadete que lo hizo," comentó Strong secamente, y los cinco cadetes se apresuraron a bajar a la cubierta de ataque de las lanchas a reacción para esperar a Tom.

Cuando Tom salió de la esclusa de aire unos momentos después, Roger y Astro se apiñaron sobre él y comenzó otra danza salvaje. Finalmente, liberándose de sus bien intencionados pero violentos compañeros de unidad, sonrió y jadeó: "Bueno, desde esa recepción, supongo que lo hice."

"Spaceboy", Roger sonrió— "¡hiciste que la unidad Arcturus pareciera como tres viejos en una tina contando los dedos de los pies!"

"Felicitaciones, Corbett," dijo Tony Richards de la tripulación de Arcturus, ofreciendo su mano. "Eso fue muy rápido maniobrar allí."

"Gracias, Tony." Tom sonrió, pasando su mano por su cabello castaño rizado. "Pero tengo que admitir que estaba un poco asustado. ¡Vaya! ¡Qué sensación espeluznante saber que estás solo

en el espacio y no puedes ver nada!."

Su entusiasmo fue interrumpido por la voz de Strong por el intercomunicador de la nave. "¡Esperen, todas las estaciones!"

"¡Aquí vamos!" gritó Roger. "¡Vuelve a la Academia y vete!"

"¡Yééóow!" El rugido de toro de Astro resonó en la nave mientras los cadetes se apresuraban a sus estaciones de vuelo.

Como cadete de mando de la Polaris, Tom subió a la cubierta de control y se sujetó al asiento del piloto de mando, preparado para ponerse en marcha. Astro, el cadete de la cubierta de energía que podía "desarmar un motor de cohete y volver a armarlo con sus pulgares," tronó desde abajo hacia los cohetes atómicos que amaba más que cualquier otra cosa en el universo. Roger Manning, el tercer miembro de la famosa unidad Polaris, subió corriendo la estrecha escalera que conducía al puente del radar para tomar el mando de la astrogación y las comunicaciones.

Mientras el capitán Strong y los miembros de la unidad Arcturus se ataban a los cojines de aceleración, Tom realizaba una revisión de rutina de los muchos indicadores del gran panel de control que tenía ante él. Satisfecho, abrió el intercomunicador y llamó: "¡Todas las estaciones, regístrense!"

"¡Cubierta de radar, sí!" dijo la voz perezosa de Roger.

"¡Cubierta de energía, recibido.!" rugió Astro.

"¡Energice las bombas de refrigeración!" ordenó Tom.

"¡Bombas de enfriamiento, sí!"

El zumbido de las poderosas bombas se escuchó de repente, gimiendo inquietantemente en todo la nave.

"¡Alimente el reactante!"

El agudo silbido del combustible que se introducía en los motores de los cohetes se elevó por encima del zumbido de las bombas y la nave tembló.

"Prepárate para explotar," dijo Tom. "¡Velocidad espacial estándar!"

Instantáneamente, la Polaris se disparó hacia la Tierra en un arco largo y curvo. Momentos después, cuando la enorme bola redonda del planeta madre apareció en la pantalla del escáner, la voz de Roger informó por el intercomunicador: "El control del espaciopuerto de la Academia nos da la órbita de aproximación 074 para el aterrizaje en la Rampa Doce, Tom."

"074 Rampa Doce," repitió Tom. "¡Entiendo!"

"¡Doce!" rugió Astro de repente por el intercomunicador. "¿No podrías acercarte más a la Academia que eso, Manning? ¡Tendremos que caminar dos kilómetros hasta la acera más cercana!"

"Lástima, Astro," replicó Roger, "pero supongo que si tuviera que cargar con tantos músculos y huesos inútiles como tú, ¡también me quejaría!"

"No soy tan afortunado como tú, Manning," espetó Astro rápidamente. "No tengo todo ese gas espacial para flotar."

"Ya basta, amigos," intervino Tom con firmeza. "Vamos a entrar en nuestro enfoque."

Tumbado en su cojín de aceleración, Strong miró a Tony Richards de la unidad Arcturus y le guiñó un ojo. Richards le guiñó un ojo y le devolvió la sonrisa. "Nunca paran, ¿verdad, señor?"

"Cuando lo hagan," respondió Strong, "los enviaré a los tres a la enfermería para que los examinen."

"Doscientos mil pies hasta la superficie de la Tierra," dijo Tom. "Prepárense para las operaciones de aterrizaje."

Mientras Tom ajustaba los numerosos controles del complicado panel de operaciones de la nave, Roger y Astro siguieron sus órdenes rápida y exactamente. "¡Corten los cohetes impulsores principales y denme medio empuje en los cohetes de frenado hacia adelante!" ordenó Tom, con los ojos pegados al altímetro.

El Polaris se estremeció bajo el repentino retroceso de potencia,

luego comenzó una curva ascendente, con el morro apuntando hacia el espacio. Tom ladró otra orden. "¡Cohetes de frenado llenos! ¡Esperen los cohetes impulsores principales!"

La elegante nave comenzó a asentarse en la cola hacia su destino: la Academia Espacial, EE. UU.

En el corazón de una gran extensión de tierra despejada en la parte occidental del continente norteamericano, el grupo de edificios que marcaba la Academia Espacial brillaba intensamente bajo el sol del mediodía. Elevándose sobre el cuadrángulo de hierba verde de la Academia se encontraba la magnífica Torre de Galileo, construida con cristal puro de Titán que brillaba como un diamante gigantesco. Con edificios más pequeños, incluidas las salas de estudio, el laboratorio de nucleónica, los dormitorios de los cadetes, los comedores, las salas de recreación, todos conectados por pasillos deslizantes rodantes, y al norte, la vasta área del puerto espacial con sus rampas explosivas, la Academia fue la meta de todo niño en el año 2353 d.C., la era de la conquista del espacio.

Fundada más de cien años antes, la Academia Espacial capacitó a los jóvenes de la Alianza Solar para el servicio en la Guardia Solar, la poderosa fuerza creada para proteger las libertades de los planetas. Pero desde el principio, los estándares de la Academia eran tan altos, los requisitos tan estrictos, que no muchos lo lograron. De los mil muchachos que se inscriben cada año, se esperaba que solo veintiuno de ellos se convirtieran en oficiales, y de este grupo, solo siete serían pilotos de mando. La gran flota de la Guardia Solar que patrullaba las rutas espaciales a lo largo de los millones de kilómetros entre los satélites y los planetas poseía el mejor, pero más complicado, equipo de la Alianza. Ser oficial de la flota requería una combinación de habilidades y conocimientos técnicos tan exigentes que el ochenta por ciento de los oficiales de la Guardia Solar se retiraban a la edad de cuarenta años.

En lo alto del puerto espacial, los tres cadetes de la unidad Polaris, felices con la perspectiva de un mes completo de libertad, se concentraron en la tarea de aterrizar la gran nave en el espaciopuerto de la Academia. Observando la pantalla del teleceptor que le daba una vista del puerto espacial a popa de la nave, Tom llamó por el intercomunicador: "Trescientos metros para

aterrizar. Cortar los cohetes de frenado. ¡Impulsor principal lleno!"

El atronador estallido de los cohetes fue su respuesta, que se convirtió en una violencia rugiente. Temblando, el gran crucero descendió al suelo pie a pie, perfectamente equilibrado sobre el ardiente escape de sus tubos principales.

Segundos después, los gigantescos amortiguadores crujieron en la rampa y Tom cerró el interruptor principal cortando toda la energía. Miró el cronómetro astral sobre su cabeza y luego se volvió para hablar en la grabadora de registro de audio. "El crucero espacial a la Polaris completó el vuelo espacial uno-siete-seis en 1301."

El capitán Strong se acercó a Tom y le dio una palmada en el hombro. "Asegure la Polaris, Tom, y dígame a Astro que prepare la pila de reactante de la cámara de disparo para tirarla cuando llegue el carro de sopa caliente." El oficial de la Guardia Solar se refirió al trineo a reacción revestido de plomo que eliminó las pilas de reactantes de todas las naves que debían estar en reposo por más de tres días. "Y será mejor que vayas a tu dormitorio de inmediato," continuó Strong. "Tienes que prepararte para el desfile y la destitución completa del Cuerpo."

Tom sonrió. "¡Sí señor!"

"Estamos despegando, señor," dijo Tony Richards, dando un paso adelante con sus compañeros de unidad. "Felicitaciones de nuevo, Corbett. ¡Aún no puedo entender cómo lo hiciste tan rápido!"

"Gracias, Tony," respondió Tom amablemente. "Fue suerte y la presión de una buena competencia."

Richards le estrechó la mano y luego se volvió hacia Strong. "¿Tengo su permiso para dejar la nave, señor?" preguntó.

"Permiso concedido," respondió Strong. "Y que tengas buenas vacaciones."

"Gracias Señor."

Los tres cadetes de Arcturus saludaron y abandonaron la nave. Un momento después, Roger y Astro se unieron a Strong y Tom en la

cubierta de control.

"Bueno," dijo Strong, "¿qué tonterías han planeado vosotros tres para su salida? Intenten ver a Liddy Tamal. Escuché que está haciendo un nuevo estéreo sobre la Guardia Solar. Es posible que los contraten como asistentes técnicos." Él sonrió. La famosa actriz era una de las favoritas de los cadetes. Strong esperó. "Bueno, ¿es un secreto?"

"Fue tu idea, Astro," dijo Roger. "Adelante."

"Sí," dijo Tom. "Nos metiste en esto."

"Bueno, señor," murmuró Astro, poniéndose rojo de vergüenza, "vamos a Venus."

"¿Qué tiene de inusual ir a Venus?" preguntó Strong.

"Vamos a cazar," respondió Astro.

"¿Caza?"

"Sí, señor," tragó saliva el gran venusiano. "Para tiranosaurio."

Strong se quedó boquiabierto y de repente se sentó en el cojín de aceleración más cercano. "Esperaba algo un poco extraño de vosotros tres niños genios." Él rió. "Sería imposible para ti ir a casa y relajarte durante un mes. ¡Pero esto me arruina! ¡Cazando un tiranosaurio! ¿Qué vas a hacer con él después de atraparlo?" Hizo una pausa y luego agregó: "Si es así."

"Cómelo," dijo Astro simplemente. "¡El bistec de tiranosaurio es delicioso!"

Strong se dobló de risa ante la seriedad de la expresión de Astro. El gigante venusiano continuó obstinadamente, "Y además, hay una recompensa por ellos. Mil créditos por cada cabeza de tirano traída. Son peligrosos y destruyen muchas cosechas."

Strong se enderezó. "¡Está bien, está bien! ¡Adelante! Diviértase, pero no se arriesguen innecesariamente. Me gusta que mis cadetes tengan todos los brazos, piernas y cabezas que se supone que deben

tener." Hizo una pausa y miró su reloj. "Será mejor que empieces a saltar. Astro, ¿preparaste la pila para el cascarón de sopa?"

"¡Sí señor!"

"Muy bien, Tom, asegura la nave." Se puso firme. "Unidad, párate... ¡a!"

Los tres cadetes se pusieron rígidos y saludaron enérgicamente.

"¡Unidad despedida!"

El capitán Strong se volvió y abandonó la nave.

Tom, Roger y Astro comprobaron apresuradamente la gran nave espacial y quince minutos más tarde salían corriendo de la cámara de aire principal. Enganchando un paseo en un trineo a reacción hasta la pasarela más cercana, pronto fueron llevados rápidamente hacia sus habitaciones. Ya, las unidades de cadetes estaban de pie en nuevos tonos azules esperando la llamada para el desfile final.

Exactamente a las mil quinientas, todo el Cuerpo de Cadetes se adelantó con precisión electrónica para el ejercicio final del período. De tres en tres, cada unidad marchando junta, con la unidad Polaris caminando detrás de los abanderados como unidad de honor, pasaron por el puesto de revisión. Los oficiales superiores de la Guardia Solar, los delegados de la Alianza Solar y los oficiales de estado mayor de la Academia aceptaron su saludo. El comandante Walters se quedó rígido frente al estrado, su corazón se llenó de orgullo al reconocer la unidad de honor. Casi había eliminado la unidad Polaris al comienzo de su entrenamiento en la Academia.

El mayor Lou Connel, oficial superior de línea de la Guardia Solar, dio un paso adelante cuando los cadetes se detuvieron y le presentaron a Tom, Roger y Astro el emblema de su logro, un pequeño broche de oro con la forma de un cohete. Él también había tenido sus dificultades con la unidad Polaris, y aunque nunca se le había escuchado felicitar a nadie por nada, sin esperar nada más que lo mejor todo el tiempo, los felicitó de todo corazón mientras les entregaba su trofeo ganado con tanto esfuerzo.

Después de la entrega de varios premios, el Comandante Walters se dirigió al Cuerpo de Cadetes y concluyó con.." todos vosotros han tenido un año difícil. Pero cuando regresen en cuatro semanas, pensarán que este último período ha sido un picnic.". Y recuerda, vayas donde vayas, hagas lo que hagas, ¡eres Space Cadets! ¡Actúa como uno! Pero sobre todo, ¡diviértete! ¡La suerte del astronauta!"

Un cadete se adelantó rápidamente, se volvió hacia la línea de cadetes y levantó las manos. Los bajó rápidamente y las palabras de la canción de la Academia tronaron de mil voces.

"De los campos de cohetes de la Academia
A las lejanas estrellas del espacio exterior,
Somos cadetes espaciales entrenando para ser
Listo para los peligros que podamos enfrentar.
Arriba en el cielo, pasando como un cohete,
Más alto que alto, más rápido que rápido
Hacia el espacio, hacia el sol
Mírala irse cuando le demos el arma.
Somos Space Cadets y estamos orgullosos de decir
Nuestra lucha por el derecho nunca cesará.
Como un rayo cósmico, iluminamos el camino
¡A la paz interplanetaria!"

"¡Despedido!" rugió Walters. Inmediatamente, las líneas precisas de cadetes se convirtieron en una multitud aullante de chicos ansiosos, todos aparentemente corriendo en una dirección diferente.

"Vamos," dijo Roger. "¡Lo tengo todo listo! Vayamos a la estación antes que la multitud."

"Pero ¿qué pasa con nuestro equipo?" dijo Tom. "Tenemos que

volver al dormitorio."

"Lo envié a la estación anoche. ¡Conseguí los boletos del monorraíl para Átomo City la semana pasada, y reservé asientos en el Venus Lark hace dos semanas! ¡Vamos!"

"Solo Roger podía manejarlo con tanta dulzura," suspiró Astro. "¿Sabes?, pez gordo, ¡a veces creo que eres útil!"

Los tres cadetes se volvieron y cruzaron el cuadrángulo hacia la pasarela más cercana que los llevaría a la estación de monorraíl de la Academia y al comienzo de su aventura en las selvas de Venus.

Capítulo 2

"La situación puede ser seria y puede que no, pero no quiero correr ningún riesgo."

El comandante Walters estaba sentado en su oficina, en lo alto de la Torre de Galileo, con los jefes de departamento de la Academia y la Guardia Solar. Detrás de él, una pared entera hecha de cristal transparente ofrecía una vista impresionante de los terrenos de la Academia. Ante él, sus rostros mostraban su preocupación por un informe que Walters acababa de leer, el capitán Strong, el mayor Connel, la Dra. Joan Dale y el Profesor Sykes esperaron a que el oficial al mando de la Academia continuara.

"Como usted sabe," dijo Walters, "la resolución aprobada por el Consejo para establecer la Guardia Solar establece específicamente que será el deber de la Guardia Solar investigar y obtener pruebas para el Consejo de la Alianza Solar de cualquier acto de cualquier persona, o grupo de personas, sospechosas de acciones abiertas contra la Constitución Solar o la Declaración Universal de Derechos. Ahora, basándome en el informe que acabo de leerles, me gustaría una opinión de cada uno de vosotros."

"¿Con qué propósito, Comandante?" preguntó Joan Dale, la joven y guapa astrofísica.

"Para decidir si sería aconsejable tener una investigación completa y abierta de esta información del agregado de la Guardia Solar en Venus."

"¿Por qué perder el tiempo hablando?" espetó el profesor Sykes, el jefe del laboratorio de nucleónica. "Investiguemos. Ese informe suena serio."

El mayor Connel miró al hombrecillo de pelo gris con una pequeña mirada.

"Profesor Sykes, una investigación es seria. Cuando se basa en un

informe como este, es doblemente seria y necesita un pensamiento directo y cuidadoso. No queremos lastimar a personas inocentes."

Sykes se movió en su silla y miró al corpulento oficial de la Guardia Solar. "No intentes decirme nada sobre el pensamiento recto, Connel. ¡Sé más sobre la Constitución Solar y los derechos de nuestros ciudadanos de lo que tú sabrás en diez mil años luz!"

"¿Sí?" rugió Connel. "¡Y con todo tu cerebro probablemente descubrirías que estas personas no son más que un grupo de colonos inofensivos en un picnic!"

El profesor salió disparado de su silla y agitó un dedo enojado debajo de la nariz de Connel. "¡Y eso sería mucho más de lo que estoy descubriendo ahora mismo con ese artilugio tuyo!" él gritó.

La cara de Connel se puso roja. "¡Así es como te sientes con mi invento!" él chasqueó.

"¡Sí, eso es lo que siento por tu invento!" respondió Sykes acaloradamente. "¡Conozco a tres cadetes que podrían construir ese dispositivo en la mitad del tiempo que te ha llevado solo descubrir la teoría!"

El comandante Walters, el capitán Strong y Joan Dale luchaban por no reírse del acalorado intercambio entre los dos astronautas veteranos.

"Suenan como la unidad Polaris," susurró Joan a Strong.

Walters se puso de pie. "¡Caballeros! ¡Por favor! Estamos aquí para discutir un informe sobre las actividades de una organización secreta en Venus. Tendré que pedirles que se mantengan en el tema que nos ocupa. Dr. Dale, ¿tiene algún comentario sobre el informe?" "Se volvió hacia el joven físico que estaba ahogando una risa.

"Bueno, Comandante," comenzó, aún sonriendo, "el informe es bastante incompleto. Me gustaría ver más información antes de que se tome una decisión real."

Walters se volvió hacia Strong. "¿Steve?"

"Creo que Joan tiene la idea correcta, señor," respondió. "Si bien el informe indica que un grupo de personas en Venus se reúne con regularidad y en secreto, y visten un uniforme tonto, creo que necesitamos más información antes de ordenar una investigación a gran escala."

"Tiene razón, comandante," interrumpió Connel. "No puede ponerse un traje y exigir un vistazo a sus registros, libros e índice de membresía, a menos que esté bastante seguro de que encontrará algo."

"Envía a un hombre desde aquí," sugirió Strong. "Si utiliza a alguien fuera de la oficina de Venus, es posible que lo reconozcan."

"Buena idea," comentó Sykes.

Joan asintió. "Suena razonable."

"¿Cómo te sientes al respecto, Connel?" preguntó Walters.

Connel, aún furioso por el comentario de Sykes en su grabadora de espectro, lanzó una mirada de enojo al profesor. "Creo que está bien," dijo sin rodeos. "¿A quién vas a enviar?"

Walters hizo una pausa antes de responder. Miró a Strong y luego a Connel. "¿Que hay de ti?"

"¿Me?"

"¿Por qué no?" continuó Walters. "¿Sabes? tanto sobre Venus como cualquiera, y tienes muchos amigos allí en los que puedes confiar. Narra un rato, mira qué puedes aprender, extraoficialmente."

"Pero ¿qué hay de mi trabajo en la grabadora de espectro?" preguntó Connel.

"¡Ese!" resopló Sykes burlonamente. "Eh, eso se puede completar en cualquier momento que desee escuchar algunos hechos claros sobre..."

"¡Nunca escucharé nada de lo que tengas que decir, viejo cazador de neutrones seco!" maldijo Connel.

"Por supuesto que no," se rió Sykes. "Y es la misma terquedad obstinada la que te impedirá terminar esa grabadora."

"Lo siento, caballeros," dijo Walters con firmeza. "No puedo permitir que las discusiones personales interfieran con el problema en cuestión. ¿Qué te parece, Connel? ¿Irás a Venus?"

Lou Connel era el oficial de línea más antiguo de la Guardia Solar, habiendo recomendado a Walters, un poco más joven, para el puesto de comandante de la Academia Espacial y la Guardia Solar para que él mismo pudiera escapar de un trabajo de escritorio y continuar disparando por el espacio donde había dedicado toda su vida. Si bien Walters tenía la autoridad para ordenarle que aceptara la asignación, Connel sabía que si rogaba debido a su trabajo en la grabadora, Walters lo entendería y le ofrecería la asignación a Strong. Hizo una pausa y luego gruñó: "¿Cuándo despegaré?"

Walters sonrió y respondió: "Tan pronto como nos comuniquemos con la sede de Venus y les digamos que lo esperen."

"¿No sería mejor dejarme ir sin fanfarrias?" musitó el fornido astronauta. "Podría simplemente tomar una nave y actuar como si estuviera en algún tipo de detalle especial. De hecho, Higgleston en el laboratorio de Venuspuerto tiene alguna información que podría usar."

—Todo lo que Higgleston pueda decirte,"intervino Sykes—, ¡puedo decírtelo! Eres demasiado terco para escucharme.

Connel abrió la boca para golpear al profesor a cambio, pero captó una mirada aguda de Walters y apretó los labios con fuerza.

"Supongo que eso es todo, entonces," dijo Walters. "¿Alguien tiene alguna otra idea?" Echó un vistazo a la habitación. "¿Joan? ¿Steve?"

El Dr. Dale y el capitán Strong negaron con la cabeza en silencio. Strong estaba decepcionado de que no le hubieran dado la asignación en Venus. Cuatro semanas en la Academia abandonada parecería vivir en un cementerio. Walters sintió sus sentimientos y, sonriendo, dijo: "Has estado yendo como un cohete el año pasado,

Steve. Tengo una tarea específica para ti."

"¡Sí señor!" Strong miró hacia arriba con entusiasmo.

"Quiero que vayas a Sweet Water Lakes alrededor de New Chicago —"

"¿Sí señor?"

"—Ve a mi cabaña—"

"¿Señor?"

"¡Y ve a pescar!"

Strong sonrió. "Gracias, patrón," dijo en voz baja. "Creo que me vendría bien un poco de relajación. Estuve casi tentado de unirme a Corbett, Manning y Astro. ¡Van a buscar un tiranosaurio en el cinturón de la jungla de Venus!"

"¡Explota mis jets!" rugió Connel. "¡Esos chicos no se han suicidado en cumplimiento del deber, así que salen y se enredan con el monstruo más grande y peligroso de todo el sistema solar!"

"Bueno," dijo Joan con una sonrisa, "pondré mi dinero en Astro contra un tirano en cualquier momento, libra por libra!"

"¡Escucha Escucha!" intervino Sykes, y olvidándose de su discusión con Connel, se volvió hacia el astronauta. "Dime, Lou," dijo, "cuando llegues a Venus, dile a Higgy que te dije que te mostrara el ionoscopio magnético que está montando. Podría darte algunas ideas."

"Gracias," respondió Connel, olvidándose también del candente intercambio de unos minutos antes. Él se paró. "Tomaré la Polaris, comandante. Es la nave más rápida disponible con controles automáticos para un salto en solitario."

"Le han quitado su pila de reactantes, mayor," dijo Strong. "Hará falta unas buenas dieciocho horas para volver a calmarla."

"Yo me ocuparé de eso," dijo Connel. "¿Hay alguna orden específica,

Comandante?"

"Usa tu propio juicio, Lou," dijo Walters. "¿Sabes? lo que queremos y hasta dónde llegar para conseguirlo. Si aprendes algo, iniciaremos una investigación a gran escala. Si no, olvidaremos todo el asunto y nadie saldrá herido."

"Y la Guardia Solar no tendrá la reputación de ser entrometida," añadió Strong.

Connel asintió. "Me haré cargo de ello." Dio la mano a todos, llegando a Sykes en último lugar. "Siento haber perdido los estribos, profesor," dijo con brusquedad.

"Olvídelo, mayor." Sykes sonrió. Realmente admiraba al rudo astronauta.

El fornido oficial superior se puso atento, saludó secamente, se volvió y salió de la oficina. Por el momento, el misterioso problema de Venus era su responsabilidad.

"¡El expreso de Átomo City sale por la Vía Cuatro!"

Una voz metálica resonó por el altavoz de la estación, mientras los pasajeros de último momento subían a la larga fila de relucientes vagones monorraíl blancos, que colgaban de una única barandilla de acero. En la puerta abierta de uno de los vagones del extremo, un conductor levantó el brazo, luego se detuvo y esperó pacientemente mientras tres Cadetes Espaciales bajaban corriendo las escaleras y recorrían el andén en una carrera precipitada hacia el tren. Se amontonaron dentro, casi uno encima del otro.

"Gracias por esperar, señor," jadeó Tom Corbett.

"Para nada, Cadete," dijo el conductor. "No podía dejar que desperdiciara su permiso esperando otro tren."

El anciano accionó un interruptor en el estrecho vestíbulo y la puerta se cerró con un suave silbido de aire. Insertó una llave de luz en un enchufe cercano y la giró suavemente, completando un circuito que encendió la luz de "adelante" en la cabina del ingeniero. Casi de inmediato, el tren monorraíl avanzó, suspendido

en el riel superior. Para cuando pasó el último edificio de la Academia Espacial, el tren avanzaba a toda velocidad por las llanuras hacia Átomo City.

El viaje a la gran metrópolis del continente norteamericano estuvo lleno de emoción y anticipación para los tres miembros de la tripulación de Polaris. Los vagones estaban abarrotados de cadetes con licencia, y aunque hubo muchas bromas y payasadas, los pocos pasajeros civiles quedaron impresionados con el porte caballeroso de los jóvenes astronautas. Tom y Roger finalmente se dispusieron a leer las últimas revistas suministradas por la empresa de monorraíl. Pero Astro se dirigió al cascarón restaurante donde llamó mucho la atención por su pedido de una docena de huevos, seguido de dos pedidos de gofres y un litro de leche. Finalmente, cuando el mayordomo del cascarón restaurante hizo alto, porque era hora de cerrar, Astro regresó con Tom y Roger con una bolsa de plástico de papas fritas, y los tres niños se sentaron, masticando felices. El campo pasó como un relámpago de color veraniego mientras el tren avanzaba a una velocidad de doscientos kilómetros por hora.

Unas horas y cuatro bolsas de patatas después, Astro bostezó y estiró sus enormes brazos, casi golpeando a Roger en el ojo.

"¡Oye, gran simio!" gruñó Roger. "¡Cuidado con el ojo!"

"Nunca te lo perderías, Manning," dijo Astro. "Solo usa tu radar."

"No importa, me gusta este ojo tal como es."

"Ya casi llegamos," dijo Tom. Señaló la ventana de cristal y pudieron ver los altos picos de la cordillera de las Montañas Rocosas que se alzaban más adelante. "¡Atravesamos el nuevo túnel en esas montañas y estaremos en Átomo City en diez minutos!"

Había un bullicio de actividad a su alrededor mientras otros cadetes se levantaban y recogían su equipo. Una vez más, la conversación se volvió animada y excitada a medida que el tren se acercaba a su destino. Parpadeando en el túnel, la línea de autos comenzó a disminuir, balanceándose suavemente.

"Será mejor que vayamos directamente al puerto espacial," dijo

Tom, sacando su equipo del portaequipajes empotrado debajo de su asiento. "Nuestra nave despega hacia Venus en menos de media hora."

"Vaya, será un placer viajar en una nave espacial sin tener que desplazarse," dijo Roger. "Me sentaré y me lo tomaré con calma. Espero que haya algunas muñecas espaciales atractivas a bordo."

Tom se volvió hacia Astro. "¿Sabes?, Astro," dijo con seriedad, "es bueno que estemos juntos para cuidar de este Romeo. Si estuviera solo, terminaría en otro tipo de cacería."

"Me gustaría ver cómo funcionan las tácticas de Manning en una mujer *dasyopus novemcinctur maximus*," dijo Astro con una sonrisa maliciosa.

"¿Una mujer qué?" gritó Roger.

"Un armadillo gigante, Roger," explicó Tom, riendo. "Muy grande y muy malo cuando no les agradas. No lo olvides, todo en Venus crece debido a la gravedad más ligera."

"Sí," dijo Roger arrastrando las palabras, mirando a Astro. "¡Grande y tonto!"

"¿Que fue eso denuevo?" gritó el gigante venusiano, alcanzando al cadete voltereta. Al momento siguiente, Roger estaba luchando inútilmente, con los pies pateando salvajemente mientras Astro lo sostenía con el brazo extendido a quince centímetros del suelo. Los cadetes en el coche estallaron en carcajadas.

"¡Átomo City!" una voz sobre el comunicador intercar retumbó y los chicos miraron por la ventana para ver los imponentes edificios de Átomo City deslizarse lentamente. El tren apenas se había detenido por completo cuando los tres cadetes salieron por la puerta, subieron corriendo las escaleras y se subieron a una cabina de reacción. Quince minutos más tarde marcharon hasta uno de los muchos mostradores de boletos del puerto espacial interplanetario de Átomo City.

"Reservas para los cadetes Corbett, Manning y Astro en el Venus

Lark, por favor," anunció Tom.

La chica detrás del mostrador pasó el dedo por un manifiesto de pasajeros, asintió y, de repente, frunció el ceño. Se volvió hacia Tom y dijo: "Lo siento, Cadete, pero sus reservas han sido reemplazadas por una lista de prioridades."

"¡Prioridad!" rugió Roger. "Pero hice esas reservas hace dos semanas. Si hubo un cambio, ¿por qué no nos lo dijiste antes?"

"Lo siento, señor," dijo la niña con paciencia, "pero de acuerdo con el manifiesto, la llamada prioritaria llegó hace unas horas. Alguien se comunicó con la Academia Espacial, pero usted ya se había ido."

"Bueno, ¿hay otro barco para Venuspuerto hoy?"

"Sí," respondió ella y tomó otro manifiesto. Mirándolo rápidamente, negó con la cabeza. "No hay reservas abiertas," dijo. "Me temo que el próximo vuelo a Venuspuerto con reservaciones abiertas no será hasta dentro de cuatro días."

"¡Explota mis jets!" Roger gruñó disgustado. "¡Cuatro días!" Se sentó sobre su equipo y frunció el ceño. Astro se apoyó en el escritorio y miró con tristeza al suelo. En ese momento, un joven de rostro delgado y mirada tensa e intensa empujó a Tom a un lado con un brusco "¡Disculpe!" y se acercó al escritorio.

"Tienes tres reservas en el Venus Lark," dijo rápidamente. "Prioridad número cuatro-siete-seis, S.D."

Tom, Roger y Astro lo miraron de cerca. Lo vieron pagar nerviosamente sus boletos y luego alejarse rápidamente sin volver a mirar a la vendedora de boletos.

"¿Eran esos nuestros asientos, señorita?" preguntó Tom. La niña asintió.

Los tres cadetes se quedaron mirando al joven que los había derribado de la nave.

"El símbolo S.D. en la prioridad significa Delegado Solar," dijo Roger. "Tal vez sea un mensajero."

Al joven se le unieron otros dos hombres también vestidos con ropa de Venus, y después de unas pocas palabras, todos se volvieron y entraron en la acera deslizante hacia el gigantesco barco de pasajeros que se preparaba para despegar.

"¡Esta es la suerte más asombrosa del universo!" gruñó Roger.
"¡Cuatro días!"

"Anímate, Roger," dijo Tom. "Podemos pasar los cuatro días en Átomo City. Tal vez Liddy Tamal esté aquí. Podemos seguir la sugerencia del capitán Strong."

"Incluso ella no hace que la demora de cuatro días suene emocionante," interrumpió Roger. "Vamos. Podríamos volver a la ciudad o ni siquiera conseguiremos una habitación."

Recogió su equipo y regresó a la cabina del jet. Astro y Tom siguieron al cadete rubio con tristeza.

El puesto estaba vacío, pero una cabina de reacción acababa de llegar a la plataforma con un pasajero. Cuando los chicos se acercaron para esperar en la puerta, ésta se abrió y salió una figura familiar con un uniforme negro y dorado.

"¡Capitán Strong!"

"¡Corbett!" exclamó Strong. "¿Qué estás haciendo aquí? Pensé que estabas a bordo del Venus Lark."

"Fuimos sacados de nuestra reserva por una prioridad de SD," dijo Astro.

"Y no podemos salir de aquí hasta dentro de cuatro días," agregó Roger con tristeza.

Fuertemente simpatizado. "Eso es duro, Astro." Miró los tres rostros adustos y luego dijo: "¿Considerarías conseguir un viaje gratis a Venus?"

Los tres cadetes miraron esperanzados.

"El mayor Connel está llevando la Polaris a Venus para completar un trabajo con el profesor Higgleston en el laboratorio de Venus," explicó Strong. "Si puedes regresar a la Academia antes de que despegue, puede que te lleve."

"¡No, gracias!" dijo Roger. "Prefiero sentarme aquí."

"Espera un minuto, Roger," dijo Tom. "Estamos de permiso, ¿recuerdas? Y solo hay un pequeño salto hasta Venus."

"Sí, pez gordo," agregó Astro. "Llegaremos a Venus más rápido que Venus Lark, y además ahorraremos dinero."

"Está bien," dijo Roger. "Supongo que puedo llevarlo por un tiempo."

Strong reprimió una sonrisa. La renuencia de Roger a ir con Connel estaba bien fundada. Cualquier cadete que se encontrara a una distancia de gran alcance del astronauta endurecido probablemente terminaría con un montón de deméritos.

"¿Tiene una misión, señor?" preguntó Tom.

"Vacaciones," dijo Strong. "Cuatro semanas de pesca en la cabaña del comandante Walters en Sweet Water Lakes."

"Si pasas por New Chicago," dijo Tom, "serías bienvenido a pasar por mi casa. Mamá y papá estarían muy felices de conocerte. Y creo que Billy, mi hermano menor, lanzaría un cohete."

"Gracias, Tom. Podría hacerlo si tengo tiempo." El miró su reloj. "Será mejor que vosotros tres se den prisa. Les aconsejaría tomar un jetcopter de regreso a la Academia. Es posible que no lo logren si esperan un monorraíl."

"Haremos eso, señor," dijo Tom.

Los tres muchachos arrojaron sus cosas en la cabina que los esperaba y se amontonaron. Strong los vio alejarse rugiendo, con el ceño fruncido en sus pensamientos. Un S.D. La prioridad, la más alta prioridad en el espacio, fue utilizada solo por correos especiales en misiones importantes para uno de los delegados. Él se encogió de

hombros. "Llegar a ser tan sospechoso como una vieja gallina espacial," se dijo a sí mismo. "La pesca es lo que necesito. ¡Una buena pelea con una trucha en lugar de una conspiración espacial!"

Capítulo 3

¡Despegue, menos, cinco, cuatro, tres, dos, uno, cero!

Cuando los cohetes impulsores principales cobraron vida, Tom cayó hacia atrás en su asiento ante el panel de control de la Polaris y sintió el empuje creciente mientras la nave gigante despegaba del suelo, acelerando rápidamente. Mantuvo los ojos en la pantalla del teleceptor y vio que la Academia Espacial se alejaba detrás de ellos. En la cubierta de energía, Astro yacía atado a su cojín de aceleración, con la mano extendida en el interruptor del cohete de refuerzo de emergencia en caso de que los cohetes principales fallaran antes de que la nave pudiera alcanzar la caída libre del espacio. En el puente del radar, Roger observó cómo las estrellas lejanas se volvían más brillantes a medida que el cohete atravesaba las capas opacas de la atmósfera.

Tan pronto como la nave alcanzó el espacio ingrávido, Tom encendió los generadores de gravedad y puso la Polaris en su curso hacia Venus. Casi de inmediato, el intercomunicador comenzó a sonar.

"¡Ahora escucha esto!" La voz del mayor Connel rugió., "¡Corbett, Manning y Astro! ¡No quiero ninguna de tus tonterías espaciales en este viaje! Lleva esta nave a Venuspuerto en el menor tiempo posible sin quemar los cojinetes de la bomba. ¡Y, Manning...!

"Sí, señor," respondió el cadete rubio.

"¡Si escucho una broma entre tú y ese jinete de cohetes descuidado, Astro, les anotaré veinticinco deméritos a los dos!"

"Entiendo, señor," reconoció Roger con pereza. "¡Aprecio mucho que me hayas liberado de la necesidad de hablar con ese simio espacial!"

Al escuchar sus voces en la cubierta de control, Tom sonrió y esperó expectante. No estaba decepcionado.

"¡Mono!" llegó un rugido parecido a un toro desde la cubierta de energía. "¿Por qué, pedazo de basura espacial comido por las polillas?"

"¡Cadete Astro!"

"¿Sí señor?" Astro se mostró repentinamente manso.

"¡Si dices una palabra más, te enterraré en deméritos!"

"Pero, señor..."

"¡Sin peros!" rugió Connel. ¡Y tú, Manning...!

"¿Sí señor?" intervino Roger inocentemente.

"¡Manten tu boca cerrada!"

"Muy bien, señor," dijo Roger.

"¿Corbett?"

"¿Sí señor?"

"Te estoy poniendo a cargo de monitorear el intercomunicador. Si esos dos idiotas espaciales comienzan a parlotear de nuevo, llámame. ¡Es una orden! Estaré en mi habitación trabajando." Connel apagó bruscamente.

"¿Escuchan eso, compañeros?" dijo Tom. "Ya basta."

"Está bien, Tom," respondió Roger, "manténlo fuera de mi vista."

"Eso también va para mí," agregó Astro. "¡Mono! Espera a que yo..."

"¡Astro!" Tom interrumpió bruscamente.

"Está bien, está bien," gimió el gran cadete.

Echando un vistazo al panel una vez más y satisfecho de que la nave estaba funcionando sin problemas, Tom suspiró y se reclinó en su asiento, disfrutando de la paz y la soledad temporales. Había sido un año difícil, lleno de intensos estudios en la búsqueda de un

puesto de oficial en la Guardia Solar. Academia Espacial era la mejor escuela del mundo, pero también la más difícil. El joven cadete negó con la cabeza, recordando una rutina de seis semanas por la que él, Roger y Astro habían pasado en un proyecto nuclear. Saber cómo operar un motor de cohete atómico era una cosa, pero comprender lo que sucedía dentro de la pila de reactantes era algo completamente diferente. Los tres cadetes nunca habían trabajado más duro o más juntos. Pero el conocimiento minucioso y práctico de Astro de nucleónica básica, combinado con la magia nativa de Roger en matemáticas superiores, y su propia comprensión de la teoría, les había permitido salir adelante con una calificación de setenta y dos, el promedio más alto jamás logrado por una unidad de cadetes. no especializado en física.

Mientras la nave se disparaba suavemente a través del vacío sin aire del espacio hacia el brumoso planeta Venus, Tom hizo otra revisión rápida pero completa del panel y luego volvió a sus reflexiones sobre el período anterior. Había sido particularmente difícil ya que se habían perdido muchas horas valiosas de trabajo y estudio en el aula debido a su aventura en la nueva colonia de Roald (como se describe en *The Space Pioneers*), pero lo habían superado de alguna manera. Sacudió la cabeza preguntándose cómo lo habían hecho. Cuarenta y dos unidades habían desaparecido durante el período. En lugar de volverse más fáciles, los cursos de estudio se volvían cada vez más difíciles, y en su discurso en los terrenos del desfile, el comandante Walters había prometido:

"¡Emergencia!"

La voz de Roger por el intercomunicador sacó a Tom de su ensoñación bruscamente.

"¡Todos!," Continuó apresuradamente el cadete en el puente del radar, "aseguren sus puestos y lleguen a la cubierta de la lancha motora en doble dirección. ¡Emergencia!"

Cuando sonó el agudo sonido metálico de la alarma de emergencia, Tom no se detuvo a cuestionar la repentina orden de Roger. Neutralizando todos los controles, saltó hacia la escotilla que conducía abajo. Tom subió la escalera cuatro escalones a la vez y vio que el comandante Connel salía de sus aposentos. El astronauta

mayor se lanzó él mismo hacia la escalera, sin detenerse a hacer preguntas. Era automático en su dependencia del juicio de los demás. Los pocos segundos dedicados a la conversación podrían significar la diferencia entre la vida y la muerte en el espacio donde rara vez tienes una segunda oportunidad.

Tom y Connel llegaron a la cubierta de atraque de las lanchas a reacción para encontrar a Astro ya preparando la pequeña nave espacial para el lanzamiento. Mientras luchaban por ponerse los trajes espaciales, apareció Roger. En respuesta a sus miradas interrogantes, explicó lacónicamente: "Objeto no identificable unido a la nave en una aleta paralela a las paletas de dirección. Pensé que sería mejor salir primero y examinar después."

Connel asintió en silencio y, treinta segundos después, el diminuto bote a reacción salió disparado de la esclusa de escape hacia el espacio.

Dando vueltas alrededor de la nave hacia la popa, la lancha a reacción, bajo el toque seguro del mayor Connel, se detuvo a quince metros de los tubos de escape que aún brillaban. Él y los tres cadetes miraron fijamente un pequeño objeto metálico en forma de caja unido a la parte inferior de la aleta estabilizadora.

"¿Qué crees que es?" preguntó Astro.

"No lo sé," respondió Roger, "pero seguro que no pertenece allí. Por eso llamé a la emergencia."

"Tenías toda la razón, Manning," afirmó Connel. "Si es inofensivo, siempre podemos volver a bordo y no se ha perdido nada excepto un poco de tiempo." Se levantó del asiento del piloto y caminó hacia la escotilla. Ven conmigo, Corbett. Echaremos un vistazo. Y trae el contador de radiación.

"¡Ya ya señor!"

Tom metió la mano en un casillero cercano y sacó una pequeña caja rectangular con una rejilla redonda en forma de cuerno en la cara, salió de la escotilla con el mayor Connel y atravesó el espacio de quince metros hasta la aleta estabilizadora de la Polaris.

Connel señaló el objeto en la aleta. "Mira si está buena, Corbett."

El joven cadete apretó un pequeño botón en el mostrador y giró la bocina hacia la misteriosa caja. Inmediatamente, la aguja en el dial sobre el cuerno saltó de blanco a rosa y finalmente a rojo, temblando contra el pasador de tope.

"¡Caliente!" exclamó Tom. "¡Casi le quita el alfiler!"

"¡Bájate de la nave!" rugió Connel. "¡Es una bomba de fisión con una mecha de tiempo!"

Tom se lanzó hacia la caja e intentó sacarla del estabilizador, pero el mayor Connel lo agarró del brazo y lo tiró al espacio.

"¡Maldito idiota!" Connel gruñó. "¡Esa cosa puede explotar en cualquier segundo! ¡Aléjate de aquí!"

Con un poderoso empujón, el astronauta envió a Tom volando hacia la lancha a reacción y luego saltó para ponerse a salvo. En cuestión de segundos, él y el joven cadete estaban a bordo de la lancha a reacción de nuevo y, sin detenerse para responder a las preguntas de Astro o Roger, apretó el pie con fuerza en la palanca de aceleración, haciendo que la pequeña nave se alejara de la Polaris.

No fue hasta que estuvieron a dos kilómetros de distancia del cohete siniestrado que Connel detuvo la nave. Se volvió y miró con impotencia el reluciente casco de la Polaris.

"Entonces ellos lo saben," dijo con amargura. "Están tratando de evitar que llegue a Venus."

Los tres cadetes se miraron el uno al otro y luego al corpulento astronauta, con desconcierto en sus ojos.

"¿De qué se trata todo esto, señor?" Roger finalmente preguntó.

"No tengo la libertad de decírselo, Manning," respondió Connel. "Aunque quiero agradecerle por su rápido pensamiento. ¿Cómo fue que descubrió la bomba?"

"Estaba avistando a Regulus para una verificación de posición y

Regulus estaba muerto a popa, así que cuando giré el escáner de periscopio, vi esa cosa pegada a la aleta. No me molesté en pensar en eso, solo grité."

"Me alegro de que lo hayas hecho," asintió Connel y se volvió para mirar a la Polaris de nuevo. "Ahora me temo que tendremos que esperar hasta que estalle la bomba."

"¿No hay nada que podamos hacer?" preguntó Tom.

"No es una maldita cosa," respondió Connel con gravedad. "Gracias al universo que cortamos toda la energía. Si ese bebé hubiera explotado mientras el reactante se alimentaba en las cámaras de disparo, hubiéramos terminado con una gran salpicadura de nada."

"De esta manera," comentó Astro con amargura, "solo hará un agujero en el costado de la nave."

"Quizá podamos reparar eso," dijo Tom esperanzado.

"¡Ahí va ella!" gritó Roger.

Mirando por el parabrisas, vieron un repentino y cegador destello de luz aparecer sobre la sección de popa de la Polaris, un resplandor incandescente al rojo vivo que los hizo estremecerse y agacharse.

"¡Por los cráteres de la Luna!" exclamó Connel.

Ante sus ojos vieron cómo la aleta estabilizadora se derretía y se enroscaba bajo el intenso calor de la bomba. No hubo sonido ni onda de choque en el vacío del espacio, pero todos se estremecieron como si una fuerza abrumadora los hubiera barrido. ¡En cuestión de segundos, el destello desapareció y la Polaris flotaba a la deriva en la fría oscuridad del espacio! El único daño exterior visible era el estabilizador retorcido, pero los chicos se dieron cuenta de que ella debía ser un desastre por dentro.

"Supongo que tendremos que esperar un poco antes de volver a bordo. Podría haber radiactividad alrededor del casco," comentó Roger.

"No lo creo," dijo Tom. "La Polaris aún estaba flotando cuando la dejamos. Cortamos los cohetes impulsores, pero no la detuvimos. Probablemente ya se haya alejado de la radioactividad."

"Corbett tiene razón," dijo Connel. "Una nube caliente estaría ahora a cien kilómetros de distancia." Presionó la palanca de aceleración y la lancha a reacción se dirigió hacia la nave. Avanzando cautelosamente hacia la popa de la nave espacial, vieron la sección arruinada de la aleta que ya se estaba enfriando en el intenso frío del espacio exterior.

"¿Cree que será mejor que llame a una nave de patrulla de la Guardia Solar, señor?" preguntó Roger.

"Esperemos hasta que revisemos los daños, Manning," respondió Connel.

"Sí," intervino Astro con gravedad, "si puedo evitarlo, traeré la Polaris." Hizo una pausa y luego agregó: "Si tengo que cargarla en mi espalda."

Tan pronto como una verificación rápida con el contador de radiación les mostró que el casco estaba libre de radiactividad, el mayor Connel y los tres cadetes volvieron a entrar en la nave.

Si bien la falta de atmósfera en el exterior había disipado toda la fuerza de la explosión, el efecto en el interior de la nave, donde se mantenía la presión del aire de la Tierra, fue devastador. Bancos enteros de delicada maquinaria fueron arrancados de las paredes y esparcidos por las cubiertas. Los instrumentos de precisión del casco interior no mostraban signos de fugas y la maquinaria de circulación de oxígeno aún podía funcionar con una conexión de energía auxiliar.

Completando la rápida inspección de la nave, el mayor Connel se dio cuenta de que nunca podrían continuar su vuelo a Venus e instruyó a Roger para que se pusiera en contacto con la patrulla de la Guardia Solar más cercana para recogerlos.

"La Polaris tendrá que dejarse en el espacio," continuó Connel, "y se enviará un equipo de mantenimiento para ver si puede ser

reparada. Si deciden que no vale la pena el trabajo, la tirarán aquí en espacio."

Los rostros de los tres cadetes cayeron.

"Pero no hay daños reales en su cubierta de energía, señor," dijo Astro. "Y el casco está en buena forma, excepto por la aleta estabilizadora y algunas de las placas de popa. Vaya, a veces una unidad verde Lombriz de Tierra romperá una aleta en su primer aterrizaje."

"Y la cubierta de radar se puede reparar fácilmente, señor," dijo Roger. "Con algunos tubos nuevos y algunos rollos de alambre, podría recuperarla en poco tiempo."

"¡Eso también se aplica a la cubierta de control!" dijo Tom obstinadamente. Luego, después de una rápida mirada a sus compañeros de unidad, se enfrentó a Connel directamente. "Creo que no hace falta decirlo, señor, que le agradeceríamos mucho si pudiera recomendar que la restauraran en lugar de desecharla."

Connel se permitió una sonrisa ante un amor tan obvio por la nave. "Olvidas que para repararla en el espacio, las piezas tienen que ser transportadas desde Venus. Pero veré qué puedo hacer. Mientras tanto, Roger, mira si no puedes conseguir que esa nave patrulla nos lleve a Venuspuerto. Dígale al comandante que estoy a bordo y que tengo un asunto oficial urgente."

"Sí, señor," dijo Roger.

"Y," continuó el astronauta, notando las miradas abatidas de Tom y Astro, "no estaría de más si vosotros dos comenzaran a reparar tanto como puedan. Así que cuando llegue el equipo de mantenimiento, no la encontrarán en un lugar desorden."

"¡Sí señor!" gritaron los dos cadetes alegremente.

Connel regresó a su habitación y se sentó pesadamente en los restos de su litera, frotándose la barbilla pensativamente. De alguna manera, se había corrido la voz de que iba a verificar la organización secreta en Venus y alguien había hecho un intento

audaz y desesperado por detenerlo antes de que pudiera comenzar. Le enfurecía pensar que alguien interrumpiría los asuntos oficiales. En lo que respecta a Connel, nada vino antes de los asuntos oficiales. Y estaba doblemente furioso por el peligro que corrían los tres cadetes, que inocentemente se habían montado en lo que era casi una nave de la muerte. Alguien iba a pagar, juró Connel, apretando sus enormes puños, y pagaría caro.

Capítulo 4

"¡Yeeówww!"

Rugiendo de júbilo y saltando alto en el aire a cada paso, Astro salió corriendo del gigantesco hangar de mantenimiento en el puerto espacial Venuspuerto y cargó contra sus dos compañeros de unidad que esperaban en la cubierta de hormigón.

"Todo está bien," gritó, rodeándolos con los brazos. "¡Van a traer la Polaris para que lo reparen por completo! ¡Acabo de ver el informe del audiográfico del jefe de mantenimiento!"

Tom y Roger estallaron en fuertes vítores y se golpearon en la espalda.

"Gran Júpiter," jadeó Roger, "¡Me siento como si hubiera estado sentado con un amigo enfermo!"

"Tu amigo se recuperará por completo," afirmó Astro.

"¿Vio al mayor Connel?" preguntó Tom.

"Sí," dijo Astro. "Creo que tuvo mucho que ver con eso. Lo vi hablando con el jefe de mantenimiento."

"Bueno, ahora que hemos sudado a la vieja durante la crisis," afirmó Roger, "¿qué tal si nos concentramos en nuestras vacaciones?"

"Genial," coincidió Tom. "Esta es tu fiesta, Astro. Lidera el camino."

Los tres cadetes abandonaron el puerto espacial en una cabina de reacción y se dirigieron felices a la ciudad de Venuspuerto. Mientras se deslizaban por la superautopista hacia la primera y más grande de las ciudades de Venus, Astro señaló los lugares de interés. Como finos dedos de vidrio, los imponentes edificios de cristal de la ciudad de Titán se alzaron ante ellos, extendiéndose por encima de la atmósfera brumosa para captar la luz del sol.

"¿De dónde sacamos nuestro equipo de safari, Astro?" preguntó Roger.

"En las tiendas de segunda mano a lo largo de Bronca del Astronauta," respondió el gran venusiano. "Podemos conseguir buenos equipos allí a mitad de precio."

El taxi se salió bruscamente de la carretera principal y comenzó a girar a través de una sección de la ciudad que el ciudadano venusiano medio evitaba. Bronca del Astronauta tenía una historia larga y desagradable. Durante diez bloques cuadrados fue el escondite y refugio del inframundo del espacio. Las tiendas mugrientas y los edificios sombríos suplían las necesidades de las innumerables figuras sombrías que vivían más allá de la ley y se movían tan silenciosamente como fantasmas.

Al salir de la cabina de reacción, los tres cadetes caminaron por las calles, pasando por las fachadas de las tiendas decoradas a bajo precio y los pasillos lúgubres, hasta que finalmente llegaron a una tienda de la esquina que mostraba el símbolo universal de la casa de empeño: tres bolas doradas. Tom y Roger miraron a Astro, quien asintió y entraron.

El interior de la tienda estaba sucio. El equipo espacial oxidado y gastado se amontonaba a lo largo de las paredes y sobre mostradores polvorientos. Una lámpara de neón múltiple anticuada proyectaba un misterioso resplandor azul sobre todo. Roger hizo una mueca mientras miraba a su alrededor. "¿Estás seguro de que estamos en el lugar correcto, Astro?"

Tom le guiñó un ojo. Roger tenía fama de ser quisquilloso.

"Esto es," asintió Astro. "Conozco al viejo que dirige este lugar. Buen tipo. Me llamo Spike." Se volvió hacia la parte trasera de la tienda y gritó: "¡Eh, Spike! ¡Clientes!"

De la lóbrega oscuridad emergió lentamente una figura. "¿Sí?" El hombre salió a la pálida luz. Arrastró un pie mientras caminaba. "¿Qué quieres?"

Astro pareció desconcertado. "¿Dónde está Spike?" preguntó. "¿No

es Spike Freyer el dueño de este lugar?"

"Murió hace un par de meses. Lo compré justo antes." El tullido miró a los tres cadetes con recelo. "¿Quieres comprar algo?"

Astro pareció sorprendido. "¿Spike, muerto? ¿Qué pasó?"

"¿Cómo debería saberlo?," Gruñó el hombrecito. "Lo compré y murió unas semanas después. Ahora, ¿quieres comprar algo o no?"

"Estamos buscando equipo para la jungla," dijo Tom, desconcertado por la extraña beligerancia del hombre.

"¿Equipo de la selva?" los ojos del hombre se agrandaron. "¿Vas a cazar?"

"Sí," respondió Roger. "Necesitamos conjuntos completos para tres. Pero parece que no los tienes. Vamos, muchachos." Se volvió hacia la puerta, ansioso por salir al aire libre.

"¡Un momento! Un minuto, Cadete," dijo el propietario con entusiasmo. "¡Tengo un buen equipo de caza aquí! ¡Un poco usado, pero eso no le importará! Ahorre al menos la mitad de cualquier cosa que compre en la ciudad." Se dirigió hacia la parte trasera de la tienda y luego se detuvo. "¿A dónde vas a cazar?"

"¿Por qué?" preguntó Tom.

"Entonces sabré qué tipo de equipo necesitas. Ligeras, pesadas, tipos de armas"

"Cinturón de la jungla en el hemisferio oriental," suministró Astro.

"¿Gran juego?" preguntó el hombre.

"Sí. Tyrannosaurus."

"Tyranno, ¿eh?" asintió el hombrecito. "Bueno, ahora, necesitarás cosas pesadas para eso. Yo diría que al menos tres pistolas de rayos paralo-rayos de alta resistencia para los brazos laterales y tres rifles de choque. Entonces necesitarás equipo de campamento, sintéticos y todos los descansar." Contó los artículos con sus deditos

mugrientos.

"Echemos un vistazo a los blásters," dijo Tom.

"Por aquí," dijo el hombre. Se volvió y cojeó hasta la parte trasera de la tienda, seguido por los tres cadetes. Abriendo un armario grande, sacó un rifle pesado, una pistola de choque que podía noquear a cualquier ser vivo a una distancia de mil metros y aturdir al animal más grande al doble de distancia.

"Este desintegrador derribará la balanza de cualquier tirano que golpees," dijo, entregándole el arma a Tom, quien la desarmó con pericia y la examinó.

Mientras Tom revisaba el arma, el propietario se volvió hacia los otros cadetes con indiferencia.

"¿Por qué querrían tres cadetes entrar en esa sección del cinturón de la jungla?"

"Te lo acabamos de decir," dijo Roger. "Estamos cazando al tirano."

"Uh, sí, por supuesto." Se dio la vuelta y sacó del armario tres pistolas de rayos paralelos de alta resistencia. "Ahora, estas pistolas de rayos son lo mejor que se puede comprar con dinero. Equipo estándar de protección solar..."

"¿Dónde los conseguiste?" -preguntó Roger con brusquedad.

"Bueno, ya sabes cómo es, Cadet." El hombre rió. "De una forma u otra, conseguimos mucho equipo. Un hombre es dado de baja de la Guardia Solar y puede quedarse con su equipo, luego se pone difícil por algunos créditos y entonces viene a mí."

Tom cerró el rifle de choque y se volvió hacia Astro. "Esta pistola está lo bastante limpia. ¿Crees que puede detener a un tirano, Astro?"

"Claro," dijo el gran cadete con confianza. "Fácil."

"Está bien," anunció Tom, volviéndose hacia el propietario. "Danos

el resto de las cosas."

"Y fíjese en su adición cuando haga la cuenta," dijo Roger con suavidad. "Nosotros también podemos agregar."

Media hora después, los tres cadetes se pararon frente a la tienda con todo el equipo que necesitarían y llamaron a una cabina de reacción. Guardaron su equipo recién comprado en el interior y comenzaron a subir cuando Astro anunció: "¡Puerto espacial, conductor!"

"¿Eh?" Roger hizo una pausa. "¿Por qué allá atrás?"

"¿Cómo crees que vamos a llegar al cinturón de la jungla?" preguntó Astro. "¿Andar?"

"Bueno, no, pero..."

"Tenemos que alquilar una lancha a reacción," dijo Astro. "O intente comprar uno usado que podamos vender de nuevo. ¡Apile, ahora!"

Mientras el taxi se alejaba de la acera con los tres cadetes, el propietario de la casa de empeños salió por la puerta y lo vio desaparecer, con el ceño fruncido de perplejidad. Rápidamente volvió a entrar en la tienda y, cojeando hasta un pequeño casillero en la parte trasera, lo abrió, dejando al descubierto la pantalla de un teleceptor. Encendió el interruptor, lo sintonizó con cuidado y, en un momento, la pantalla cobró vida.

"Hola, esta es la tienda," dijo el hombrecito. "¡Déjame hablar con Lactu! ¡Esto es urgente!" Mientras esperaba, miró por la ventana sucia hacia la calle donde los cadetes habían estado un momento antes y sonrió levemente.

Al llegar al puerto espacial, Astro llevó a sus compañeros de unidad a un hangar de reparación de propiedad privada y a un dique seco donde los ciudadanos venusianos más ricos guardaban sus yates espaciales, naves a reacción y pequeñas embarcaciones. Astro abrió la puerta de la oficina con un estruendo y una joven que manejaba una máquina de escribir automática miró hacia arriba.

"¡Astro!" ella lloró. "¡Qué maravilloso verte!"

"Hola, Agnes," respondió Astro tímidamente. El gran cadete era muy conocido y querido en el hangar de reparaciones. Pasó sus primeros años de vida en el puerto espacial y sus alrededores. Primero simplemente escuchando las historias de los astronautas mayores y haciendo recados para ellos, luego echando una mano donde pudiera y finalmente convirtiéndose en aparejador y mecánico. Todo esto precedió a sus años como astronauta alistado y su eventual nombramiento en la Academia Espacial. Su gran corazón y honestidad, su salvaje entusiasmo por cualquier tipo de cohete le habían hecho ganar muchos amigos.

"¿Está el Sr. Keene por aquí?" preguntó Astro.

"Está con un cliente en este momento," respondió Agnes. "Saldrá en un minuto." Sus ojos pasaron de Astro a Tom y Roger que estaban de pie en la puerta. "¿Quiénes son tus amigos?"

"¡Oh Discúlpeme!" murmuró Astro. "Estos son mis compañeros de unidad, el cadete Corbett y el cadete Manning."

Antes de que Tom pudiera reconocer la presentación, Roger se paró frente a él y se sentó en el borde del escritorio. Mirándola a los ojos, anunció: "Te diré una cosa, Astro, tú y Tom vayan a cazar. He encontrado todo lo que pude encontrar aquí. Dime, mi pequeña mascota espacial, ¿estás comprometida para cenar esta noche?" "

Agnes lo miró a los ojos con inocencia. "De hecho, lo soy." Luego, sonriendo maliciosamente, agregó: "Pero no dejes que eso te detenga."

"No dejaría que un tirano me detuviera," se jactó el cadete rubio. "¡Dime con quién es tu compromiso anterior y me deshaceré de él de inmediato!"

La chica se rió y miró más allá de Roger. Se volvió y vio a un hombre alto y de complexión sólida con un mono que lo miraba con el ceño fruncido.

"¿Amiga tuya, Agnes?" preguntó el recién llegado.

"Amigo de Astro, Roy," dijo Agnes. "Cadete Manning, me gustaría

que conociera a mi hermano, Roy Keene."

Roger se levantó de un salto y le tendió la mano. "Oh, eh, ah, ¿cómo está usted, señor?"

"Muy bien, Cadete," respondió Keene con brusquedad, pero con un ligero brillo en los ojos. Se volvió hacia Astro y agarró la mano del gran cadete con solidez. "Bueno, Astro, es bueno verte. ¿Cómo va todo en la Academia Espacial?"

"Genial, señor," respondió Astro, y después de presentar a Tom y poner a Keene al día sobre su historia de vida, explicó el propósito de su visita. "Estamos de vacaciones de verano, señor, y nos gustaría ir a cazar tiranosaurios. Pero lo que más necesitamos ahora es una lancha a reacción. Nos gustaría alquilar uno, o si tiene algo barato, lo compraría."

Keene se frotó la barbilla. "Me temo que no puedo ayudarte, Astro. No hay nada disponible en el taller en este momento. Te prestaría mi Beetle, pero uno de los chicos lo tiene en un trabajo de reparación de tres días."

El rostro de Astro decayó. "Oh que malo es eso." Se volvió hacia Tom y Roger. "Bueno, podríamos llegar desde un crucero estratosférico y luego regresar a la colonia más cercana en tres o cuatro semanas."

"¡Espera un minuto!" exclamó Keene. "Tengo una idea." Se volvió y llamó a un hombre que estaba al otro lado del hangar, estudiando un escáner de radar para yates privados. "Oye, Rex, te importaría venir aquí un minuto."

El hombre se acercó. Tenía poco más de treinta años, era alto y de hombros anchos, su cabello era casi blanco como la nieve, contrastando marcadamente con sus rasgos hermosos y profundamente bronceados.

"Esta es la unidad Polaris de la Academia Espacial, Rex," dijo Keene. "Chicos, conozcan a Rex Sinclair." Después de que se completaron las presentaciones, Keene explicó la situación de los cadetes. Sinclair sonrió. "¡Sería un placer tenerlos como mis invitados!"

"¡Huéspedes!" exclamó Tom.

Sinclair asintió. "Tengo una plantación justo en el borde del cinturón de la jungla. Las cosas se ponen bastante aburridas allí en medio del verano. Me sentiría honrado si usaras mi casa como base de operaciones mientras buscas a tu tiranosaurio. De hecho, me estarías ayudando. Esos brutos destruyen muchas de mis cosechas y tenemos que ir tras ellos cada tres o cuatro años."

"Bueno, gracias," dijo Tom, "pero no quisiéramos imponernos. Estaremos encantados de pagarte..."

Sinclair levantó la mano. "No lo pensaría. ¿Tienes tu equipo?"

"Sí, señor," respondió Astro. "Armas, sintéticos, las obras. Todo menos transporte."

"Bueno, eso está en el puerto espacial. Ese yate espacial negro en la Rampa Tres." Sinclair sonrió. "Sube tu equipo a bordo y siéntete como en casa. Estaré listo para despegar en media hora."

Astro se volvió hacia Keene., "Muchas gracias, señor. Ha sido un placer de su parte prepararnos de esta manera.

Keene le dio una palmada en el hombro. "Adelante. Diviértete."

Dándose la mano por todos lados y despidiéndose rápidamente, los tres chicos se apresuraron a guardar su equipo a bordo del lujoso yate espacial de Sinclair. Mientras Roger y Tom se relajaban en la cómoda cabina principal, Astro se apresuró a bajar para inspeccionar la cubierta de energía.

Roger se rió cuando el gran cadete desapareció por la escotilla. "¡Ese tipo preferiría jugar con un tubo cohete que hacer cualquier otra cosa en el universo!"

"Sí," dijo Tom. "Es un tipo muy afortunado."

"¿Cómo?"

"¿Alguna vez conociste a alguien que no amaba a ese gran idiota?"

"No," dijo Roger con una sonrisa maliciosa. "¡Y eso también va para mí! ¡Pero no se lo digas nunca!"

El mayor Connel había estado esperando para ver al Delegado de la Alianza Solar de Venus durante tres horas. Y al comandante Connel no le gustaba esperar a nadie ni a nada. Había leído todas las revistas en la lujosa oficina exterior en lo alto del edificio de la Guardia Solar en el centro de Venuspuerto, bebió diez vasos de agua y ahora llevaba un camino en la alfombra mientras caminaba de un lado a otro frente a la secretaria que lo miraba tímidamente.

El timbre del escritorio finalmente rompió el silencio y la chica respondió rápidamente cuando Connel se detuvo y la miró expectante. Escuchó por un segundo, luego colgó el auricular, se volvió hacia el furioso oficial de la Guardia Solar y sonrió dulcemente. "El delegado James lo verá ahora, mayor."

"Gracias," dijo Connel con brusquedad, tratando de no descargar su impaciencia con la chica bonita. Dio un paso hacia una pared aparentemente sólida que de repente se deslizó hacia atrás cuando pasó un rayo de luz y entró en la espaciosa oficina de E. Philips James, Delegado de Venus en el Gran Consejo de la Alianza Solar.

E. Philips James era un hombre pequeño, con manos pequeñas que se movían nerviosamente todo el tiempo. Su cabeza era un poco demasiado grande para su cuerpo estrecho que estaba vestido a la última moda, y su diminuto bigote negro estaba cuidadosamente recortado. Cuando Connel entró en la habitación, James saltó de su silla para encontrarse con él, sonriendo cálidamente.

"¡Mayor Connel! Qué placer volver a verlo," dijo, extendiendo una mano perfumada.

"Podrías haberme visto mucho antes," gruñó Connel. "¡He estado sentada afuera por más de tres horas!"

James enarcó una ceja y se sentó sin hacer ningún comentario. Un verdadero diplomático, E. Philips James nunca dijo nada a menos que fuera absolutamente necesario. Y cuando habló, nunca dijo mucho. Se sentó y esperó pacientemente a que Connel se enfriara y llegara al punto de su llamada.

De manera típica, Connel saltó a él sin ningún prólogo conversacional ocioso. "Estoy aquí con una misión de seguridad. Necesito información confidencial."

"Un momento, mayor," dijo James. Abrió el intercomunicador de su escritorio y llamó a su secretaria que estaba afuera. "Grabe esta conversación, por favor."

"¡Registro!" rugió Connel. "¡Te acabo de decir que esto era secreto!"

"Será un secreto, mayor," aseguró James en voz baja. "El registro irá a los archivos confidenciales de la Alianza para referencia futura. Una precaución, mayor. Procedimiento estándar. Por favor, continúe."

Connel vaciló y luego, encogiéndose de hombros, continuó: "Quiero saber todo lo que sabes sobre una organización aquí en Venus conocida como los Nacionalistas Venusianos."

La expresión de James cambió levemente. "¿Información específica, mayor? ¿O simplemente chismes al azar?"

"No hay lavado de cohetes, Sr. James. Información. ¡Todo lo que sabe!"

"No sé por qué has venido a mí," respondió James, visiblemente molesto por la franqueza del rudo astronauta. "Sé realmente muy poco."

"Estoy trabajando bajo las órdenes directas del comandante Walters," dijo Connel sombríamente, "quien también es un delegado del Consejo Solar. Su puesto como jefe de la Guardia Solar es igual al suyo en todos los aspectos. Esta solicitud proviene de su oficina.", no por mi curiosidad personal."

"Ah, sí, por supuesto, mayor," respondió James. "Por supuesto."

El delegado se levantó y se acercó a la ventana, aparentemente tratando de ordenar sus pensamientos. Después de un momento se volvió. "Mayor, la organización de la que habla es, hasta donde yo sé, un grupo inocente de agricultores venusianos y gente de la frontera que se reúne regularmente para intercambiar información

sobre cultivos, precios y los últimos métodos agrícolas. Verá, mayor", "La voz de James adoptó un tono ligeramente cantarín, como si estuviera pronunciando un discurso: "Venus es un planeta joven, un mundo nuevo y vasto, con Venuspuerto como la única gran metrópolis y centro cultural. En el desierto, hay grandes extensiones de tierra cultivada que suministrar alimentos a los planetas de la Alianza Solar y sus satélites. Nos estamos convirtiendo en el granero del universo, podría decirse." James le sonrió a Connel, quien no le devolvió la sonrisa.

"Grandes distancias separan estas plantaciones," continuó James. "La vida es dura y solitaria para el propietario de una plantación de Venus. Los nacionalistas de Venus, que yo sepa, no son más que un grupo de terratenientes que se han unido y formado un club, una fraternidad. Es cierto que hablan el dialecto de Venus, estos grupos He tomado nombres de los antiguos exploradores venusianos, pero no creo que valga la pena investigar."

"¿Tienen un cuartel general?" Preguntó Connel. "¿Un lugar de encuentro central?"

"Hasta donde yo sé, no lo hacen. Pero Al Sharkey, el dueño de la plantación más grande de Venus, es el presidente de la organización. Es un tipo muy amable. ¿Por qué no habla con él?"

"Al Sharkey, ¿eh?" Connel tomó nota mental del nombre.

"Y está Rex Sinclair, un individualista bastante obstinado que me escribió recientemente quejándose de que lo estaban presionando para unirse a la organización."

"¿Qué tipo de presión?" preguntó Connel con aspereza.

James levantó la mano. "No me malinterprete, mayor. No hubo violencia." El delegado de repente se puso muy serio. "Me temo que esa es toda la información que puedo darle, mayor." Ofreció su mano. "Es un placer volver a verte. No dudes en llamarme de nuevo para cualquier ayuda que creas que podemos darte."

"Gracias, Sr. James," dijo Connel con brusquedad y salió de la oficina, con el ceño fruncido en su frente. Siendo él mismo una

persona sencilla, el mayor Connel no podía entender por qué alguien dudaría en responder una pregunta directa. Ni por un momento consideró al delegado nada más que un hombre inteligente. Fue el lavado de cohetes que acompañaba a ser un diplomático lo que molestó al astronauta de baqueta. Él se encogió de hombros. Quizá averiguara algo de Al Sharkey o del otro propietario de la plantación, Rex Sinclair.

Cuando cruzó la acera y esperó junto a la acera a que llegara un jet, Connel se detuvo de repente y miró a su alrededor. Sintió una extraña excitación en el aire, una especie de tensión. Los rostros de los peatones que pasaban parecían tensos, intensos, sus ojos brillaban, como si todos estuvieran metidos en un gran secreto. Vio grupos de hombres y mujeres sentados en cafés abiertos en las aceras, inclinados sobre la mesa para hablar entre ellos, con la voz baja y cautelosa. Connel se estremeció. No le gustó. Algo estaba sucediendo en Venus y tenía que averiguar qué era antes de que fuera demasiado tarde.

Capítulo 5

"¡Guau!" exclamó Roger.

"¡Saltando Júpiter!" comentó Tom.

"¡Explota mis jets!" rugió Astro.

Rex Sinclair sonrió mientras maniobraba el elegante yate espacial negro en un círculo cerrado a trescientos metros por encima del techo de cristal de Titán de su lujosa casa en el corazón de la salvaje jungla venusiana.

"Está construida con teca de Venus," dijo Sinclair. "Todo menos el techo. Quería mantener la sensación de la jungla a mi alrededor, así que usé los árboles de la jungla allí." Señaló el mar de densa vegetación tropical que rodeaba la casa y despejaba la tierra.

El barco se inclinó mil metros y luego retrocedió, frenó suavemente, hasta una rampa de concreto a mil metros de la casa. El aterrizaje fue tan suave como una hoja que cae, y cuando Sinclair abrió la esclusa de aire, un hombre alto con un uniforme gastado pero limpio los estaba esperando.

"Hola, Sr. Sinclair," gritó, con una sonrisa en su rostro arrugado y curtido por la intemperie. "¿Ten un buen viaje?"

"Buen viaje, George," respondió Sinclair, saliendo de la nave. Quiero que conozcas a algunos amigos míos. Los cadetes espaciales Tom Corbett, Roger Manning y Astro. Se quedarán con nosotros durante sus vacaciones de verano mientras cazan al tyranno. Chicos, este es mi capataz, George Hill. "

Los chicos estrecharon la mano del hombre fornido y musculoso, que sonrió ampliamente. "Encantado de conocerlos, muchachos. Siempre quise hablar con alguien de la Academia. Quería ir allí yo mismo, pero no podía pasar el examen físico. Malos ojos."

Metió la mano en la nave y empezó a sacar su equipo. "Ustedes, muchachos, vayan a la casa ahora," dijo. "Yo me ocuparé de tu equipo."

Con Sinclair a la cabeza, los chicos caminaron lentamente por un camino de losas hacia la casa, y tuvieron la primera oportunidad de ver una casa de una plantación venusiana de cerca.

La casa de los Sinclair estaba en medio de un claro de más de cinco mil metros cuadrados. En los bordes, como un sólido muro de vegetación verde, la jungla venusina se elevaba más de sesenta metros. Era mediodía y el calor era sofocante. Estaban veintiséis millones de kilómetros más cerca del sol y en el ecuador del brumoso planeta. Si bien a Astro, George y Sinclair no parecía importarles la temperatura, a Tom y Roger les resultaba insoportable.

"¿Te imaginas cómo será la casa con ese techo de cristal?" susurró Roger.

"Apuesto," respondió Tom. "Pero tan pronto como el sol salga del cenit, debería refrescarse un poco."

Cuando el grupo subió al porche, dos sirvientes de la casa se reunieron con ellos y tomaron su equipo. Entonces Sinclair y el capataz hicieron pasar a los cadetes al interior. Se sorprendieron al sentir una clara caída de temperatura.

"Su unidad de enfriamiento debe ser bastante grande, Sr. Sinclair," comentó Tom, mirando hacia el techo de cristal donde el sol era claramente visible.

Sinclair sonrió. "Es un cristal especial, extraído en Titán a una profundidad de diez mil pies. Está teñido y apaga el calor y el resplandor del sol."

George luego se fue a preparar su equipo para su primera cacería a la mañana siguiente, y Sinclair los llevó a recorrer la casa. Caminaron por largos pasillos mirando hacia todas las habitaciones, y finalmente terminaron en la cocina, y los tres chicos se maravillaron de la simplicidad pero absoluta perfección del lugar.

Todas las comodidades modernas estaban disponibles para la comodidad de los ocupantes. Cuando el sol bajó un poco, todos se pusieron gafas de sol con protectores para los ojos a prueba de deslumbramiento y caminaron por la plantación. Sinclair les mostró su ganado premiado y los vastos campos de cultivo. Aparte de la casa principal, solo había otros cuatro edificios en el claro. Visitaron el más pequeño, un establo.

"¿Dónde viven sus trabajadores de campo, Sr. Sinclair?" preguntó Tom, mientras caminaban por la moderna e impecable sala de ordeño.

"No tengo," respondió el sembrador. "Realiza la mayor parte del trabajo con maquinaria, y George y los criados hacen lo que hay que hacer a mano."

Cuando salieron del cobertizo y emprendieron el camino de regreso a la casa principal, llegaron junto a una pequeña estructura de madera. Pensando que se dirigían hacia allí, Roger comenzó a abrir la puerta.

"¡Cierra esa puerta!" espetó Sinclair. Roger se echó hacia atrás. Astro y Tom miraron la jardinera, sorprendidos por la agudeza de su voz.

Sinclair sonrió y explicó: "Mantenemos algunos experimentos con diferentes tipos de plantas allí a temperaturas bajas especiales. Es posible que haya dejado entrar aire caliente y arruinado algo."

"Lo siento, señor," dijo Roger. "No lo sabía."

"Olvídalo," respondió el plantador. "Bueno, volvamos a la casa. Vamos a cenar temprano. Ustedes, muchachos, tienen que empezar a las cuatro de la mañana."

"¡Cuatro en punto!" exclamó Roger.

"¿Por qué?" preguntó Tom.

"Tenemos que adentrarnos en la espesura," explicó Astro, usando el término local para la jungla, "para que al mediodía podamos acampar y tomar un descanso. No puedes salir al mediodía. caliente

te caerías de cara después de quince minutos de luchar contra las enredaderas."

"Todo se detiene al mediodía," agregó Sinclair. "Incluso el tiranosaurio. Tienes que viajar en el fresco del día, temprano y tarde. Seis horas más o menos te llevarán lo bastante lejos de la plantación para encontrar huellas, si las hay."

"Dígame, señor Sinclair," preguntó Roger de repente, "¿es esta toda la plantación?" Extendió las manos en un amplio arco, contemplando el claro hasta el borde de la jungla.

Sinclair sonrió. "Roger, un hombre tardaría dos semanas en ir de una esquina de mi propiedad a otra. Aquí es donde vivo. Hace tres años tenía quinientas kilómetros cuadradas bajo cultivo."

De regreso a la casa, encontraron a George poniendo la mesa en el porche y a su esposa ocupada en la cocina. La Sra. Hill era una mujer corpulenta, con un rostro agradable y una sonrisa dispuesta. Con muy poca ceremonia, los cadetes, Sinclair, George y su esposa se sentaron a comer. La comida era sencilla, pero el toque seguro de la cocina de la Sra. Hill y el uso gratuito de las delicadas especias de la jungla de Venus agregaron un sabor exótico, nuevo pero inmensamente satisfactorio para los tres niños hambrientos, una satisfacción que demostraron al limpiar sus platos rápidamente y regresar para segundas raciones. Astro, por supuesto, no estaba contento hasta que terminó su cuarta ronda. La Sra. Hill sonrió de placer ante el cumplido tácito de su cocina.

Después de la comida, la Sra. Hill apiló los platos y los colocó en un pequeño portaequipajes escondido en la pared. Presionando un botón, cerca de la abertura, explicó: "Ese dingus los lleva al fregadero, los lava, los seca y pone todo en su lugar correcto. ¡Ese es el tipo de vida moderna que me gusta!"

Cuando el sol se escondió detrás de la pared de la jungla y el cielo se oscureció, todos se relajaron. Sinclair y George fumaron contentos, la Sra. Hill sacó un poco de punta de aguja y los tres cadetes descansaron en cómodas sillas de contorno. Charlaron ociosamente, deteniéndose sólo para escuchar los gritos salvajes de pájaros y animales en la jungla cuando George o Sinclair los

identificaron a todos. George contó sus experiencias en la caza de tiranosaurios y Astro describió su método de caza cuando era niño.

"Yo era un niño grande," explicó. "Y como la única forma de ganarme la vida era trabajando, descubrí que podía combinar los negocios con el placer. Solía hacer autostop sobre el cinturón y lanzarme en paracaídas para cazar bebés tiranos." Él sonrió y agregó: "Cuando pienso en el pasado, me pregunto cómo he permanecido en una sola pieza."

"¡Por el amor de la tierra!" exclamó la Sra. Hill. "¡Es un milagro que no te hayan comido vivo! Esos tiranos son cosas horribles."

"Una vez fui casi una comida," confesó Astro tímidamente, y ante la insistencia de los demás, describió el incidente que lo había curado de cazar solo en las selvas de Venus con solo un blaster de choque de baja potencia.

"Si no lo conseguí en la base del cerebro, donde los centros nerviosos no están tan bien protegidos con el primer disparo, estaba en problemas," dijo. "Me arriesgué mucho, pero tuve cuidado de no enredarme con una mamá o un papá tiranosaurio. Acechaba a los jóvenes. Esperaba a que se alimentara y luego le dejaba comer. Si tenía suerte, lo atraparía con un disparo, pero la mayoría de las veces lo aturdía y tenía que rematarlo con una segunda explosión. Luego lo despellejaba, tomaba los jamones y las paletas y salía de allí rápido antes los perros salvajes se enteraron de la sangre. Por lo general, cazaba bastante cerca de un asentamiento donde pudiera congelar la carne. Después de eso, solo tenía que llamar a un par de los grandes restaurantes en Venuspuerto y obtener el mejor precio. Solía ganar hasta cincuenta créditos con una muerte."

"¿Cómo llevarías la carne a Venuspuerto?" preguntó Roger, quien, a pesar de toda su fanfarronería, estaba asombrado por la serena valentía y habilidad como cazador de su compañero de unidad.

"El restaurante que lo compró enviaba una lancha a reacción y yo regresaba con él. Después de un tiempo, los dueños del restaurante me conocieron y me daban pedidos con regularidad. Estaba tratando de completar un pedido especial en ese última cacería."

"¿Qué pasó?" preguntó Tom, igualmente impresionado con la vida de Astro como cazador de niños.

"Acababa de terminar de cazar en una sección cercana a un pequeño asentamiento al otro lado de Venus," comenzó el gran cadete, "pero pensé que podría haber un bebé más de quinientas libras, así que me dejé caer." Astro hizo una pausa y sonrió. "¡No encontré un bebé, encontré a su madre! Ella debió pesar veinticinco o treinta toneladas. El tirano más grande que he visto en mi vida. Me vio al mismo tiempo que yo la vi y ni siquiera me detuve a fuego. Nunca podría haber abollado su piel. Comencé a correr y ella vino detrás de mí. Llegué a una cueva y regresé tan adentro como pude. Ella asomó la cabeza detrás de mí, y por los cráteres de la Luna, ella estaba a sólo un metro de distancia, conmigo apoyado contra una pared. Trató de meterse más adentro, abrió la boca y estalló y rugió como veinte cruceros cohete despegando a la vez."

"Trató de adentrarse más en la cueva." "Trató de adentrarse más en la cueva."

Tom tragó saliva y Roger abrió los ojos como platos.

"Pensé que solo había una cosa por hacer," continuó Astro. "Usa el desintegrador, a pesar de que no puede hacer mucho daño. ¡Le dejé tener uno en el ojo!" Astro negó con la cabeza y se rió. "¡Deberías haberla visto sacar la cabeza de esa cueva! No pude dormir durante meses después de eso. Solía soñar que ella estaba metiendo la cabeza en mi ventana, siempre acercándose."

"¿El bláster hizo algún daño?" preguntó Sinclair.

"Oh, sí, señor," dijo Astro. "Estaba lo bastante cerca como para que la carga de calor del hocico la golpeará en un lado de la cabeza. Nada fatal, pero probablemente aún esté en la jungla más fea que nunca con media cara."

El grupo se quedó en silencio, cada uno pensando en cómo habría reaccionado en condiciones similares; cada uno en silencio agradecido de que no le hubiera sucedido. Finalmente, la señora Hill se levantó y se despidió, y George se disculpó para echar un último vistazo a las acciones. Recordando su llamada temprana para

la mañana siguiente, los cadetes le dieron las buenas noches a Sinclair y se retiraron a sus cómodas habitaciones. Por fin en la cama, cada niño se estiró completamente en su cama y en poco tiempo se durmió profundamente.

Aún estaba oscuro, una hora y media antes de que el sol saliera sobre la cima de la jungla, cuando Sinclair fue a la habitación de los cadetes para despertarlos. Los encontró ya levantados y vestidos con su atuendo de jungla. Cada niño vestía pantalones ajustados y jerseys hechos de tela de traje espacial de doble resistencia y de color verde oscuro y mohoso. Un cazador vestido de esta manera y parado no podía ser visto a veinte pasos. El ajuste ceñido del traje era una protección contra espinas y enganches que no podían sujetar el material duro y de superficie lisa.

Después de un buen desayuno, los tres cadetes recogieron su equipo, las pistolas de paralarrayos, los rifles de choque y las pequeñas mochilas de comida sintética y equipo de campamento. Cada niño también llevaba un cuchillo de selva de sesenta centímetros con una brújula incrustada en el mango. Un casco de plástico transparente con una pequeña abertura cubierta de malla en la cara cubría la cabeza de cada niño. Vestidos como estaban, podían caminar por la peor parte de la jungla y no recibir ni un rasguño.

"Bueno," comentó Sinclair, mirándolos, "creo que vosotros lo tienen todo. ¡Odiaría ser el tirano que se cruza en su camino!"

Los chicos sonrieron. "Gracias por todo, señor," dijo Tom. "Has sido de mucha ayuda."

"No pienses en eso, Tom. ¡Solo trae un par de cueros cabelludos de tirano!"

"¿Dónde están el Sr. y la Sra. Hill?" preguntó Astro. "Nos gustaría despedirnos de ellos."

"Se fueron antes de que usted se levantara," respondió Sinclair. "Se tomarán unos días libres para visitar Venuspuerto."

Los chicos se calzaron las botas de la jungla. Hasta la rodilla y

delgados como el papel, no obstante eran impenetrables aunque los niños pisasen una de las espinas afiladas como agujas.

Se despidieron por última vez de su anfitrión, de pie en los escalones de la casa grande, y cruzaron el claro hasta el borde de la muralla de la jungla.

A medida que los cadetes se acercaban a la espesa maraña de enredaderas, las llamadas y los crujidos de las muchas cosas que se arrastraban escondidas en la espesa maleza se fueron apagando lentamente. Caminaron a lo largo del borde de la maraña de enredaderas de la jungla hasta que encontraron una abertura y la atravesaron.

Estaban completamente rodeados por la jungla Estaban completamente rodeados por la jungla

Después de caminar solo tres metros, estaban completamente rodeados por la jungla y ni siquiera podían ver el claro que acababan de dejar. Estaba oscuro, la red de enredaderas, los gruesos troncos de los árboles y la espesa vegetación en crecimiento ocultaban el sol, dejando el interior de la jungla extrañamente sumido en la penumbra. Astro avanzó, seguido de Roger, con Tom en la retaguardia. Siguieron el camino por el que habían entrado, hasta donde llegó, y luego comenzaron a abrirse paso a través de la maleza, deteniéndose solo para cortar muescas en los árboles para marcar su paso.

Con sus cuchillos de hoja larga cortando enredaderas y cepillando fácilmente, Tom, Roger y Astro se abrieron camino cada vez más profundamente en el misterioso y sofocante mundo verde.

Capítulo 6

"Supongo que ese es el lugar de Sharkey," murmuró el mayor Connel para sí mismo, inclinando su lancha a reacción sobre las verdes junglas y apuntando el morro de la veloz nave hacia el claro en la distancia. El oficial de la Guardia Solar giró violentamente al explorador al acercarse. Aún estaba hirviendo por la indiferencia del Delegado de Venus hacia su misión.

La lancha rozó las copas de los árboles de la jungla y se deslizó hasta una parada perfecta cerca del mayor de un grupo de edificios agrícolas. Cortando los motores, Connel se sentó y esperó a que apareciera alguien. Se sentó allí durante diez minutos, pero nadie salió a saludarlo. Finalmente, salió de la lancha y se detuvo junto a la escotilla, mirando fijamente los edificios a su alrededor, con los ojos entrecerrados por el resplandor del sol ardiente en lo alto. La plantación parecía desierta. Metió la mano en la lancha y sacó una pistola de paralorrayos, ató su reconfortante bulto a su costado y avanzó hacia el edificio que, obviamente, era la casa principal. Nada más se movía bajo el ardiente sol del mediodía.

Mientras caminaba resueltamente hacia la casa, con los ojos alerta a cualquier signo de vida, pensó por un momento que todos podrían estar tomando una siesta al mediodía. Muchos de los colonos venusianos adaptaron la antigua costumbre de los trópicos para escapar del intenso calor del mediodía. Pero descartó la idea de inmediato, dándose cuenta de que su acercamiento en el jet habría despertado a los durmientes más profundos.

Al entrar en la casa, se detuvo en el espacioso vestíbulo y llamó:

"¡Hola! ¿Hay alguien en casa? ¡Hola!"

La única respuesta fue el eco de su propia voz, vibrando a través de las grandes habitaciones.

"Gracioso," murmuró el astronauta. "¿Por qué este lugar está desierto?"

Caminó lentamente a través de la casa, abriendo puertas y mirando todas las habitaciones, registrando todo el lugar a fondo antes de regresar al claro. Dirigiéndose a la más cercana de las dependencias, abrió una de las puertas anchas y miró hacia el lúgubre interior. Con su ojo experimentado vio de inmediato que el edificio había sido utilizado para albergar una gran nave a reacción. Había un olor levemente acre a combustible de avión y en el suelo las marcas de neumáticos de una plataforma rodante utilizada para rodar la nave hasta la pista de lanzamiento. Siguió las huellas afuera y alrededor del lado del edificio donde vio la plataforma rodante. Estaba vacío.

Sacudiendo la cabeza con gravedad, Connel hizo un recorrido rápido por los edificios restantes. Todos estaban desiertos menos el último, que parecía estar construido con un poco más de solidez que los demás. A diferencia de los demás, estaba cerrado. Buscó una ventana y descubrió que las paredes eran sólidas. No había aberturas excepto la puerta cerrada. Vaciló frente a la puerta, mirando al suelo en busca de una señal de lo que podría haber estado almacenado en el edificio. El área circundante no reveló huellas. Sacó una navaja de hoja gruesa y se acercó a la cerradura, luego de repente se detuvo y sonrió.

"Genial," se dijo a sí mismo. "Un oficial de la Guardia Solar a punto de irrumpir en una propiedad privada sin una orden judicial. ¡Qué bueno haber sabido en la Academia!"

Se volvió bruscamente y se dirigió hacia el explorador. Subiendo a la nave, tomó el micrófono del audioceptor y grabó un breve mensaje. Sacando la cinta de hilo de la máquina, regresó a la casa y la dejó en el carrete de la máquina de reproducción de audio escrito cerca de la puerta principal.

Unos momentos después, el inquietante silencio de la plantación de Sharkey fue de nuevo roto por el rugido sibilante de los aviones cuando la lancha despegó y trepó rápidamente sobre la jungla. En el aire, Connel miró brevemente un mapa, cambió de rumbo y envió la lancha a toda velocidad a través de la jungla hacia la plantación Sinclair.

"¿Qué tan lejos crees que hemos llegado?" preguntó Tom adormilado.

Astro bostezó y se estiró antes de responder. "Yo diría que unas quince kilómetros, Tom."

"Parece más bien ciento quince," gimió Roger, que estaba tirado en el suelo. "Me duele todo. Empiece en la parte superior de mi cabeza y trabaje hacia abajo, y no encontrará una pulgada cuadrada que no esté dolorida."

Tom sonrió. Él mismo estaba cansado, pero la marcha de tres días a través de la jungla habían sido tres de los días más emocionantes de su vida. Viniendo de una gran ciudad donde tuvo que viajar dos horas en monorraíl para llegar a un campo verde abierto, el cadete de cabello rizado encontró este pasaje a través de la jungla más salvaje del sistema solar nuevo y fascinante. Había visto flores de todos los colores del espectro, algunas tan grandes como él; arbustos gigantes con hojas tan finas que parecían telas de araña; Árboles de madera de teca de Venus de cincuenta a cien pies de espesor en la base con algunos retorcidos en extrañas espirales mientras sus troncos, a la sombra de otro árbol más grande, buscaban una clara avenida hacia el sol. Había arbustos a los que les crecían espinas de ocho centímetros de largo, duros como el acero y delgados como agujas; enredaderas de la selva, enredaderas de dos y tres pies de espesor, retorciéndose alrededor de los troncos de los árboles y estrangulándolos. También vio animales, todos con el doble del tamaño de cualquier cosa en la Tierra debido a la gravedad venusiana más ligera; insectos del tamaño de ratas, ratas del tamaño de perros y perros salvajes del tamaño de ponis. En los árboles, pequeños antropoides, primos de los monos de la Tierra, correteaban de miembro en miembro, gritando a los invasores de su hogar en la jungla. Animales de pelaje liso que parecían ciervos, con los cuernos enroscados en lo alto, correteaban entre los cadetes como cachorros, los acariciaban con la nariz, les mordían los talones juguetonamente y ladraban como si se rieran cuando Astro les gritaba por interponerse en su camino.

Pero también había criaturas peligrosas en la jungla; las hermosas pero mortales serpientes venenosas que acechaban sin ser vistas en el follaje multicolor, atacando todo lo que pasaba; animales parecidos a ardillas listadas con colmillos agrandados y afilados, cuyo ansia de carne cruda era tan grande que atacarían a un animal

diez veces mayor que su tamaño; lagartijas del tamaño de elefantes con escamas como placas de armadura que se arraigaban en un terreno pantanoso para alimentarse, pero que atacarían a cualquier intruso, cargando a una velocidad asombrosa, con los tres cuernos en posición; y, finalmente, estaban los monstruos de Venus, bestias gigantes cuyo peso se medía en toneladas, dominadas por el más horrible de todos: el tiranosaurio.

Las peleas a muerte entre las criaturas de la jungla fueron vistas comunes para los niños durante su marcha. Vieron una extraña pelea silenciosa entre una serpiente de doce metros y un buitre gigante con garras de casi sesenta centímetros de ancho y un pico parecido a un cascanueces de mamut. El buitre ganó, cortando metódicamente el cuerpo del reptil en secciones, su pico cortando a la serpiente tan fácilmente como un cuchillo atravesando la mantequilla.

Más de una vez Astro vio una criatura peligrosa y, diciéndoles a Roger y Tom que se apartaran, apuntaría con su rifle de choque y lo dispararía.

Hasta ahora no habían visto nada de su presa: el tiranosaurio. Las huellas alrededor de los humeantes pantanos estaban tan cerca como habían llegado. Una vez, a última hora de la tarde del segundo día, vieron fugazmente a un brontosaurio herbívoro que avanzaba pesadamente por la maleza.

A los tres chicos les había resultado difícil dormir en la jungla. Las dos primeras noches se habían turnado para permanecer en guardia y atender la fogata. Nada les había molestado, y en la tercera noche decidieron que el fuego sería suficiente para ahuyentar a los animales de la selva. Era arriesgado, pero la lucha continua a través de la maleza de la jungla había cansado a los tres niños hasta los huesos y las pocas horas que estuvieron de guardia se perdieron al día siguiente, así que decidieron arriesgarse.

Roger ya estaba dormido. Astro acababa de revisar su rifle para estar listo para disparar instantáneamente, cuando Tom arrojó el último leño a la fogata y se metió en su saco de dormir.

"¿Crees que todo estará bien, Astro?" preguntó Tom. "No estoy

ansioso por despertar dentro del estómago de una de estas criaturas."

"La mayoría de ellos nunca ha visto fuego, Tom," dijo Astro para tranquilizarlo. "Les da miedo. Además, nos estamos acercando a las cosas importantes ahora. Es posible que veas un tirano o un gran bronto en cualquier momento. Y si vienen, los escucharás, créeme. ¡Tan silencioso como un escuadrón de cruceros en una batalla de emergencia despegando de la Academia en medio de la noche!"

"Está bien," respondió Tom. "Eres el cazador de esta tripulación." De repente se rió. "¿Sabes? que realmente disfruté de la forma en que Roger saltó hacia atrás de ese pájaro de tierra que caminaba como un pato ayer."

Astro sonrió. "¡Sí, la única cosa en este lugar que es tan feroz como un gatito y él saca su pistola de rayos como un vaquero anciano!"

Una voz muy cansada habló desde el otro saco de dormir. "¡Es así! Bueno, cuando vosotros dos valientes se encontraron cara a cara con ese bebé lagarto en la raíz de un árbol, ¡estaban listos para terminar su licencia en Átomo City!" Roger abrió el cierre de la bolsa, asomó la cabeza rubia y miró a sus compañeros de unidad con amargura. "Sack adentro, ¿quieres? ¡Tu lavado de cohetes me mantiene despierto!"

Riendo, Astro y Tom se despidieron con la cabeza y cerraron sus sacos de dormir. La jungla estaba en silencio, el único movimiento eran las lenguas de fuego que saltaban de la fogata.

Una hora más tarde empezó a llover, una llovizna ligera al principio que se incrementó hasta que alcanzó el ritmo constante de un aguacero tropical. Tom despertó primero, abriendo la solapa de su saco de dormir solo para que su cara se llenara de agua viscosa que se derramó. Tosiendo y escupiendo, se sentó y vio que la fogata estaba apagada y que el campamento ya estaba a quince centímetros de profundidad en el agua.

"¡Roger, Astro!" llamó y golpeó el saco de dormir más cercano. Astro abrió un poco la solapa y miró adormilado. Al instante salió rodando de la bolsa y se puso de pie de un salto.

"¡Despierta a Roger!" él chasqueó. "¡Tenemos que salir de aquí!"

"¿Qué pasa?" Roger murmuró a través de la bolsa, sin abrirla. "¿Por qué la emoción por un poco de lluvia?"

"El fuego está apagado, pez gordo," dijo Astro. "Está tan oscuro como el interior del vientre número cuatro de una vaca. ¡Tenemos que movernos!"

"¿Por qué?" preguntó Tom, sin comprender la repentina excitación nerviosa del gran cadete. "¿Qué pasa con quedarse donde estamos? ¿Por qué andar en tropel en la oscuridad?"

"No podemos encender fuego en ningún lado," agregó Roger, sacando finalmente la cabeza de su saco de dormir.

"¡Tenemos que llegar a terreno elevado!" dijo Astro, empacando apresuradamente el equipo de campamento. "Estamos en un hueco aquí. ¡La lluvia realmente cae sobre Venus, y en otra hora este lugar será un estanque!"

Sintiendo la urgencia en la voz de Astro, Roger comenzó a empacar su equipo y en unos momentos los tres chicos tenían su equipo colgado sobre sus hombros y estaban avanzando penosamente a través del agua que ya les llegaba hasta las rodillas.

"Aún no veo por qué tenemos que seguir la pista a través de la jungla en medio de la noche," refunfuñó Roger. "Podríamos trepar a un árbol y esperar a que pase la tormenta."

"Tendría que esperar mucho después de que la lluvia se detenga," respondió Astro. "Hay una cosa en este lugar de la que nada se cansa nunca, y es el agua. Los animales lo saben y merodean por todos los pozos de agua. Si un animal pequeño intenta beber algo, lo más probable es que acabe en el estómago de algo. Cuando llueve así, los huecos se llenan como el que acabamos de dejar, y todo lo que se encuentra a una distancia de correr, saltar y gatear se dirige a que se llene la panza de agua. En otra hora nuestro campamento será como algo salido de una pesadilla, con todos los animales de la jungla bajan a beber y empiezan a pelear entre sí."

—Entonces, si nos quedamos allí... Roger se detuvo.

"Estaríamos en medio de esto," dijo Astro con gravedad. "No duraríamos dos minutos."

Caminando en fila india, con Astro a la cabeza, seguido de Roger y luego de Tom, tropezaron en la oscuridad de tono negro. Astro se negó a encender una luz, por temor a ser atacado por un animal desesperado, más ansioso por el agua que por miedo a la luz. Llevaban sus desintegradores amartillados y listos para disparar. La lluvia continuó, aumentando con furia hasta que quedaron envueltos en una pared casi sólida de agua. En poco tiempo, el suelo de la jungla se convirtió en un agujero de barro continuo, y cada paso los sumergía hasta los tobillos en el lodo absorbente. Su ascenso fue cuesta arriba, y el agua de arriba aumentó, bañándose a su alrededor en torrentes. Más de una vez, uno de los cadetes cayó, jadeando en busca de aire, al agua sucia, solo para que los otros dos lo empujaran hacia una base más sólida. Tropezando, sus manos tanteando salvajemente en la oscuridad, avanzaron.

Estaban llegando a un terreno más alto cuando Astro se detuvo de repente.

"¡Escucha!" susurró con voz ronca.

Los muchachos se quedaron quietos, la lluvia golpeando sus cascos de plástico, sosteniendo los rifles listos y aguzando el oído para escuchar algún sonido que no fuera el tamborileo de la lluvia.

"No escucho nada," dijo Roger.

"¡Shhh!" siseó Astro.

Esperaron y luego, desde la distancia, oyeron el leve crujido de la maleza. Gradualmente se hizo más claro hasta que no hubo duda de su origen. ¡Un gran monstruo se movía por la jungla cerca de ellos!

"¿Qué es?" preguntó Tom, tratando de mantener la voz tranquila.

"Uno grande," dijo Astro. "Uno realmente grande. ¡Y creo que se dirige hacia aquí!"

"¡Por los cráteres de la Luna!" jadeó Roger. "¿Qué hacemos?"

"O corremos o nos quedamos aquí y tratamos de arruinarlo."

"Lo que digas, Astro," dijo Roger. "Tú eres el jefe."

"Lo mismo aquí," dijo Tom. "Llámalo."

Astro no respondió de inmediato. Aguzó el oído, escuchó los movimientos del monstruo que avanzaba, tratando de averiguar la dirección exacta que estaba tomando la bestia. El ruido se volvió más violento, el estrépito se definió con mayor nitidez cuando pequeños árboles fueron aplastados contra el suelo.

"¡Si tan solo supiera exactamente qué es!" dijo Astro desesperado. "Si es un tirano, camina sobre sus patas traseras y tiene la cabeza hacia arriba en los árboles, y podría pasar a diez pies de nosotros y no vernos. Pero si es un bronto, tiene un cuello largo parecido a una serpiente que empuja por todas partes y no nos echaría de menos a cien pies!"

"Decídete rápido, muchacho," dijo Roger. "Si esa cosa se acerca, me abriré con este desintegrador. ¡Puede que me coma, pero seguro que primero haré que le castañeen los dientes!"

El suelo comenzó a temblar cuando el monstruo que se acercaba se acercaba. Astro permaneció quieto, los oídos esforzándose por escuchar algún sonido que indicara exactamente lo que estaba cayendo sobre ellos.

Por encima de ellos, el chillido agudo de un antropoide atravesó repentinamente la noche oscura cuando su árbol hogar se estrelló contra el suelo. Hubo un rugido creciente y el estruendo se detuvo momentáneamente.

"Salgamos de aquí," dijo Astro tenso. "¡Eso es un tirano, pero ahora está a cuatro patas, buscando a ese mono! Manténganse juntos y hagan el menor ruido posible. No hables. Mantenga sus desintegradores y luces de emergencia listos. Si nos descubre, encienda la luz. su cara Roger, y Tom y yo dispararemos. ¿De acuerdo?"

Tom y Roger estuvieron de acuerdo.

"Está bien," dijo Astro, "vámonos, ¡y suerte del astronauta!"

Capítulo 7

"¿Qué puedo hacer por usted, oficial?"

Connel sacó su masa de la lancha y miró con dureza al hombre que tenía delante. "¿Eres Rex Sinclair?"

Sinclair asintió. "Eso es correcto."

Connel le ofreció la mano. "Mayor Connel, Guardia Solar."

"Encantado de conocerte," respondió el plantador, agarrando la mano del astronauta. "Ten algo para refrescarte."

"Gracias," dijo Connel. "Puedo usarlo. ¡Uf! Debe haber al menos uno veinte en la sombra."

Sinclair se rió entre dientes. "Por aquí, mayor."

No dijeron nada más hasta que Connel descansó cómodamente en un sillón, admirando el techo de cristal de la casa de Sinclair. Después de un agradable intercambio sobre las cosechas y los problemas de la agricultura en Venus, el rudo astronauta cuadró la espalda y miró directamente a su anfitrión. "El Sr. James, el Delegado Solar, me dijo que ha resistido la presión para unirse a los nacionalistas de Venus."

La expresión de Sinclair cambió ligeramente. Sus cejas se levantaron con curiosidad. "Bueno, sí, eso es cierto."

"Me gustaría que me dijeras lo que sabes sobre la organización."

"Ya veo," reflexionó Sinclair. "¿Eso es una orden?" añadió, riendo.

"Esa es una solicitud. Me gustaría aprender todo lo posible sobre los nacionalistas."

"¿Con qué propósito?"

Connel hizo una pausa y luego dijo con indiferencia: "Una revisión al azar. A la Guardia Solar le gusta mantener los ojos abiertos en busca de problemas."

"¿Problema?" exclamó Sinclair. "¡No eres serio!"

Connel asintió. "Probablemente no sea más que un club. Sin embargo, me gustaría conocer algunos hechos."

"¿Has hablado con alguien más?" preguntó Sinclair.

"Acabo de llegar de la plantación Sharkey. Está desierto. No hay un alma alrededor. Pasaré por allí antes de regresar a Venuspuerto." Connel hizo una pausa y miró directamente a Sinclair. "¿Bien?"

"No sé mucho de ellos, mayor," respondió el plantador. "Siempre me pareció nada más que un grupo de plantadores reuniéndose..."

Connel lo interrumpió. "Posiblemente, pero ¿por qué no te uniste?"

"Bien-"

"¿No están todos tus amigos en él?"

"Sí, pero no tengo tiempo. Tengo un lugar grande, y ahora solo estamos yo, mi capataz y mi ama de llaves. Todos los peones de campo se fueron hace algún tiempo."

"¿A dónde fueron?"

"Venuspuerto, supongo. No se puede hacer que la gente cultive en estos días."

"Muy bien, señor Sinclair," declaró Connel, "dejemos nuestras cartas sobre la mesa. Sé cómo se debe sentir al hablar de sus amigos, pero esto es realmente importante. De vital importancia para todos los ciudadanos de la Alianza Solar. Los nacionalistas eran realmente una organización estrecha con un propósito: el propósito de hacer a Venus independiente de la Alianza Solar. Si tenían éxito, si Venus se separaba, Mercurio podría seguirlos, entonces Marte," todo el sistema se desmorona— se dividiría en estados independientes. Y cuando eso sucede, hay problemas: barreras aduaneras, celos,

ejércitos y armadas individuales, y luego, en última instancia, una guerra espacial. Es más que una simple amistad, Sinclair, es la grieta más pequeña en el frente sólido de la Alianza Solar, pero es una grieta que se puede abrir más si no la detenemos ahora."

Sinclair quedó impresionado. "Muy bien, mayor, le diré todo lo que sé sobre ellos. Y tiene razón, es difícil hablar de sus amigos. Crecí aquí en la jungla de Venus. Ayudé a mi padre a limpiar esta tierra donde está construida la casa. La mayoría de los hombres de los Nacionalistas son amigos míos, pero"—suspiró—"tienes razón, no puedo permitir que esto le pase a la Alianza Solar."

"¿Permitir que suceda?" preguntó Connel.

"Justo lo que dijiste, acerca de que Venus se convierta en un estado independiente."

"Dime todo lo que sabes," dijo Connel.

"El grupo comenzó a formarse hace unos tres años. Al Sharkey vino aquí una noche y dijo que un grupo de plantadores se reunía de vez en cuando para intercambiar información sobre los cultivos y las condiciones agrícolas. Fui varias veces, todos lo hicimos, en esta parte de Venus. Al principio fue divertido. Incluso teníamos picnics y bailes en el granero cada tres o cuatro semanas. Luego, una noche, alguien sugirió que fuéramos vestidos con trajes antiguos, del tipo que usaban nuestros antepasados que fundaron Venus."

Connel asintió.

"Bueno, una cosa llevó a la otra," continuó Sinclair. "Empezaron a hablar sobre la gran historia de nuestro planeta y a quejarse de pagar impuestos para apoyar a la Alianza Solar. En lugar de abrir nuevas colonias como la de Plutón, deberíamos desarrollar nuestro propio planeta. Dejamos de bailar, las mujeres dejaron de y luego, una noche, elegimos un presidente. Al Sharkey. Lo primero que hizo fue ordenar a todos los miembros que asistieran a las reuniones con la ropa de nuestros antepasados. Le dio a la organización un nombre, los nacionalistas de Venus. Inmediatamente después de eso, me detuve Me cansé de escuchar discursos sobre el maravilloso planeta en el que vivimos y lo terrible que era ser gobernado por

hombres en la Tierra, a millones de kilómetros de distancia."

"¿No consideraron que tenían la misma representación en la Cámara de la Alianza Solar?" preguntó Connel.

—No, mayor. No podía decirles nada a ninguno de ellos. Si intentaba razonar con ellos, lo llamaban... un... Sinclair se detuvo y se dio la vuelta.

"¿Cómo te llamaron?" -preguntó Connel, enfureciéndose cada minuto.

"Cualquiera que no estuviera de acuerdo con ellos se llamaba terrícola."

"¿Y no estás de acuerdo?" preguntó Connel.

"Renuncio," dijo Sinclair con firmeza. "Y justo después de eso, comencé a perder ganado. Los encontré muertos en los corrales, envenenados. Y algunos de mis cultivos fueron quemados."

"¿Protestaste a la Guardia Solar?"

"Por supuesto, pero no había ninguna prueba de que alguno de mis vecinos lo hubiera hecho. Ya no me molestan, pero tampoco me hablan. Es como si tuviera una enfermedad horrible. He sido huésped de esta casa en casi dos años. Tres cadetes espaciales son los primeros visitantes aquí desde que dejé la organización."

"¿Cadetes espaciales?" Connel miró a la jardinera con curiosidad.

"Sí, buenos muchachos. Corbett, Manning y un tipo grandote llamado Astro. Ahora están en la jungla buscando tiranosaurios. Los conocí a través de un amigo en Venuspuerto y los invité a usar mi casa como base de operaciones.. ¿Los conoces?"

Connel asintió. "Muy bien. La mejor unidad de cadetes de la Academia. ¿Cuánto tiempo han estado en la jungla?"

"Aproximadamente cuatro días y medio ahora."

"Espero que se consigan un tirano. Pero al mismo tiempo," Connel

no pudo evitar reír entre dientes— "si lo hacen, ¡la Academia Espacial nunca escuchará el final!"

De repente, el silencio ardiente y marchito alrededor de la casa fue destrozado por un rugido atronador. Connel se levantó de un salto, siguió a Sinclair hasta la ventana y miró hacia el claro. Vieron lo que parecía ser un escuadrón bien organizado de lanchas a reacción llegar para un aterrizaje con una precisión casi militar. Las puertas se abrieron rápidamente y los hombres salieron al campo polvoriento. Iban igualmente vestidos con overoles con botas espaciales cortas de un cuarto de largo y cascos protectores redondos de plástico. Cada hombre llevaba una pistola de rayos paralelo-ray atada a sus caderas. Los uniformes eran de un verde brillante, con una banda blanca en el pecho. Los hombres formaron filas, esperaron una orden de un hombre vestido de verde más oscuro y luego marcharon hacia la casa.

"¡Por los cráteres de la Luna!" rugió Connel. "¿Quiénes son?"

"¡Los nacionalistas!" gritó Sinclair. "Amenazaron con quemar mi casa y destruir mi granja si escribía esa carta al delegado. ¡Han venido a cumplir su amenaza!"

Connel se sacó la pistola de rayos paralelos de la cadera y la apretó con firmeza. "¿Quieres a esos hombres en tu casa?" le preguntó a Sinclair.

"¡No, no, claro que no!"

"Entonces tienes protección Solar Guard."

"Cómo-?" Preguntó Sinclair. "¡No hay Guardias Solares por aquí!"

"¡Qué diablos crees que soy, hombre!" rugió Connel mientras se lanzaba hacia la puerta y salía al porche. Los hombres estaban a unos treinta metros del porche cuando vieron a Connel. El oficial de la Guardia Solar abrió las piernas, sacó la mandíbula y apuntó con la pistola de rayos paralelos. "¡El primero de vosotros, soldados de plomo, que ponga un pie en estos escalones se congelará más rígido que una bola de nieve en Plutón! ¡Ahora párese donde está, diga lo que quiere y luego despegue!"

"¡Detener!" El líder de la columna de hombres levantó la mano. Connel vio que los cascos de plástico estaban cubiertos de escarcha, excepto por una banda transparente a la altura de los ojos. Todos los rostros estaban ocultos. El líder dio un paso adelante, con la mano en su pistola de paralorrayos. "Saludos, mayor Connel."

Connel bufó. "¡Si te quitas esa máscara de Halloween, podría saber con quién estoy hablando!"

"Mi nombre es Hilmarc."

"¿Hilmarc?"

"Sí. Soy el líder de este destacamento."

"Líder, ¿eh?" gruñó Connel. "¿Líder de qué? ¿Un grupo de pequeños soldaditos de plomo?"

"Ya verá, mayor." La voz de Hilmarc era baja y amenazadora.

"Voy a contar hasta cinco," anunció Connel con gravedad, levantando su pistola de rayos paralo, "y si tú y tus compañeros de juego no están de vuelta en sus naves, empezaré a disparar."

"Eso sería imprudente," respondió Hilmarc. "Tu única arma contra todas las nuestras."

Connel sonrió. "Lo sé. Va a ser una gran pelea, ¿no?" Luego, sin pausa, gritó: "¡Uno, dos, tres, cuatro, cinco!"

Abrió fuego y apretó el gatillo rápidamente. La primera fila de hombres vestidos de verde se congeló de inmediato. Cayendo sobre una rodilla, el astronauta volvió a abrir fuego y los hombres de la segunda fila se pusieron rígidos mientras intentaban devolver el fuego.

"¡Fuego! ¡Córtale!" rugió Hilmarc frenéticamente.

Los hombres rompieron filas y el área frente a la casa de Sinclair crepitó con disparos de paralorrayos. Lanzándose detrás de una silla, Connel se dejó caer al suelo, su arma se calentó bajo la

descarga continua de energía paralizante. En cuestión de momentos, el oficial de la Guardia Solar había congelado a casi la mitad de la tropa atacante, con los cuerpos esparcidos en varias posiciones. De repente, su arma escupió fuego y comenzó a humear. La carga de energía se agotó. Connel se puso de pie de un salto y se puso firme. Sabía por experiencia que si ser golpeado era inevitable, la mejor manera de recibir la carga era poniéndose firme, quitando la tensión del corazón. Se enfrentó al claro y una docena de disparos de energía paralizante lo golpearon simultáneamente. Se puso rígido y la corta y furiosa batalla terminó.

Uno de los hombres vestidos de verde liberó a Hilmarc de los efectos del noveno disparo de Connel y dio un paso adelante para mirar directamente a los ojos de Connel. "Sé que puede oírme, mayor. Quiero felicitarlo por su disparo. Pero su valiente resistencia ahora es tan inútil como la resistencia de toda la Guardia Solar en un futuro cercano." Hilmarc sonrió con arrogancia y dio un paso atrás. "Ahora, si me disculpan, me ocuparé del asunto por el que vine aquí, ¡para cuidar de un debilucho y un informante!" Se volvió y les gritó a sus hombres. "¡Tienes tus órdenes! Consigue a Sinclair y luego quema todo lo que veas."

"Astro, Tom," jadeó Roger. "Yo-yo no puedo continuar."

El cadete de cabello rubio cayó de cabeza al suelo, casi enterrándose en el barro. Tom y Astro se volvieron sin decir una palabra y, agarrando a Roger por debajo de cada brazo, lo ayudaron a ponerse de pie. Detrás de ellos, el trueno del acechador tiranosaurio se acercó y se obligaron a esforzarse más. Durante dos días habían estado corriendo ante el monstruo. Fue un vuelo salvaje a través de una jungla salvaje que les ofreció poca protección. Y mientras sus miedos se centraban en la bestia detrás de ellos, sus ojos somnolientos y cansados buscaban otros peligros que se avecinaban. Más de una vez se detuvieron para disparar a una bestia hambrienta y asustada que les cerró el paso, dejándolo para el tiranosaurio y dándose un respiro momentáneo en su huida.

Astro abrió el camino, cortando incansablemente las enredaderas y las enredaderas con su cuchillo de la jungla, abriendo el camino para Roger y Tom. El cadete venusiano estaba seguro de que

estaban cerca del claro alrededor de la plantación Sinclair. Desde primera hora de la mañana había visto las señales de los senderos que habían dejado cuando se adentraron en la jungla. Los cadetes sabían que si no llegaban al claro pronto tendrían que ponerse de pie y luchar contra la cosa terrible que los seguía. Durante la primera noche salvaje, habían tropezado con un sumidero, y mientras Tom se revolcaba impotente en el barro pegajoso y sofocante, Astro y Roger se pusieron de pie y lucharon contra la bestia gigante. Los rifles de choque chocaron contra la piel parecida a una armadura del monstruo, aturdiéndolo momentáneamente, pero en la oscuridad y la lluvia, no pudieron obtener un disparo claro en la cabeza. Cuando Tom finalmente salió del lodo, lucharon hacia adelante a través de la jungla, con solo un disparo en cada bláster.

"¿Cuánto más lejos, Astro?" preguntó Tom, su voz débil por la fatiga. "Yo también estoy empezando a doblar."

"No muy lejos ahora, Tom," le aseguró el gran cadete. "Deberíamos llegar al claro pronto ahora." Se volvió y miró hacia atrás. "¡Si tan solo pudiéramos tener un tiro claro en la cabeza de ese bruto!"

"Espera, Roger," dijo Tom. "Solo un poco más ahora."

Roger no respondió, simplemente inclinó la cabeza en reconocimiento.

Detrás de ellos, los pasos atronadores y estrepitosos parecían estar acercándose y Astro se impulsó con más fuerza, cortando las enredaderas y la maleza enmarañada, a veces simplemente atravesando por pura fuerza impulsora. Pero la criatura de pies pesados aún los acechaba pesadamente.

De repente, Astro se detuvo y olfateó el aire. "¡Fumar!" gritó. "¡Casi estamos allí!"

Tom y Roger sonrieron débilmente y siguieron adelante. Un momento después, el cadete gigante señaló a través de la maleza., "¡Ahí! ¡Veo el claro! Y, ¡por las estrellas, hay fuego! ¡La casa está ardiendo!"

Olvidando el peligro detrás de ellos, los tres chicos corrieron hacia el claro. Justo antes de salir de la jungla, se detuvieron y se quedaron boquiabiertos de asombro, mirando la escena que tenían ante ellos.

"¡Por los cráteres de la Luna!" Astro jadeó. "¡Mirar!"

Las dependencias de la plantación ardían furiosamente, levantando espesas columnas de humo. El viento sopló los densos vapores hacia ellos y empezaron a toser y a tener arcadas. A través del humo vieron una extraña serie de naves a reacción en el claro. Entonces, de repente, su atención se centró en otro peligro. El tiranosaurio estaba casi encima de ellos.

"¡Correr!" rugió Astro. Corrió hacia el claro, seguido por Roger y Tom. Una vez al aire libre, los muchachos corrieron varios cientos de metros hasta la nave a reacción más cercana y, a salvo en la escotilla, se volvieron para ver al monstruo llegar al borde del claro y detenerse. Vieron claramente al bruto por primera vez.

Se puso de pie sobre sus patas traseras, a casi treinta metros de altura. Movi6 su cabeza plana y triangular en un arco lento, mirando por encima del claro. El humo se arremolinaba a su alrededor. Resopló varias veces de miedo e ira. Astro lo miró con los ojos muy abiertos y finalmente habló en tono de asombro. "¡Por los anillos de Saturno, lo es!"

"¿Qué es?" preguntó Tom.

"¡El mismo tirano al que atacé cuando era niño, el que me atrapó en la cueva!"

"¡Imposible!" resopló Roger. "¿Cómo puedes saberlo?"

Allí, en la cabeza, las cicatrices y ese ojo. ¡Esa es la marca de un desintegrador!

"¡Bueno, seré una lombriz de tierra con cabeza de cohete!" dijo Tom.

El humo se espesó en ese momento y, cuando se despejó de nuevo, la gran bestia se había ido. "Supongo que el humo lo ahuyentó," dijo

Astro. "¡Fumar!" Se dio la vuelta. Con la amenaza del tiranosaurio desaparecida, podrían enfrentar los extraños sucesos alrededor del claro.

"Vamos," dijo Tom. Se dirigió a los edificios en llamas en la parte trasera de la casa.

Justo en ese momento, un grupo de hombres vestidos de verde rodeó el costado de la casa. Astro agarró a Tom del brazo y tiró de él hacia atrás.

"¿Qué está pasando aquí? Todos estos barcos, edificios en llamas y esos hombres vestidos de verde. ¿Qué es?"

Los tres muchachos se acurrucaron detrás del avión y estudiaron la escena.

"No lo entiendo," dijo Tom. "¿Quiénes son esos hombres? Casi parecen soldados de algún tipo, pero no reconozco el uniforme."

"Tal vez sea el departamento de bomberos," sugirió Roger.

"¡Espera un minuto!" rugió Tom de repente. "¡Ahí en el porche! ¡Mayor Connel!"

"¡Omigosh!" dijo Astro. "Lo es, pero ¿qué le pasa? ¿Por qué está parado ahí así?"

"¡Ha sido paralo-rayado!" exclamó Roger. "¡Mira lo quieto que está! ¡Sean lo que sean estos bromistas uniformados, no son amistosos!" Levantó su rifle de choque. "Este último disparo en mi bláster debería—"

"Espera un minuto, Roger," dijo Tom, "no te vayas a medio amartillar. No podemos hacer mucho con solo tres disparos. Será mejor que tomemos el control de uno de estos barcos. Debe haber armas a bordo."

"Sí," dijo Astro. "¿Qué tal ese grande de allí?" Señaló la más grande de las embarcaciones ensambladas.

"Está bien," dijo Tom. "Escápate por este lado y corre hacia él."

Agarrando sus rifles, se deslizaron alrededor de la popa de la pequeña nave, y manteniendo una mirada cautelosa en los hombres que se arremolinaban alrededor del frente del edificio, corrieron hacia la nave más grande.

En el porche de la casa principal, el mayor Connel, con todos los músculos de su cuerpo paralizados, vio a los tres cadetes cruzar el campo y su corazón dio un vuelco. Inmediatamente delante de él, dos de los hombres vestidos de verde sostenían a Sinclair mientras Hilmarc se dirigía a él con arrogancia.

"Esto es solo el comienzo, Sinclair. No intentes cruzarnos de nuevo. ¡Ni tú ni nadie más pueden detenernos!" Se dio la vuelta y miró a Connel. "Y en cuanto a usted y su Guardia Solar, mayor Connel, puede decirles..."

La diatriba de Hilmarc fue repentinamente interrumpida por un silbido estridente y el resplandor de una bengala roja en lo alto. Hubo un coro de gritos cuando los hombres se agacharon para cubrirse.

Una voz, que Connel reconoció como la de Tom, resonó por el altavoz de la gran nave a reacción cerca del borde del claro. "¡Ahora escucha esto! Estás cubierto por un mortero atómico. ¡Suelta tus armas y levanta tus manos!"

Los hombres miraron la nave, confundidos, pero Hilmarc emitió una orden cortante. "¡Vuelve a las naves!"

"Pero... pero nos va a disparar," se quejó uno de los hombres. "Nos matará a todos."

"¡Tonto!" rugió Hilmarc. "Debe ser un amigo de Connel o de Sinclair. ¡No se atreverá a disparar un proyectil atómico cerca de esta casa, por temor a matar a sus amigos! ¡Ahora suba a bordo de sus barcos y despegue!"

Desde su barco, Tom, Roger y Astro vieron a los hombres esparcirse por el campo y, al darse cuenta de que su engaño había fallado, abrieron fuego con los cañones de paralorrayos. Pero su alcance estaba demasiado lejos. En unos momentos, el claro alrededor de la

casa de los Sinclair se llenó de vida con el rugido de tos de los aviones que despegaban.

Tan pronto como estuvieron solos, Sinclair agarró una pistola de rayos abandonada y liberó al mayor de la carga. Connel inmediatamente saltó por otra pistola. Pero luego, cuando los aviones comenzaron a despegar, vio que sería inútil perseguir a los invasores. Agradecido de que los cadetes hubieran llegado a tiempo, trotó por el claro para encontrarse con ellos mientras trepaban cansados del jet restante.

"Por los cráteres de la Luna," rugió afablemente, "¡Ustedes tres idiotas de cerebro espacial me tenían asustado! ¡Pensé que realmente dejarían ir ese mortero!"

Tom y Roger sonrieron, aliviados al encontrar al astronauta ileso, mientras Astro miraba la flota de naves que desaparecía.

"¿Qué ha pasado, señor?" preguntó Tom. "¿De que trata todo esto?"

"No tengo tiempo para explicar ahora," dijo Connel. "Solo quiero que vosotros tres sepan que regresaron aquí a tiempo para salvar el resto de la propiedad de este hombre." Se volvió hacia Sinclair, que se estaba acercando. "¿Reconociste a alguno de ellos?" le preguntó al plantador.

Sinclair negó con la cabeza. "Pensé que sí, por sus voces, quiero decir. Pero no pude ver a nadie a través del casco escarchado que llevaban."

"Bueno, dejaron una nave. Descubriremos a quién pertenece," dijo Connel. "Está bien, Corbett, Manning, Astro. ¡Prepárense para despegar!"

"¿Despegar?" exclamó Roger. "¡Pero estamos de licencia, señor!"

"¡Ya no, no lo eres!" espetó Connel. "¡Estás llamado a partir de ahora! ¡Prepara esta nave para despegar hacia Venuspuerto en cinco minutos!"

Capítulo 8

"¿Estás seguro de que se fueron al sur, Astro?"

El mayor Connel estaba examinando un mapa del hemisferio sur de Venus. Los tres cadetes estaban agrupados a su alrededor en la pequeña sala de control de la nave a reacción.

"Eso creo, señor," respondió Astro. "Los vi dar vueltas y luego escalar. No habría razón para escalar a menos que estuvieran cruzando las montañas."

"¿Qué piensas, Tom?" preguntó Connel.

"No lo sé, señor. El mapa no muestra nada más que la jungla en aproximadamente mil kilómetros cuadradas. A menos que haya una base secreta en algún lugar entre aquí y allá," colocó sus dedos en el mapa donde estaban las plantaciones de Sharkey y Sinclair. estaban marcados: "No veo a dónde podrían haber ido."

"Bueno, entonces esa debe ser la respuesta," suspiró el brusco astronauta. "Nuestra alerta a las naves patrulleras en esta área la reduce. No se vio nada en el aire. Y no podrían haber despegado al espacio. Todas sus naves eran cosas de bajo vuelo."

Despegando de la plantación Sinclair inmediatamente, los tres cadetes y el mayor esperaban encontrar la base de operaciones de los invasores vestidos de verde, pero las naves habían desaparecido. El barco que habían capturado resultó ser un carguero sin nombre y sin todas las marcas de identificación. Le habían pedido al registro de naves de la Guardia Solar en Venuspuerto que verificara el título de la embarcación, pero hasta el momento no habían recibido respuesta.

Ahora, volando de regreso a Venuspuerto a toda velocidad, Connel les contó a los chicos la verdadera naturaleza de su misión a Venus. Los muchachos se sorprendieron, incapaces de creer que alguien, o cualquier grupo de personas, se atreviera a desafiar la autoridad de

la Guardia Solar. Sin embargo, habían visto con sus propios ojos una demostración de la fuerza de los nacionalistas. Roger había enviado un mensaje de teleceptor de alto secreto al comandante Walters en la Academia Espacial, solicitando una conferencia inmediata con Connel, y había recibido la confirmación en media hora.

"Creo que el capitán Strong también estará," le dijo Roger a Tom después de que Connel se retirara a un compartimiento con una grabadora para transcribir un informe del asunto en Sinclair's. "El mensaje decía que debíamos preparar un informe completo para que lo consideraran el comandante Walters, el profesor Sykes y el capitán Strong."

"Muchacho," dijo el cadete de pelo rizado, "esta cosa es demasiado grande para que me la trague. ¡Imagínense un montón de tontos vistiendo uniformes y quemando los edificios de un tipo porque le escribió una carta a su delegado!"

"Odiaría ser miembro de esa organización cuando el comandante Walters termina con ellos," dijo Roger con voz lenta. "Y particularmente el tipo que ordenó disparar a Connel con esa pistola de rayos. ¡Diez disparos a la vez! ¡Guau! ¡Ese tipo debe tener los nervios de acero!"

En una hora, el avión de carga estaba dando vueltas en Venuspuerto y se le dio autorización prioritaria para un aterrizaje inmediato. Inmediatamente después de aterrizar, la nave se llenó de Guardias Solares, hombres de rostro sombrío asignados para vigilarla, mientras los técnicos revisaban la nave para su identificación. Los tres muchachos aún vestían el atuendo de la jungla cuando se presentaron ante el mayor Connel con la solicitud de dormir un poco.

"¡Tomar una aspirina!" rugió Connel. "¡Tenemos un trabajo importante que hacer!"

—Pero, señor,"dijo Roger con los ojos entornados—, ¡estamos muertos de pie! Llevamos tres días en la jungla y...

"Manning," interrumpió el astronauta, "todo lo que viste durante ese

asunto en Sinclair's puede ser valioso. Lo siento, pero tendré que insistir en que hables primero con los oficiales de seguridad de la Guardia Solar. Tan cansado como estás.", es posible que olvide algo después de un sueño profundo."

Los chicos no podían hacer otra cosa que seguir al corpulento oficial fuera de la nave hasta una cabina de reacción bien vigilada que los llevó por las calles de Venuspuerto hasta el cuartel general de la Guardia Solar.

Subieron en silencio en el ascensor a la sala de conferencias, cada niño sintiendo en cualquier momento que colapsaría de agotamiento. En el largo pasillo pasaron junto a guardias alistados de aspecto rudo que estaban fuertemente armados, y antes de que se les permitiera entrar en la sala de conferencias, fueron examinados por un oficial corpulento. Finalmente adentro, se les permitió sentarse en sillas suaves y se les dio tazas de té caliente para beber mientras interrogadores precisos y cuidadosos anotaron la historia de su primer encuentro con los nacionalistas de Venus. Se vieron obligados a repetir detalles muchas veces, con la esperanza de que se pudiera agregar algo nuevo. Aturdidos después de casi dos horas de esto, los muchachos se sintieron seguros de que había llegado el momento de que se les permitiera dormir un poco, pero después de la última pregunta de los interrogadores, fueron llevados a la presencia del Comandante Walters, el mayor Connel, el Profesor. Sykes, el capitán Strong y varios secretarios de grabación. Antes de que comenzara la conferencia, llegó el Delegado E. Philips James con su secretaria personal. Ofreció sus excusas por llegar tarde y ocupó su lugar en la mesa larga. Tom le lanzó una mirada a la secretaria. El hombre le parecía vagamente familiar. El cadete intentó ubicarlo, pero estaba tan cansado que no podía pensar.

"Mayor Connel," comenzó abruptamente el comandante Walters, "¿cuál considera que es el mejor movimiento posible que puede hacer la Guardia Solar? En las circunstancias actuales, ¿cree que deberíamos emprender una investigación a gran escala? Hablamos con Al Sharkey y aunque admite ser jefe de una organización conocida como los Nacionalistas de Venus, niega tener conocimiento de algún ataque a Sinclair como el que usted describe.

Y afirma haber estado en Venuspuerto cuando ocurrió el incidente."

Connel pensó un momento. "No sé acerca de Sharkey, pero no creo que aún se deba hacer una investigación pública. Creo que despertaría mucha especulación y no obtendría resultados."

"Entonces, ¿cree que deberíamos actuar contra ellos simplemente sobre la base de este encuentro en la plantación Sinclair," preguntó E. Philips James de la manera más suave.

Connel negó con la cabeza. "Creo que lo mejor que podemos hacer es localizar su base. Si podemos darles pruebas sólidas, tendremos un buen caso que presentar ante el Gran Consejo de la Alianza Solar."

"Estoy de acuerdo con usted, mayor." James sonrió. Detrás de él, su secretaria estaba ocupada transcribiendo el intercambio conversacional en su audioscriber.

"¿Qué necesitarías para ubicar la base?" preguntó Walters.

"Aún no he resuelto los detalles," dijo Connel, "pero una pequeña expedición a la jungla sería mejor que enviar un regimiento de guardias o una flota de barcos."

"¿Tienes alguna idea de dónde podría estar la base?" Sykes habló de repente. "Se suponía que la mayoría de esos hombres eran plantadores que conocen bien la jungla. ¿No es posible que tengan su base bien escondida y un pequeño grupo, como usted sugiere, podría cubrir muy poco terreno?"

Connel se volvió hacia Astro. "Astro, ¿conoces esa sección del cinturón?"

"Sí, señor," respondió Astro. "Cacé por toda esa zona cuando era niño." El gran cadete continuó explicando cómo se había familiarizado tanto con la jungla y describió brevemente su experiencia con el tiranosaurio. Todos los hombres de la mesa quedaron impresionados por su conocimiento de la tradición de la jungla.

"Supongo que planea llevar a estos cadetes a su expedición, mayor,"

comentó James.

"Sí, lo hago. Trabajan bien juntos y ya han estado en la jungla," respondió Connel.

"¿Qué piensan vosotros tres de la idea?" preguntó Walters. "No tengo que recordarte que te enfrentarás a dos tipos de peligro: la jungla misma y los nacionalistas."

"Lo entendemos, señor," respondió Tom, sin siquiera esperar los rápidos asentimientos de sus compañeros de unidad.

"Hay otro factor," interrumpió el capitán Strong. "Renunciarás a tu permiso. No habrá tiempo extra. Si esta misión se completa antes de que comience el próximo período en la Academia, está bien. Pero si no, tendrás que volver a trabajar de inmediato."

"Eso también lo entendemos, señor," dijo Tom. "Estamos dispuestos a hacer todo lo que podamos. Y si pudiera ofrecer una opinión personal", miró a Astro y Roger— "Creo que la unidad Polaris aprecia la gravedad de la situación y estamos de acuerdo con el mayor. Un grupo pequeño, especialmente el nuestro, dado que ya estamos establecidos como cazadores, sería menos sospechoso que uno más grande."

"Creo que todos estamos de acuerdo en que la unidad Polaris está calificada para la misión, Corbett," dijo Walters, quien vio a través del entusiasmo de Tom por ser asignado para ir con el mayor.

La reunión se disolvió poco después. Connel se quedó con Strong y Walters para trabajar en los detalles de la misión y redactar un informe de alto secreto para el Gran Consejo de la Alianza Solar.

Los tres cansados cadetes estaban alojados en el mejor hotel de Venuspuerto y acababan de meterse en la cama cuando sonó la señal del teleceptor de la habitación. Tom se acercó a la pantalla cerca de la mesa donde los restos de una gran cena daban muda evidencia de su hambre. Al encender la máquina, vio que el rostro de Strong se enfocaba.

"Espero que no se sientan muy cómodos," anunció Strong. "Me temo

que el sueño del que estás tan hambriento tendrá que esperar. ¡Esto es una emergencia!"

"¡Oh no!" gimió Roger. "¡No puedo entender por qué surgen emergencias cada vez que trato de golpear la almohada!"

Astro se dejó caer sobre su cama con la mirada de un santo mártir y gimió.

"¿Qué pasa, señor?" preguntó Tom, que estaba tan cansado como los demás. No obstante, sintió la urgencia en la voz de Strong.

"Despegas en media hora," dijo el capitán de la Guardia Solar. "La Polaris ha sido reacondicionada y debes revisarla antes de regresar a Sinclair's. Todo ha sido preparado para ti. Vístete y encontrarás una cabina de reacción esperándote frente al hotel. Tenía la esperanza de ver otra vez antes de que te fueras, pero me ordenaron regresar a la Academia con el Comandante Walters. Tenemos que informar al Consejo Solar, personalmente."

"Está bien, señor," dijo Tom, luego sonrió y agregó: "Lamentamos que su pesca haya sido interrumpida."

"De todos modos, no estaba atrapando nada." Strong se rió. "Tengo que irme. Nos vemos en la Academia. ¡Suerte del astronauta!"

"Lo mismo para usted, señor," respondió Tom. La pantalla se volvió borrosa y la imagen se desvaneció cuando se interrumpió la conexión. Tom se volvió para mirar a sus compañeros de unidad de ojos adormilados. "Bueno, supongo que será mejor que tomemos otra aspirina. ¡Parece una noche difícil!"

Los tres cadetes, que se pusieron apresuradamente el nuevo equipo de la jungla suministrado la noche anterior en anticipación a la misión, salieron en tropel de sus habitaciones y bajaron al vestíbulo en el ascensor de vacío. Cruzaron el vestíbulo desierto como si estuvieran en trance y salieron a la calle tranquila. Había una cabina de reacción junto a la acera, el conductor los miraba. Silbó con fuerza y los saludó con la mano. "¡Hey, cadetes! ¡Por aquí!"

Aún en la niebla, los tres cadetes se subieron al asiento trasero,

dejándose caer en los suaves cojines con gemidos audibles cuando el taxi salió disparado del hotel y aceleró hacia la carretera principal que conducía al puerto espacial.

El tráfico era ligero y el taxi avanzaba a gran velocidad a un ritmo suave y rápido, adormeciendo a los chicos en un sueño intermitente. Pero se despertaron bruscamente cuando el automóvil giró en un pequeño carril rural y el conductor frenó de golpe. Se dio la vuelta y les sonrió con una pistola de rayos paralelos. "Lo siento, muchachos, el viaje termina aquí. Ahora salgan y comiencen a desnudarse."

Los tres cadetes somnolientos cobraron vida al instante. Sin una palabra, se movieron en tres direcciones diferentes simultáneamente. Tom se lanzó hacia una puerta, Astro la otra, mientras que Roger se tiró al suelo. El conductor disparó, fallando a todos, y antes de que pudiera disparar de nuevo, Astro lo sacó de su asiento y lo sujetó con fuerza. Tom rápidamente le arrebató la pistola de rayos paralo-rayos de la mano.

"Muy bien, pequeño rastreador espacial," gruñó Astro, "¡empieza a hablar!"

"Tómatelo con calma, Astro," dijo Tom. "¡Cómo esperas que hable cuando lo tienes cerca de la nuez de Adán!"

"Sí, gran simio," dijo Roger con un lento acento. "¡Descubre lo que tiene que decir antes de arrancarle la cabeza!"

Astro soltó al hombre, lo empujó contra la puerta del taxi y lo inmovilizó allí.

"Ahora hagámoslo," gruñó. "¿De qué se trata todo esto?"

"No quise hacer ningún daño," se quejó el taxista. "Un tipo me llama y me dice que conozca a tres cadetes espaciales."

"¿Que Chico?" espetó Tom.

"Un tipo que una vez conocí cuando trabajaba en los campos en el cinturón de la jungla. Trabajé en una plantación como excavador."

"¿Cual es su nombre?" preguntó Roger.

"No sé su nombre. Es solo un chico. Me llama y dice que vale cien créditos recoger a tres Space Cadets del hotel y retenerlos durante una hora. Pensé que la mejor manera de abrazarte sería ser para hacer que te quites la ropa."

"¿Como se veia?" preguntó Roger.

"Un tipo pequeño, con la cabeza calva y cojeando. Eso es todo lo que sé, honesto."

"Cojea, ¿eh?" preguntó Tom. "¿Un pequeño?"

"¿Cuan pequeño?" preguntó Astro, entendiendo la deriva de la pregunta de Tom.

"Muy pequeño. Aproximadamente un metro y medio tal vez, ¡no mucho más que eso!"

Los tres chicos se miraron y asintieron.

"¡El tipo al que le compramos nuestro equipo de la jungla en la casa de empeños!" exclamó Astro.

"Sí," dijo Tom. "Seguro que suena a él. Pero ¿por qué querría detenernos? Y lo más importante, ¿quién le dijo que el capitán Strong iba a enviarnos un taxi?"

Se volvieron hacia el taxista en busca de más explicaciones, pero el hombre estaba llorando de miedo.

"No sacaremos nada más de este pequeño asqueroso," dijo Astro. "Vamos a entregarlo a la Guardia Solar en el puerto espacial. Ellos sabrán cómo manejarlo."

"Bien," coincidió Tom. "Ya hemos perdido suficiente tiempo."

"No, no, ¡por favor!" gimió el cochero. "¡Déjame ir! Toma el taxi. Conduce hasta el puerto espacial y déjalo, pero por favor no me entregues a la Guardia Solar. Si me ven con ellos, estaré..." De repente, el hombre se lanzó hacia un lado, eludió la estocada de

Astro y se alejó corriendo. En un momento fue tragado por la oscuridad.

"Vaya," suspiró Astro, "¡seguro que tenía miedo de algo!"

"Sí," dijo Tom. "¡Y yo mismo estoy empezando a asustarme un poco!"

Los cadetes subieron a la cabina y salieron rugiendo hacia el puerto espacial, cada niño con la sensación de estar sentado sobre un volcán humeante que de repente comenzaba a hacer erupción a su alrededor.

Capítulo 9

"¡Crucero espaci a la Polaris a la Guardia Solar Venuspuerto!
¡Solicite un circuito de retransmisión de emergencia al comandante Walters en ruta hacia la Tierra!"

En el puente de radar de la Polaris, Roger Manning habló rápidamente por el micrófono del teleceptor. Pocos minutos antes de que la nave espacial gigante despegara de Venuspuerto y se dirigiera a la plantación Sinclair, el mayor Connel le había ordenado a Roger que se pusiera en contacto con Walters para informar de la última filtración de seguridad. En la cubierta de control, el mayor se paseaba inquieto de un lado a otro mientras Tom guiaba a la Polaris en su corto vuelo.

"¡Encontraré al espía en la Guardia Solar si tengo que destroz ar Venuspuerto pieza por pieza!" enfureció Connel.

"¿Qué hay del avión de carga que le quitamos a los nacionalistas, señor?" preguntó Tom. "¿Alguna vez averiguaste de dónde vino?"

Connel asintió. "Era un balde viejo en la carrera de Southern Colonial. Se informó que se perdió el año pasado. De alguna manera esos bromistas la agarraron y la armaron hasta los dientes."

"¿Cree que tal vez la tripulación podría haberse amotinado, señor?"

"Es muy posible, Corbett," respondió Connel, y miró a su alrededor. "Si tienen otras naves de ese tamaño, la Polaris podrá manejarlas."

"Sí señor." Tom sonrió. "El equipo de reparación hizo un buen trabajo con ella." El cadete hizo una pausa. "¿Crees que uno de los nacionalistas colocó esa bomba en su aleta?"

"No hay duda," respondió Connel. "Y parece estar relacionado con algo bastante extraño que sucedió en la oficina del Delegado de Venus el día antes de que sucediera."

"¿Qué fue eso, señor?" preguntó Tom.

"Tres pedidos de prioridad para los asientos a bordo de un Venuspuerto: Átomo City Express fueron robados. Antes de que se pudiera hacer una verificación, la nave había hecho su recorrido y las personas que usaban las prioridades se habían ido. Deben haber sido los que derribaron de sus asientos.. "

"¿Cómo cree que se relaciona con la bomba de la Polaris, señor?"

"Estamos tratando de resolver eso ahora," dijo Connel. "Si supiéramos cómo son, ayudaría. La chica de la taquilla no los recuerda y tampoco la azafata de la nave."

"¡Pero los vimos, señor!" exclamó Tom.

"¡Tu que!" rugió Connel.

"Sí, señor. Estábamos parados en el mostrador de boletos cuando pidieron sus boletos."

"¿Crees que los reconocerías de nuevo?"

"¡Diré!" afirmó Tom. "Y estoy seguro de que Astro y Roger también lo harían. Estábamos tan enojados que podríamos haberlos arruinado en el acto."

Connel se volvió hacia el intercomunicador y gritó: "Manning, ¿no ha pasado aún ese circuito?"

"Trabajando en eso, señor." La voz de Roger era suave y serena por el intercomunicador. "Estoy en contacto con la nave del comandante ahora. Lo están llamando al puente del radar ahora."

Tom de repente saltó de su asiento como si le picaran. "¡Dime! ¡También vi a uno de los compañeros!"

Connel se giró rápidamente para enfrentarse al joven cadete. "¿Dónde?" el demandó. "¿Dónde le viste?"

"Yo... estoy tratando de recordar." Tom comenzó a pasear por la cubierta, chasqueando los dedos con impaciencia. "Fue en algún

momento de los últimos días, ¡lo sé!"

"¿En Venuspuerto?," preguntó Connel, siguiendo a Tom por la cubierta.

"Sí señor—"

"¿Antes o después de tu viaje a la jungla?"

"Uhh... antes, creo," respondió Tom vacilante. "No. No. Fue después de que regresáramos."

—¡Bueno, adelante, Corbett! explotó el mayor. "¿Cuándo? ¿Dónde? ¡No hiciste tantas visitas! ¡Estabas demasiado cansada para moverte!"

"Eso es todo, señor," dijo Tom, sacudiendo la cabeza. "Estaba tan cansado que todo era un borrón. Las caras están todas mezcladas. Yo, yo—" El chico se detuvo y se llevó las manos a la cabeza como si tratara de sacar la única cara vital de su vaga memoria.

Connel lo siguió como un animal hambriento al acecho. "¿Dónde, Corbett? ¿Cuándo?" él gritó. "Tienes que recordar. ¡Esto es importante! ¡Piensa, maldita sea!"

"Lo estoy intentando, señor," respondió el cadete. "Pero simplemente no vendrá a mí."

El zumbido del intercomunicador sonó de repente y Connel de mala gana dejó que Tom respondiera. La voz de Roger crepitó por el altavoz., "Ahora tengo al comandante Walters, señor. Transmitiéndolo al teleceptor de la cubierta de control.

"Oh, está bien," respondió Connel y se volvió hacia Tom. Vamos, Corbett. Quiero que se informe personalmente con el comandante.

"Sí, señor," respondió Tom, caminando lentamente hacia el teleceptor. "Lo siento, no puedo recordar dónde vi a ese hombre."

"Olvídalo," dijo Connel con brusquedad. "Te vendrá de nuevo en algún momento." Hizo una pausa y luego añadió tan suavemente como pudo: "Siento haberte criticado así."

Cuando el rostro del comandante Walters apareció en la pantalla del teleceptor, Connel informó del incidente del taxista y la noticia de que Tom, Roger y Astro habían visto a los tres hombres que habían tomado las prioridades en el Venus Lark.

"Un momento," dijo Walters. "Haré que una grabadora anote las descripciones."

Connel le hizo un gesto a Tom, que se acercó a la pantalla. Cuando vio a Walters asentir, dio una descripción completa de los tres hombres que había visto en el espaciopuerto de Átomo City.

"Veamos, ahora," dijo Walters, después de que Tom hubo concluido su informe. "El hombre que pidió las entradas era joven, de unos veintidós años, vestido con ropa venusiana, oscuro, de un metro ochenta de alto, y pesaba alrededor de ciento cincuenta libras. ¿Verdad?"

"Sí, señor," respondió Tom.

De repente, Connel se paró ante la pantalla para intervenir: "Y Corbett lo vio en Venuspuerto de nuevo en algún momento de los últimos dos días."

"¿Realmente donde?"

Connel miró a Tom y luego respondió apresuradamente: "Bueno, no puede estar seguro, señor. Lo apuramos bastante rápido y vio a mucha gente. Pero al menos sabemos que está en Venuspuerto en algún lugar."

"Sí," asintió Walters. "Eso es algo en lo que trabajar, al menos. ¿Y no tienes nada más que agregar a las descripciones de los otros dos, Corbett?"

"Nada en particular, señor," dijo Tom. "También estaban vestidos con ropa de estilo venusiano, pero no los vimos de cerca."

"Muy bien," dijo Walters. Continúe con su misión, mayor. Haré que se envíe una alerta para el taxista, y haré que recojan al dueño de la casa de empeños. Debe haber alguien en el personal del Delegado Solar que robó esas prioridades. Nosotros ' Empezaremos a buscar

allí primero, y si encontramos a alguien que no pueda explicar su ausencia de Venuspuerto en el momento en que se utilizaron las prioridades y se ajusta a la descripción de Corbett, nos pondremos en contacto contigo. ¡Fin de la transmisión!

"¡Fin de la transmisión!" repitió Connel. La pantalla se apagó y la voz de Roger se escuchó por el intercomunicador de inmediato. "Terminaremos con Sinclair's en tres minutos," dijo. "Apoyar."

Tom se volvió hacia los controles y en exactamente dos minutos y cincuenta segundos apareció a la vista el claro que rodeaba la casa de Sinclair y las dependencias quemadas. Trabajando sin esfuerzo, con un trabajo en equipo casi casual, los tres cadetes llevaron la nave espacial gigante a descansar en medio del claro. Cuando se cortó la energía, los cadetes vieron a George y la Sra. Hill subirse a un automóvil a reacción y salir a toda velocidad para recibirlos.

Después de que Tom presentó a Connel a la pareja, el mayor los interrogó de cerca sobre su ausencia durante el ataque de las tropas de choque.

"El Sr. Sinclair a menudo nos da tiempo libre para un viaje a Venuspuerto," explicó Hill. "Se vuelve bastante solitario aquí."

"¿Está el Sr. Sinclair ahora?" preguntó Connel.

"No, no lo es," respondió el capataz de la plantación. "Está en su viaje semanal por los campos exteriores. No espero que regrese hasta dentro de uno o dos días."

"Por el amor de Dios," exclamó la Sra. Hill, "¡puede hacer sus preguntas con la misma facilidad y una vista malditamente más cómoda en la casa! Vamos. Salgamos del sol."

El pequeño grupo se subió al coche a reacción y se alejó rugiendo por el claro hacia la casa. El único edificio dejado en pie por los nacionalistas se veía extraño en medio de las ruinas carbonizadas de los otros edificios. En la casa, los tres cadetes se ocuparon de la tarta de manzana casera que había traído el ama de llaves, mientras Connel le contaba a George sobre el ataque a la plantación.

"Los he sabido todo el tiempo, por supuesto," dijo el capataz. "Pero nunca les presté atención. Simplemente renuncié, como el Sr. Sinclair, cuando empezaron con todas esas tonterías sobre el uso de uniformes y esas cosas."

"Bueno," dijo Connel, aceptando un trozo de pastel ante la insistencia de la señora Hill, "ahora han hecho el movimiento equivocado. Quemar la propiedad de Sinclair y atacar a un oficial de la Guardia Solar es ir demasiado lejos."

"¿Qué vas a hacer al respecto?" preguntó George.

"No tengo la libertad de decirlo, Sr. Hill," respondió Connel. "Pero puedo decirte esto. ¡Cuando cualquier persona, o grupo de personas, intenta dictarle órdenes a la Alianza, la Guardia Solar interviene y lo detiene!"

De repente, el silencio del claro de la jungla fue roto por el rugido de un solo avión a reacción que se acercaba para aterrizar. Sin mirar por la ventana, George sonrió y dijo: "¡Ahí está el Sr. Sinclair ahora! Conozco el sonido de sus aviones."

El grupo se agolpó en el porche delantero mientras George tomaba el coche a reacción y se dirigía a recoger a su empleador. Unos momentos después, Sinclair estaba sentado ante Connel, secándose la frente sudorosa y aceptando una bebida fría de la señora Hill.

"Iba de camino al límite norte cuando vi aterrizar su barco," explicó Sinclair. "Al principio pensé que podrían ser esos demonios que regresaban, pero luego vi la insignia de la Guardia Solar en la nave y pensé que podrías ser tú." Miró a Connel de cerca. "¿Algo nuevo, mayor?"

"Aún no," respondió Connel. "Pero puede estar seguro de que no volverá a ser molestado por ellos."

Sinclair hizo una pausa y miró especulativamente al mayor. "¿Sabes?, tan pronto como te fuiste, fui a hablar con Al Sharkey. Estaba bastante enojado y realmente lo critiqué, pero él jura que estaba en Venuspuerto en ese momento y no sabe nada sobre la redada. "

Connel asintió. "Eso es cierto. Lo comprobamos. Pero si bien es posible que no haya estado involucrado en la redada en sí, ¿no hay nada que diga que no ordenó que se hiciera!"

"Lo dudo," dijo Sinclair, con una extraña nota de disculpa en su voz. "Me inclino a creer que no era más que un grupo de los niños más jóvenes y exaltados de la organización. De hecho, Sharkey me dijo que renunciaría como presidente. Parece que vosotros, los compañeros de Venuspuerto, lo asustaron mucho. No solo eso, lo escuché llamar a los otros plantadores para contarles lo que sucedió y cada uno de ellos está contribuyendo para reconstruir mi plantación."

Connel miró a la jardinera con ojos acerados. "Entonces crees que fue hecho por un grupo de niños, ¿eh?"

Sinclair asintió. "¡No me sorprendería si ellos no estuvieran asustados también!"

"Bueno, tiene derecho a su opinión, Sr. Sinclair. Y si los otros plantadores van a reconstruir sus edificios, está bien y es caritativo por su parte." De repente, la voz de Connel se volvió áspera. "Eso, sin embargo, no borra el hecho de que un grupo de hombres uniformados, armados con pistolas de paralorrayos y con barcos equipados con blásters, ¡lo atacó! Los blásteres atómicos, señor Sinclair, no se compran en la bolsa de crédito local. ¡Están hechos exclusivamente para la Guardia Solar! Ese grupo de niños impulsivos, como usted los llama, son capaces de atacar a cualquier comunidad, ¡incluso a las naves de la Guardia Solar! ¡Esa es una amenaza para la paz del sistema solar y debe ser detenida!"

Sinclair asintió rápidamente. "Oh, estoy de acuerdo, mayor, estoy de acuerdo. Solo digo que..."

Connel lo detuvo. "Entiendo, Sr. Sinclair. Es un hombre pacífico y quiere mantener su vida pacífica. Pero mi trabajo es asegurar esa paz. Mientras un grupo de matones militantes como los que teníamos aquí anden sueltos, usted ganó no tendrás paz. ¡Tendrás pedazos!"

Tom, Roger y Astro, sentados en silencio y escuchando, sintieron

ganas de ponerse de pie y vitorear cuando el mayor terminó.

"Sé que no puede decirme lo que va a hacer, mayor Connel," dijo el plantador, "pero espero que me permita ayudar en todo lo que pueda."

Connel vaciló antes de responder. "Gracias, Sr. Sinclair. Pero no estoy aquí oficialmente ahora." Y luego agregó: "Ni en lo que respecta a los nacionalistas."

Los ojos de Sinclair se iluminaron levemente. "¿Oh?"

"No. Como sabes, los cadetes se lo pasaron bastante bien con un tiranosaurio. Lo hirieron y aún podría ser peligroso. Es decir, más peligroso de lo normal. Tengo órdenes de localizarlo y acabar con él."

"Pero pensé que habías dicho que ibas a poner fin a este asunto con los nacionalistas," dijo el plantador.

"Dije que la Guardia Solar lo haría, Sinclair."

"Oh, sí," murmuró Sinclair, "la Guardia Solar. Por supuesto."

Connel se levantó de repente. "Sin embargo, le agradecería que cuidara de nuestro barco," dijo. "No creo que dure más de una semana. No debería ser difícil rastrear a un tiranosaurio, especialmente si está herido."

"Supongo que tiene todo el equipo que necesita," dijo Sinclair.

"Sí, gracias," respondió Connel. Luego, agradeciendo a la Sra. Hill por los refrescos, el corpulento astronauta y los tres cadetes se despidieron y abandonaron la casa.

Una hora más tarde, listo para lanzarse a la jungla, el oficial de la Guardia Solar sacó cuatro de los últimos modelos de rifles de choque del armario de armas de la Polaris y le dio uno a cada niño con munición extra. "Nunca vayas detrás de un gigante con una pistola," dijo. "Es una maravilla que no se hayan suicidado con esos viejos blásters que usaban, y mucho menos con un tirano."

Los tres cadetes examinaron los rifles de cerca y con entusiasmo.

"Estos son el último problema de Solar Guard," dijo Connel. "Cuando aprietas el gatillo, liberas una fuerza tres veces mayor que cualquier cosa que se haya puesto antes en un rifle."

Luego, revisando la Polaris y cortando toda la energía, Connel quitó el interruptor principal y lo escondió. "Eso es para que nadie tenga ideas brillantes mientras no estamos," explicó mientras los chicos miraban con curiosidad.

"¿Cree que alguien podría intentar robarla, señor?" preguntó Tom.

"Nunca se sabe, Corbett," respondió Connel sin comprometerse.

Una vez más, los tres muchachos cruzaron el claro hacia el muro de la jungla. Astro tomó la delantera como antes, seguido por Roger y Tom, y Connel cerró la retaguardia. Se trasladaron directamente al lugar donde habían visto por última vez al tiranosaurio, encontraron la maleza pisoteada y las enormes huellas, y se adentraron resueltamente en el húmedo y sofocante mundo verde.

El sendero era fácil de ver. Donde los chicos alguna vez tuvieron que abrirse camino a través de la espesa maleza, el monstruo les había abierto un camino. Los tres cadetes se sintieron mejor al estar de regreso en la jungla con un equipo más confiable y bromearon sobre lo que le harían al tiranosaurio cuando lo vieran de nuevo.

"Pensé que se suponía que eras el paleta venusiano de cosecha propia que podría arreglárselas en la jungla como ese personaje de cuento de hadas, Tarzán," bromeó Roger con Astro.

"Escucha, sonámbulo espacial Romeo," gruñó Astro, "sé más sobre esta jungla de lo que podrías aprender en diez años. Y no soy tan tonto como para luchar contra un tirano con las probabilidades de su lado. ¡buena razón!"

"¡Chico, corriste!" se burló Roger. "¡Fuiste tan rápido como la Polaris en el empuje de emergencia!"

"¡Acaba con ese lavado de cohetes!" rugió Connel. "Los nacionalistas podrían tener patrullas de seguridad en esta área. ¡Podrían

escucharte hablar y dispararte antes de que pudieras pestañear!
¡Ahora cállate y mantente alerta!"

Los tres cadetes se callaron después de eso, caminando con cuidado, dando un paso alrededor de la maleza muerta que podría delatar su presencia. Después de abrirse camino a lo largo del rastro del tiranosaurio durante varias horas, Connel hizo un alto, y después de una rápida mirada a su brújula, les indicó que se apartaran de las huellas del monstruo.

"Empezaremos a trabajar en círculo," dijo. "Un día al este, otro al sur, al oeste y al norte. Luego, nos acercaremos al corazón del círculo y repetiremos el mismo procedimiento. Eso debería cubrir una gran cantidad de terreno en ocho días. Si algo se está moviendo por aquí, además de lo que debería haber aquí, lo encontraremos. De ahora en adelante, tendremos un explorador. Astro, ya conoces la jungla, toma el punto, unas quinientas yardas más adelante. Si ves algo, señales de un patrulla o cualquier peligro de la jungla, retroceda e informe. No intente hacer nada usted mismo. Cuatro armas en una buena posición son mejores que una sola. "

"Sí, sí, señor," dijo Astro. Con un rápido asentimiento a Tom y Roger, se alejó a través de la jungla. A diez pies era invisible. En treinta segundos, sus pasos se perdieron en los miles de sonidos de la jungla que los rodeaban.

"Yo tomaré la iniciativa ahora," dijo Connel. "Corbett, tú traes la retaguardia. ¡Muy bien, muévete!"

Desde arriba, en el frondoso techo que cubre la selva; de lado, en la espesa maraña de enredaderas; y desde abajo, entre la maleza espinosa, los ojos de los seres vivos, los seres de la jungla, seguían los movimientos de los tres astronautas, quizá preguntándose si estas nuevas bestias constituían una amenaza para sus vidas.

Capítulo 10

"¡Hal-loo-ó!"

La voz de Astro retumbó por encima de las copas de los árboles, donde los pájaros revoloteaban con repentino miedo. Resonó a través de la oscuridad a su alrededor, donde criaturas más pequeñas se arrastraban y se deslizaban hacia la protección de sus agujeros. La voz del gran cadete era fuerte, pero no lo bastante fuerte para que sus compañeros la oyeran.

Astro estaba perdido.

No podía entender cómo había sucedido. Una y otra vez durante las últimas seis horas había vuelto sobre sus pasos mentalmente, tratando de visualizar el rastro, tratando de localizar las señales reveladoras que había hecho con su cuchillo de selva, y así encontrar al mayor Connel, Tom y Roger. Ahora estaba oscuro y el gran cadete tenía que enfrentarse solo a la peligrosa jungla. Se rió irónicamente. ¡Connel le había dado el punto porque conocía la jungla! Y ahora estaba perdido.

Astro también estaba un poco asustado. Fue su franca comprensión de los problemas lo que le dio miedo. Sabía lo que había en la jungla y, aunque había estado allí solo antes, nunca había estado tan profundamente en ella, ni se había perdido en el lugar de pesadilla después de la puesta del sol.

Aunque estaba desesperadamente ansioso por encontrar a sus compañeros de unidad, no había disparado su rifle. La amenaza de exponer su puesto a una posible patrulla nacionalista le impidió hacer señales con el bláster o incluso hacer fuego. Durante las últimas horas del día, cuando la sospecha de que estaba perdido se convirtió en un hecho concreto, el gran cadete se había mostrado reacio incluso a gritar. Ahora, con la noche oscura acercándose a su alrededor, se atrevió a llamar, esperando que sus amigos lo oyeran y lo reconocieran, o si no, consideraran el aullido de una bestia de la jungla por una patrulla enemiga en caso de que alguien estuviera

cerca.

Estaba de pie con la espalda apoyada en la áspera corteza de un árbol de madera de teca para protegerse el trasero y mirar hacia la noche oscura como boca de lobo. Más de una vez, el gran cadete sintió la repentina onda de una cosa que se arrastraba moviéndose a su alrededor, a través de sus dedos de los pies o por el tronco del árbol. Hubo un golpe repentino en la maleza cercana y levantó rápidamente el rifle de choque, con los oídos atentos al gruñido, o chillido o siseo de una bestia atacante.

La esfera luminosa de su reloj indicaba que eran las tres y media de la mañana, faltaban dos horas y media para que el sol ahuyentara la terrible oscuridad. Había estado llamando cada cinco minutos. Y cada vez que gritaba, los movimientos en la oscuridad a su alrededor aumentaban.

"¡Hal-loo-ó!"

Esperó, volviendo la cabeza de un lado a otro, atento a los sonidos que venían de lejos; la llamada de respuesta del pájaro de tierra que camina como un pato que lo había confundido al principio hasta que lo reconoció; el chillido agudo del diminuto cerdo del pantano; el parloteo distante de las criaturas parecidas a monos en las copas de los árboles. Pero no hubo sonido de una garganta humana.

Astro llamó una y otra vez. Los segundos se convirtieron en minutos, los minutos en una hora, y luego dos horas, y finalmente, mientras todos los músculos de su cuerpo le dolían por estar parado en el árbol toda la noche y sostener su rifle en alerta, el amanecer gris y turbio rompió. la jungla y empezó a ver el verde de la jungla a su alrededor. Cuando por fin el sol se asomó sobre el horizonte venusiano, la escarcha de la noche sobre las hojas y los arbustos bailaba y relucía como joyas.

Se lavó la cara en una piscina cercana, con cuidado de no beber agua. Abrió una lata de comida sintética y, después de comer hasta saciarse, limpió la maleza hasta el suelo negro desnudo y la depositó en lo alto por todos lados y se estiró en el suelo. No se atrevió a dormir. Los animales hambrientos se movían libremente ahora. Tenía en las manos una pistola de paralorrayos y un rifle,

ambos amartillados y listos para disparar. Se relajó tan completamente como pudo, mirando distraídamente a la madre de una generación de antropoides corretear entre las ramas de los árboles en lo alto, llevándole el desayuno a sus jóvenes chillones. Una hora más tarde, refrescado, comenzó a atravesar la jungla de nuevo, con los ojos abiertos en busca de signos de actividad reciente, actividad humana, porque el gran cadete quería regresar con sus compañeros.

Deteniéndose de vez en cuando para trepar a un árbol, Astro buscó en el cielo por encima de las copas de los árboles el humo que marcaría un campamento. Estaba seguro de que si había alguno, encontraría a Roger, Tom y Connel, ya que una patrulla nacionalista no anunciaría su presencia en la jungla. Pero no había señales de humo. La cima de la jungla se extendía verde e inmóvil hasta donde alcanzaba la vista, humeando bajo los ardientes rayos del sol.

Astro sabía que sería imposible pasar otra noche como la primera en la jungla, así que después de buscar por el bosque hasta las tres de la tarde, se detuvo, abrió otra lata de comida sintética y comió. Ahora estaba acostumbrado a estar solo. La primera ola de miedo lo había abandonado y estaba empezando a recordar cosas que sabía de niño; signos de la selva que le advierten de los peligros, la rápida identificación de los gritos de los animales y el conocimiento de los hábitos de las criaturas de la selva.

Después de comer, tomó su cuchillo de la jungla y cortó una enredadera larga y resistente, sacándola de su enredadera elevada. Comenzó a tejerlo en una canasta oblonga y apretada y dos horas más tarde, justo antes de que el sol cayera en la jungla por la noche, había terminado. Tenía una bolsa de dos metros tejida con fuerza y unida con una pequeña abertura en un extremo. Justo antes de que el cielo se oscureciera, el gran cadete se metió en este improvisado saco de dormir, cerró la abertura con un cordón apretado y en treinta segundos se durmió. Nada podría atravesar la dura estera de enredaderas, y las posibilidades de que una bestia más grande lo pisara accidentalmente eran pequeñas. Sin embargo, Astro acercó la bolsa a un árbol enorme y la colocó profundamente entre las raíces hinchadas.

Se despertó sobresaltado. El suelo temblaba violentamente. Sudaba

profusamente y juzgó que debía ser tarde en la mañana con el sol cayendo directamente sobre él. Con cuidado, abrió el extremo del saco de dormir improvisado y miró hacia afuera. Jadeó y alcanzó su rifle de choque, colocándolo en posición de disparo. La vista que lo enfrentó fue a la vez horrible y fascinante. A cien metros de distancia, una serpiente gigante, fácilmente de treinta metros de largo y metro y medio de grosor, estaba envuelta alrededor de un tiranosaurio furioso. Los monstruos estaban en una lucha a muerte. Astro se estremeció y volvió a meterse en la bolsa, manteniendo el desintegrador apuntando a las dos bestias que luchaban.

Astro mantuvo su blaster apuntando a los monstruos Astro mantuvo su blaster apuntando a los monstruos

El gran cadete dedujo que la serpiente debió haber sido sorprendida en su alimentación por el tiranosaurio, y estaba tratando de defenderse. No había un ser vivo en la jungla que pudiera atacar deliberadamente a un tiranosaurio. Solo el hombre, con su inteligencia y armas mortales, podía vencer la fuerza bruta y la astucia del gigante de la jungla. E incluso eso había fallado con este monstruo. ¡Astro vio rápidamente que era la misma bestia que había perseguido a los tres cadetes fuera de la jungla!

Con tres vueltas envueltas alrededor del cuerpo del tiranosaurio, la serpiente estaba tratando de envolver un cuarto alrededor de su cuello y estrangularlo, pero el monstruo era demasiado astuto. Echándose hacia atrás, de repente cayó al suelo, su peso aplastó las tres bobinas alrededor de su centro. La serpiente se sacudió espasmódicamente, aturdida, mientras el tiranosaurio trepaba de nuevo. El suelo tembló y las ramas de los árboles cercanos fueron arrancadas. Todo alrededor de la jungla había sido arrasado. Todo cayó ante los devastadores monstruos.

Recuperándose, la cabeza de la serpiente se lanzó de nuevo, tratando de rodear la cabeza del tiranosaurio y completar la última y fatal espiral, pero la bestia gigante se lanzó, sus enormes mandíbulas se partieron y la serpiente se echó hacia atrás. De repente, su cola arremetió y rodeó las patas izquierdas del tiranosaurio. Astro pudo ver a la bestia esforzándose contra la presión repentina, al mismo tiempo alerta por la cabeza de la serpiente que se abalanzaba sobre ella. La presión en la pierna fue

demasiado grande y la bestia cayó al suelo, lo que le dio a la serpiente una ventaja momentánea. Su cabeza volvió a lanzarse hacia adentro, pero el tiranosaurio hundió la cabeza en sus estrechos hombros y luego salió disparado de nuevo cuando la serpiente falló. Astro vio a la serpiente temblar y retroceder mientras el tiranosaurio cerraba las mandíbulas y mordía un trozo del cuerpo verde y escamoso.

La serpiente tuvo suficiente. Quería escapar, deslizarse hasta la copa del árbol más alto del bosque, fuera del alcance del tiranosaurio, y esperar a que la herida se curara o que llegara la muerte. Se desenrolló en un enloquecido movimiento convulsivo y se deslizó hacia el árbol donde yacía Astro. Pero el monstruo estaba detrás de él, inmediatamente lo agarró por la cola y lo tiró hacia atrás. La serpiente se vio obligada a volverse y luchar.

Astro sabía que si la serpiente podía escapar, se dirigiría hacia la madera de teca que estaba sobre su cabeza, el árbol más alto alrededor, y el tiranosaurio aplastaría el suelo alrededor de su base hasta convertirlo en polvo. ¡Tenía que moverse!

Unos treinta metros a la izquierda había un matorral salvaje de espinas terrestres, con las puntas erizadas como agujas. Incluso la serpiente se mantendría alejada de ellos. Era su única oportunidad si la serpiente volvía a soltarse del tiranosaurio. Decidido rápidamente, el cadete abrió el extremo del saco de dormir y sacó sus armas ante él. Luego, abrazándose al suelo, cruzó corriendo el claro. Esto le dio al tiranosaurio su ventaja final. La serpiente retrocedió, momentáneamente atraída por el movimiento de Astro, y el tiranosaurio golpeó, atrapando a la serpiente justo detrás de la cabeza en un apretón de muerte.

Las espinas rasgaron el ajustado vestido selvático de Astro, desgarrando su carne mientras se sumergía en la espesura. Pero una vez dentro, el cadete se quedó quieto, apuntando con su rifle al tiranosaurio que estaba rematando metódicamente a la serpiente gigante. En unos segundos la serpiente estaba muerta y el tiranosaurio comenzó a darse un festín.

Astro se quedó en la espesura, viendo cómo el monstruo devoraba a casi todos los reptiles enemigos muertos y luego se levantaba y se

alejaba a través de la jungla. Astro sabía que en poco tiempo los carroñeros de la jungla estarían pululando sobre los restos de la serpiente. Una vez más tuvo que moverse.

Salir de la espesura fue doloroso. Desde todas las direcciones, las espinas lo pincharon, y de no ser por la dureza de su traje de jungla, Astro se habría hecho pedazos. Después de regresar al claro, el cadete sacó los restos de su manada de la jungla. Luego vio que su traje estaba hecho jirones, y los muchos cortes en su pecho y brazos sangraban profusamente. El olor de la sangre atraería a las criaturas carnívoras, así que se quitó el ensangrentado traje de la jungla, lo dejó caer de nuevo en la espesura y se alejó apresuradamente. Poco tiempo después llegó a un pozo de agua donde se limpió con una esponja y aplicó la medicación de su equipo de emergencia a los rasguños. Terminado, hizo balance. El sueño de la noche lo había refrescado y, salvo por la pérdida de su ropa protectora, estaba en buena forma. Se cargó la mochila al hombro, se ató la pistola de rayos paralelos a las caderas y, agarrando el rifle con fuerza, se alejó una vez más a través de la jungla. Decidió seguir al tiranosaurio. La bestia le dejaría un camino, ahorrándole el esfuerzo de abrirse camino a través de las enredaderas y enredaderas, y si una patrulla enemiga saliera, se mantendría alejada del tiranosaurio. Finalmente, supo que Tom, Roger y Connel irían tras la bestia si la veían.

El sol brillaba sobre el gigante semidesnudo que se movía por la jungla, un nuevo animal de piel blanca más valiente que el resto, una criatura que se atrevía a seguir al rey de la jungla.

"¡Todo es mi culpa!", dijo Connel disgustado. "Debería haber podido leer las señales de su rastro."

Tom no respondió. Tiró de las correas de su mochila de la jungla con más fuerza y se la echó al hombro. Roger se quedó a un lado, mirando al mayor Connel. Ambos chicos sintieron lo que se avecinaba.

"Bueno, este es el último día que podemos pasar buscándolo," dijo Connel. "Ya hemos perdido dos días."

Roger miró a Tom y dijo con indiferencia: "No estaría de más

mantener los ojos abiertos en busca de señales de él, ¿verdad, señor?"

"Escuchen, muchachos," dijo Connel con firmeza, "sé lo que sienten por Astro. Debo admitir que me gusta el muchacho a mí mismo. Pero nos han enviado aquí para localizar la base de operaciones de los nacionalistas.". La mejor manera de hacerlo es trabajar en la jungla en un área determinada. No lo hemos hecho hasta ahora. Hemos dedicado todo nuestro tiempo y esfuerzo a una búsqueda aleatoria de Astro. No podemos señalarle, enciende un fuego, dispara un bláster o usa cualquiera de los simples dispositivos de comunicación. Tenemos que trabajar a cubierto, por temor a delatar nuestra presencia aquí en la jungla." Se colgó el equipo al hombro y agregó: "Continuaremos nuestra búsqueda de Astro hasta el mediodía y luego simplemente tendremos que abandonarlo. Y dejar de preocuparnos por él. Es un chico grande y fuerte y ha estado solo en esta jungla antes.". Tengo plena confianza en que podrá regresar a la plantación de Sinclair de manera segura."

El oficial de la Guardia Solar hizo una pausa y miró a los dos cadetes abatidos que tenía ante él. "¡Nada de ese asunto de mal humor!" gruñó. "Ustedes son cadetes en una misión urgente. Ahora muévanse. Yo tomaré el punto primero y tú traerás la retaguardia, Corbett." Sin otra palabra, el fornido astronauta se volvió y se alejó por la jungla.

Roger se quedó atrás para hablar con Tom. "¿Qué piensas, Tom?"

Tom negó con la cabeza antes de responder., "Tiene razón, Roger. Estamos en un trabajo. Es lo mismo aquí en la jungla que en el espacio. Sabemos que algo puede sucederle a cualquiera de nosotros en cualquier momento. Y la misión siempre es lo primero. "

Roger asintió. "Claro, así es en el libro. Pero esto es real. Ese gran idiota podría estar herido o atrapado. ¡Quizá necesite nuestra ayuda!"

"Sé cómo te sientes, Roger," respondió Tom. "Quiero despegar y cazar a Astro yo mismo, pero Connel nos necesita. No olviden a ese grupo de tipos uniformados en Sinclair's. El comandante Walters y los demás no celebran conferencias como esa en Venuspuerto por

diversión de eso. Esto es serio."

Roger se encogió de hombros y se puso en marcha detrás de Connel, seguido lentamente por Tom. Su marcha a través de la jungla se hizo en silencio, cada uno con la esperanza de un milagro. Pero a medida que el sol subía y se acercaba la hora límite del mediodía, se prepararon para el hecho de que tal vez nunca volverían a ver al cadete venusiano. Poco tiempo después, cuando Tom estaba tomando su turno para cortar el camino a través de la maleza, entró en un claro. Se detuvo y gritó: "¡Mayor! ¡Roger! ¡Rápido!"

Connel y el cadete de cabello rubio se apresuraron hacia adelante, deteniéndose junto a Tom para mirar con asombro. Ante ellos, una gran área de la jungla fue derribada y, en medio de la maraña de enredaderas gigantes y arbustos arrancados, estaban los restos de una serpiente gigante.

"¡Por los anillos de Saturno!" jadeó Connel, caminando hacia adelante para inspeccionar el claro. Tom y Roger los siguieron, apartándose a un lado, con los rifles preparados. Los dos muchachos se habían convertido rápidamente en sabios de la jungla y sabían que la muerte acechaba detrás de la pared verde que rodeaba el área despejada.

"¡Debe haber sido una pelea!" Connel señaló las huellas del tiranosaurio. "El tirano debe haber tropezado con la serpiente mientras se alimentaba," dijo Connel. "De lo contrario, se habría apagado para ese árbol de allí." Señaló la madera de teca gigante bajo la que Astro había dormido. Los tres astronautas vieron el saco de dormir improvisado al mismo tiempo.

"¡Mayor! ¡Mire!" gritó Tom y corrió hacia la base del árbol.

"Es de Astro, está bien," dijo Connel, examinando la bolsa tejida. "Me pregunto si él estaba aquí cuando esas dos cosas iban detrás de la otra."

"Sí, señor," dijo Roger en un susurro ahogado, "lo era." Señaló los restos andrajosos del traje de la jungla de Astro que colgaban de un arbusto espinoso cercano. La sangre estaba rígida en el material.

Los tres terrícolas se quedaron mirando el traje, todos demasiado horrorizados para hablar.

El rostro de Connel se puso rígido cuando finalmente encontró su voz y gruñó: "Nuestra búsqueda ha terminado. Volvamos a nuestro trabajo."

Capítulo 11

No fue hasta bien entrada la misma tarde que Astro, siguiendo el rastro del tiranosaurio, se dio cuenta de que la bestia gigante estaba gravemente herida. Al principio, los rastros de sangre en el suelo y la maleza eran leves, pero gradualmente las manchas de sangre se volvieron más profusas y el sendero se cubrió de enormes manchas rojas. El cadete de Venus se volvió más cauteloso. El tiranosaurio sería diez veces más peligroso ahora. Y podría estar cerca, tirado en la jungla, lamiendo sus heridas.

Cuando el sol comenzó a hundirse en el cielo de Venus occidental, Astro comenzó a pensar en la noche que se avecinaba. Tendría que esconderse. No podía arriesgarse a tropezar con la bestia en la oscuridad. Pero también significaría tomarse el tiempo para hacer otro saco de dormir. De repente vio un movimiento en la maleza a su izquierda. Se dejó caer al suelo y apuntó con el rifle de choque en esa dirección, con los ojos explorando la maraña verde en busca de más movimiento.

"¡Haz un movimiento y morirás!" una voz áspera atravesó la jungla. Astro permaneció quieto, sus ojos se movieron rápidamente de izquierda a derecha, tratando de localizar al dueño de la voz.

"¡Tira tu arma y ponte de pie con las manos sobre tu cabeza!" vino otra voz, esta inmediatamente detrás de él.

Sus ojos exploraron la jungla en busca de más movimiento. Sus ojos exploraron la jungla en busca de más movimiento.

¡Una patrulla! Astro se maldijo a sí mismo por entrar a ciegas en una trampa y dejó caer su arma. Se puso de pie y levantó las manos por encima de la cabeza, girando lentamente.

"¡No te des la vuelta! ¡Quédate quieto!"

Astro se detuvo.

Pudo escuchar el susurro de movimiento en la maleza detrás de él y luego alguien gritó, "Circule a la derecha. ¡Extiéndase y vea si hay otros!"

A un lado, podía oír el estruendo de pasos alejándose en la jungla.

"Está bien," continuó la voz desconocida, "tira esa pistola de rayos paralo-ray al suelo. Pero nada de trucos inteligentes. Podemos verte y tú no nos puedes ver, así que tómatelo con calma y haz lo que te decimos."

Astro bajó las manos y desabrochó el cinturón del arma, dejándolo caer al suelo. Hubo un repentino movimiento detrás de él y poderosos brazos agarraron sus muñecas. En cuestión de segundos, le ataron las manos de forma rápida y experta y se dio la vuelta para enfrentarse a sus captores.

Había diez hombres, todos vestidos con los mismos uniformes verdes y tocados de plástico que había visto en la plantación de Sinclair. Se pararon en un semicírculo a su alrededor, con las armas apuntando a su pecho desnudo. El líder del grupo dio un codazo al hombre más cercano y comentó: "¡Nunca pensé que vería un animal como este en la jungla!" Los otros hombres rieron agradecidos.

"¿Quién eres tú?" preguntó el líder. "¿Qué estás haciendo aquí?"

"Mi nombre es Astro," respondió el gran cadete con audacia. "Soy un cadete espacial, unidad Polaris, Academia espacial, EE. UU. Estoy aquí en la jungla con el resto de mi unidad cazando tiranosaurios."

"Tyranno, ¿eh?" preguntó el hombre. "¿Cuánto tiempo llevas detrás de este?"

"Justo hoy. Lo vi luchar contra una gran serpiente y perdí mi equipo de la jungla en un matorral donde me escondía. Me separaron de mis compañeros espaciales hace dos días."

"Oye, Helia," llamó de repente uno de los otros hombres, "suena como un venusiano."

"¿Es eso cierto?" preguntó el líder. "¿Eres de Venus?"

Astro asintió. "Venuspuerto."

"Entonces, ¿por qué estás en la Academia Espacial?"

"Quiero ser un astronauta."

"¿Por qué no fuiste a la escuela en Venus, en lugar de la Tierra? Tenemos buenas escuelas espaciales aquí."

"Quiero una comisión en la Guardia Solar. Solo puedes conseguir eso a través de la Academia," respondió Astro con firmeza.

"¡Guardia Solar!" resopló el líder, y luego se volvió hacia el hombre más cercano, hablando rápidamente en una lengua extraña.

Por un momento, el idioma confundió a Astro, luego lo reconoció como el antiguo dialecto venusiano. Lo entendió y comenzó a responder, pero luego, pensándolo bien, decidió no revelar su conocimiento del idioma.

El líder se volvió hacia Astro y le hizo una pregunta.

Astro negó con la cabeza y dijo: "Si me estás hablando, tienes que hablar inglés. Sé que es el dialecto venusiano que estás hablando, pero nunca lo aprendí."

El puño del líder salió disparado y se estrelló contra la mandíbula de Astro. El gran cadete se balanceó hacia atrás con el puñetazo y luego se lanzó hacia adelante, esforzándose contra sus ataduras.

"Por qué tú-!" explotó enojado.

"¡Eso fue por no ser un verdadero venusiano!" espetó el líder. "¡Todo hijo de Venus debería entender su lengua materna!"

Astro se mordió el labio y guardó silencio.

El líder se dio la vuelta y, gritando una orden, echó a andar por la jungla. Astro sabía que la patrulla había recibido la orden de salir, pero se quedó quieto, esperando a que lo empujaran. Lo hicieron. Un fuerte golpe en el costado desnudo con la culata de una pistola lo envió tropezando hacia el centro de la patrulla.

Bueno, había un consuelo, pensó lúgubrementemente. ¡Al menos no tendría que volver a pasar la noche solo en la jungla!

Astro esperaba una larga marcha, pero para su sorpresa, fue empujado a lo largo de un sendero de la jungla muy desgastado a solo trescientas yardas de distancia del rastro del tiranosaurio. Finalmente se detuvieron ante un enorme árbol de madera de teca. El líder golpeó la culata de su rifle en el maletero tres veces.

Astro, desconcertado, observó cómo se abría una pequeña sección del maletero para revelar un moderno hueco de ascensor con tubo de vacío. Lo empujaron adentro con los hombres de la patrulla y la puerta del tronco del árbol se cerró. El líder empujó una palanca y el auto cayó tan repentinamente que Astro casi perdió el equilibrio. Calculó que debían haber caído sesenta metros cuando el coche se detuvo y se abrió otra puerta. Lo empujaron a un túnel de gran bóveda con paredes de cemento.

"¡Apresúrate!" espetó el líder.

El gran cadete avanzó por el túnel, seguido por la patrulla, pasando de un túnel a otro, todos inclinados cuesta abajo. Astro supuso que lo estaban llevando a alguna cueva subterránea. Preguntó a sus captores adónde lo llevaban.

"¡No hables!" espetó uno de los hombres a su lado.

"Esta jungla estará plagada de guardias solares una vez que descubran que estoy perdido," dijo Astro. "¿Quién eres y por qué me tienes prisionera?" El gran cadete decidió que sería mejor fingir ignorancia de la existencia de la organización rebelde.

"¡Que venga la Guardia Solar!" espetó el líder. "Encontrarán algo que nunca esperaron."

"Pero ¿qué quieres de mí?" preguntó el cadete.

"¡Lo sabrás muy pronto!"

Habían estado caminando durante casi una hora y los túneles aún se inclinaban hacia abajo, pero ahora más pronunciados. Al entrar en un túnel mucho más grande que cualquiera de los demás, Astro

notó una puerta enorme a un lado. A través de sus puertos cubiertos de cristal vio estantes de desintegradores térmicos ilegales y pistolas de paralorrayos. Un hombre salió por la puerta y, levantando la mano en forma de saludo, gritó algunas palabras en lengua venusiana. Astro lo reconoció como un saludo: "¡Viva las venusinas!" y reprimió una sonrisa.

Uno a uno, los hombres de la patrulla entregaron sus rifles y pistolas de rayos, mientras el hombre de la armería marcaba sus nombres. Luego todos se quitaron las botas de la jungla hasta la rodilla y cambiaron sus cascos de plástico por otros del mismo diseño pero de un material más ligero. Cada hombre dio la espalda mientras cambiaba de casco, obviamente para evitar ser reconocido por cualquiera de los demás, ya que el nuevo casco también estaba escarchado excepto por una rendija a la altura de los ojos. Con el sombrero más ligero y los zapatos de calle comunes, los hombres continuaron su marcha a través del túnel. Pasaron a un túnel aún más grande y, por primera vez, Astro pudo ver la luz del día. A medida que se acercaban a la boca del túnel, el cadete podía ver el exterior y la escena que tenía delante le hizo jadear.

Un total de veinte kilómetros de largo y quince kilómetros de ancho, un cañón se extendía ante él. Y al gran cadete le pareció que cada centímetro cuadrado del suelo del cañón estaba ocupado por edificios y naves espaciales. Cientos de hombres vestidos de verde se movían alrededor de las naves y edificios.

"¡Por los cráteres de la Luna!" Astro jadeó cuando la patrulla se detuvo en la boca del túnel. "¿Qué - qué es esto?"

"La primera ciudad de Venus. La verdadera Venus. ¡Construida por venusianos sólo con materiales venusianos!" dijo el líder con orgullo. "¡Ahí está la respuesta a tu Guardia Solar!"

"No entiendo," dijo Astro. "¿Qué vas a hacer?"

"Verás." El hombre se rió entre dientes. "Ya verás. ¡Sigue adelante!"

Mientras salían del túnel y descendían al cañón, pasaron junto a grupos de hombres que trabajaban en los numerosos barcos. El cadete reconoció de inmediato lo que estaban haciendo. Los

inconfundibles contornos de los puertos de las armas se estaban cortando en los costados de varios cargueros espaciales voluminosos. En otros lugares, el constante golpeteo del metal y el chirrido de la maquinaria le dijeron al cadete que los talleres de maquinaria estaban funcionando a todo trapo. Notó una diferencia entre los hombres de la patrulla y los trabajadores. Ninguno habló con el otro. De hecho, Astro vio que rara vez un trabajador los miraba cuando pasaban.

Más adelante, Astro vio un edificio enorme, ancho y extenso, pero de solo unos pocos pisos de altura. Estaba casi oscuro ahora y las luces empezaron a parpadear en las muchas ventanas. Supuso que lo estaban llevando al edificio y no se sorprendió cuando el líder tiró de él del brazo y lo guió hacia una pequeña puerta lateral. Había una mirada curiosa en el edificio y el cadete no pudo averiguar qué era. Echando un vistazo rápido a la pared mientras pasaba por la puerta, casi se echa a reír. ¡El edificio estaba hecho de madera! Supuso que los rebeldes estaban usando materiales disponibles en lugar de importar nada de planetas exteriores. Y dado que Venus era en gran parte un planeta de selvas y vegetación, con pocos depósitos minerales grandes, la madera sería lo más fácil de usar.

El interior del edificio estaba bellamente decorado y diseñado. Vio paredes cubiertas de tallas que representaban antiguas leyendas sobre los primeros colonos. Sacudió la cabeza. "¡Vaya!" Pensó, "¡seguro que van por las cosas de Venus a lo grande!"

"¡Está bien!" espetó el líder. "¡Deténgase aquí!"

Astro se paró frente a una enorme puerta doble que había sido pulida a un lustre brillante. El cadete esperó a que entrara el líder, pero el nacionalista se quedó perfectamente quieto, con la mirada fija al frente. De repente, las puertas se abrieron, revelando una enorme cámara, de al menos ciento cincuenta pies de largo. En el otro extremo, un hombre vestido de blanco con una banda verde en el pecho estaba sentado en una silla bellamente tallada. Dispuestos a cada lado de él había cincuenta o más hombres vestidos en varios tonos de verde. El hombre de blanco levantó la mano y el líder de la patrulla dio un paso adelante, empujando a Astro delante de él. Caminaron por el piso pulido y se detuvieron a tres metros del

hombre de blanco, el líder de la patrulla inclinándose profundamente. Astro miró a los hombres que estaban a cada lado del hombre de blanco. El bulto de las pistolas de rayos paralo-ray era claramente visible debajo de sus túnicas sueltas.

El hombre de blanco levantó la mano en el saludo que Astro había visto antes. Luego, el líder de la patrulla se enderezó y comenzó a hablar rápidamente en el dialecto venusiano. Traduciendo con facilidad, Astro lo escuchó informar de su captura. Cuando concluyó, el hombre de blanco miró a Astro de cerca y dijo tres palabras. Astro negó con la cabeza.

"No habla nuestra lengua materna, Lactu," dijo voluntariamente el líder de la patrulla.

El hombre de blanco asintió. "¿Cómo es," dijo en inglés, "que usted es un venusiano de nacimiento y no habla el idioma de su planeta?"

"Yo era huérfano. Tenía muy poca educación formal," dijo Astro. "Y mientras estamos haciendo preguntas por aquí, ¿qué tal si hago algunas? ¿Quién eres en el espacio? ¿Cuál es la idea de tenerme prisionera?"

"Una pregunta a la vez, por favor, hermano venusiano," dijo el hombre de blanco. "Y cuando te diriges a mí, mi nombre es Lactu."

"¿Lactu qué?" preguntó Astro beligerantemente.

"Tu propio nombre debería decirte que en Venus solo tenemos un nombre."

"¡No importa ese lavado de cohetes!" ladró Astro. "¿Cuándo salgo de aquí?"

"Nunca saldrás de aquí como viniste," dijo Lactu en voz baja.

"¿Qué significa eso?" preguntó el cadete.

"Has descubierto la existencia de nuestra base. Por lo general, te habrían quemado y dejado en la jungla. Afortunadamente, eres venusiano de nacimiento y, por tanto, tienes derecho a unirse a nuestra organización."

"¿Qué significa eso?"

"Significa," dijo Lactu, "que jurarás luchar hasta la muerte si es necesario para liberar al planeta Venus ya los ciudadanos venusianos de la esclavitud de la Alianza Solar y..."

"¡Muy bien, tío!" rugió Astro. "¡Ya tuve suficiente de ese lavado de cohetes! Hice un juramento de lealtad a la Guardia Solar y la Alianza Solar, para defender la causa de la paz en todo el universo y defender las libertades de los planetas. Tu idea es destruir la paz y haz esclavos a la gente de Venus, ¡como estos tontos que tienes aquí!" Astro señaló con desdén a los hombres que estaban a ambos lados de Lactu. "No quiero ninguna parte de ti, ¡así que empieza a disparar!" continuó el gran cadete, su voz retumbando en la gran sala. "¡Pero hazlo bien, porque soy duro!"

Hubo un murmullo entre los hombres y varios pusieron las manos en las culatas de sus pistolas de paralarrayos. Incluso la expresión tranquila en los ojos de Lactu cambió.

"No nos tienes miedo, ¿verdad?" preguntó en un tono de voz bajo, casi sorprendido.

"¡Tú, ni nada que se arrastre en la jungla como tú!" gritó Astro. "Si no estás contento con la forma en que funcionan las cosas en Venus, ¿por qué no llevas tu carne a la Alianza Solar?"

"¡Preferimos hacerlo a nuestra manera!" espetó uno de los hombres cerca de Lactu. "¡Y en cuanto a ti, unos pocos latigazos con un látigo húmedo de Venus te enseñarán a mantener una lengua cortés!"

Astro se dio la vuelta lentamente, mirando a cada uno de los hombres individualmente. "Te lo prometo," dijo lentamente, "el primer hombre que me dé un látigo morirá."

"¿Y quién, por favor, hará la matanza?" resopló una figura baja y robusta con el más oscuro de los uniformes verdes. "¿Tú? ¡Difícilmente!"

"Si no soy yo," Astro se volvió hacia el hombre, "será cualquiera de los mil cadetes espaciales."

"Tienes mucha confianza en ti mismo y en tus amigos," dijo Lactu. "La muerte aparentemente no te asusta."

"No más que cualquier hombre de honor," dijo el cadete. "Me he enfrentado a la muerte antes. En cuanto a mis amigos," Astro se encogió de hombros y sonrió—, tóquenme y esperen lo que pase. ¡Y por las estrellas, señor, puede contar con que suceda!

"¡Suficiente de esto, Lactu!" dijo un hombre cerca del final del grupo. "Tenemos asuntos importantes que hacer. ¡Saquen a este chico tonto y deséchelo!"

Lactu agitó su mano suavemente. "Observen, caballeros, aquí está el verdadero espíritu de Venus. Este niño no es un terrestre ni un marciano. Es un venusiano, un venusiano orgulloso que se ha dejado llevar por las mareas del espacio y ha tomado la vida donde la encontró. Dígame Honestamente, señores, ¿qué habrían pensado de Astro, un venusiano, si hubiera actuado de manera diferente a como lo ha hecho? ¿Si hubiera hecho un juramento que no cree y se humilló a nuestros pies? No, señores, matar a este orgulloso, Venusiano nacido libre sería un crimen. Dime, Astro, ¿tienes alguna habilidad?"

"Puedo manejar materiales nucleares en cualquier forma."

"¡Estamos perdiendo el tiempo, Lactu!" exclamó uno de los hombres de repente. "Resuelva con esto advenedizo más tarde. Ahora vamos a votar sobre el tema que tenemos ante nosotros. La nave está esperando despegar hacia Mercury. ¿Le pedimos su ayuda, o no?"

Hubo un fuerte murmullo entre los hombres reunidos y Lactu levantó la mano. "Muy bien, votaremos. ¡Todos los que estén a favor de pedirle a la gente de Mercurio que se una a nuestro movimiento contra la Alianza dirán que sí!"

"Sí," corearon los hombres.

"¿Contra?"

Lactu miró a su alrededor, pero no hubo respuesta.

Lactu se volvió hacia Astro. "Bueno, venusiano, esta es tu última

oportunidad de unir fuerzas con nosotros y luchar por tu planeta madre."

"¡Vayan a hacer estallar sus aviones!" espetó Astro. Inmediatamente, los ojos de Lactu se convirtieron en puntas de acero.

"¡Esa fue tu última oportunidad!" dijo él. "¡Sáquenlo y mátenlo!"

La puerta se abrió de repente y un soldado vestido de verde corrió por el suelo desnudo, inclinándose apresuradamente ante Lactu. "Perdona esta interrupción, Lactu," dijo sin aliento. "Hay hombres en la jungla que se dirigen hacia el borde del cañón. ¡Tres de ellos!"

Lactu se volvió hacia Astro. "¡Tus amigos, sin duda!" Hizo una orden. Captúralos y tráemelos. Y en cuanto a ti, Astro, necesitamos hombres capaces para construir cabezas de guerra para nuestros torpedos espaciales. Para garantizar la seguridad de tus amigos, te aconsejaría que trabajes para nosotros., tus amigos morirán antes de que caiga otra noche."

Capítulo 12

"Tiene razón, Tom," dijo el mayor Connel. "Deben estar por aquí en alguna parte. Empiece a buscar. Si no están aquí, puede significar que aún está vivo."

Fue Tom quien había pensado en buscar las armas de Astro. Negándose a creer que su compañero de unidad había sido asesinado, el cadete de cabello rizado estaba examinando el traje de jungla roto cuando se le ocurrió la idea.

Rápidamente, Roger, Connel y Tom se esparcieron por el área pisoteada, buscando entre la maleza la pistola de rayos paralelos o el rifle de choque de Astro. Connel examinó la maleza y las enredaderas de cerca en busca de marcas de quemaduras hechas por el desintegrador. Al no encontrar ninguno, se reunió con los chicos.

"¿Bien?" preguntó.

"Nada, señor," respondió Roger.

"No puedo encontrarlos, mayor," dijo Tom.

Connel golpeó los puños y habló con entusiasmo. "Estoy seguro de que Astro no sería sorprendido por un par de cosas como una serpiente o un tiranosaurio sin oponer resistencia. Si lo atacaran de repente, habría disparado al menos un tiro, y si se hubiera vuelto loco, habría quemado las enredaderas y la maleza por aquí. No encontraste sus armas, y no hay áreas quemadas. ¡Apostaré mi vida por eso, Astro está vivo!"

Los rostros de Roger y Tom se iluminaron. Sabían que Connel no tenía pruebas, pero estaban dispuestos a creer cualquier cosa que mantuviera vivas sus esperanzas para su compañero de unidad gigante.

"Ahora," dijo Connel, "suponiendo que no esté muerto y que esté en algún lugar de la jungla, tenemos que averiguar qué haría."

Roger se quedó pensativo un momento. "¿Cuánto tiempo duraría sin su traje de jungla, señor?"

"¿Qué quieres decir?" preguntó Connel.

Los ojos de Tom se iluminaron. "Si está vivo, señor, entonces probablemente esté siguiendo un camino o rastro que lo mantendrá alejado de la espesa maleza," dijo.

Connel pensó un momento. "Sólo hay un rastro de aquí." Se volvió y señaló el rastro que había dejado el tiranosaurio. "Ese."

Los tres astronautas miraron el ancho camino dejado por la enorme bestia. Connel vaciló. "Está hacia el norte," dijo finalmente. "Hemos venido un día completo al oeste y deberíamos girar hacia el norte. Seguiremos el rastro del tiranosaurio durante un día completo."

Roger y Tom sonrieron. Sabían que Connel estaba haciendo todo lo posible por encontrar a Astro, sin dejar de tener presente su misión.

Los tres astronautas avanzaron rápidamente por el sendero, con los ojos alerta a cualquier señal que Astro pudiera haber dejado. Connel vio las grandes manchas de sangre dejadas por el tiranosaurio y advirtió a los dos cadetes. "Este tirano está muy malherido. Puede que esté regresando a su guarida, pero puede que no lo haga y se detenga en el camino. Tenga cuidado y mantenga los ojos abiertos por cualquier señal de que pueda tener..."

Connel fue detenido por el repentino grito de Tom. "¡Mayor! ¡Mire!"

Connel se volvió y miró. Mil metros por delante de ellos, en el camino roto, vieron la monstruosa masa de un tiranosaurio emerger de la penumbra.

"Por los anillos de Saturno," suspiró Connel, "¡ese es el indicado!"

La gran bestia vio a los tres terrestres en el mismo instante. Se incorporó sobre sus patas traseras y, moviendo su enorme cabeza con ira, comenzó a cargar por su propio camino hacia ellos.

"¡Dispersar!" gritó Connel. "¡Ponerse a cubierto!"

Tom y Roger se lanzaron a un lado del camino mientras Connel se lanzaba hacia el otro. Cubriéndose detrás de un árbol, los muchachos se volvieron y apuntaron con sus rifles por el camino. Vieron que el tiranosaurio ya había recorrido la mitad de la distancia entre ellos.

"¡Apunta a las piernas!" gritó Connel, desde su escondite. "¡No intentes disparar a la cabeza! ¡Se está moviendo demasiado rápido! Dáselo en las piernas. ¡Intenta cortarlo!"

Roger y Tom se tumbaron en el suelo y apuntaron con sus rifles a la bestia que se acercaba.

"Tomaré la pierna derecha," dijo Roger. "Toma la izquierda, Tom."

"¡En el blanco!" respondió Tom, entrecerrando los ojos a través de la vista.

"¡Listo!" La voz de Connel rugió a través del camino.

A sólo ciento cincuenta pies de distancia, el tiranosaurio, al oír la voz de Connel, se detuvo de repente. Su cabeza se movía hacia adelante y hacia atrás como si sospechara una trampa.

"¡Fuego!" rugió Connel.

Tom y Roger dispararon juntos, pero en el mismo momento el monstruo se abalanzó hacia la posición de Connel. Ambos disparos fallaron, las cargas de energía simplemente quemaron sus costados.

El tiranosaurio rugió de rabia y se volvió hacia los niños, con la cabeza gacha y las garras de sus cortas patas delanteras extendidas.

En ese momento, Connel abrió fuego, apuntando al cuello vulnerable del monstruo. Pero estaba bien protegido detrás de sus hombros y el astronauta solo logró atraer la atención de la bestia hacia sí mismo.

En este instante, Tom y Roger abrieron fuego de nuevo, enviando violentas cargas de choque a la piel de la bestia. Atrapado en el fuego cruzado fulminante, se volvió ciegamente hacia los niños y

cargó contra ellos. Los dos cadetes dispararon con frialdad, rápidamente, incapaces de perder la gran masa. El aire se volvió acre con el fuerte olor del aire ionizado. Enloquecido ahora más allá de los límites de su resistencia, golpeado al menos veinte veces y salvaje de dolor, el gran rey de la jungla de Venus se abalanzó sobre los dos cadetes.

Roger y Tom vieron que su fuego no iba a detener la carga del tiranosaurio. Ahora estaban vertiendo una corriente de fuego casi constante en el monstruo, mientras que al otro lado del camino, Connel estaba haciendo lo mismo, rastrillando el monstruoso casco desde las patas delanteras hasta los cuartos traseros.

Los muchachos dieron un salto hacia atrás, Tom aún enfrentando a la bestia y disparando su rifle desde la cintura. Pero Roger tropezó en la maraña de la maleza y cayó hacia atrás, dejando caer su rifle. La cabeza de la bestia se inclinó hacia abajo, con las mandíbulas abiertas.

Al ver el peligro de Roger, Tom saltó hacia abajo de nuevo sin dudar y disparó a quemarropa a la cabeza escamosa de la bestia, a sólo tres metros de distancia.

El monstruo rugió en agonía repentina y se echó hacia atrás, levantando la cabeza contra una gruesa rama del árbol en lo alto. La extremidad se soltó bajo el impacto y cayó al suelo encima de Roger.

Desde atrás, Connel se acercó al tiranosaurio y disparó desde una distancia de siete metros. Vaciló y se tambaleó hacia atrás, obviamente herido de muerte. Desde ambos lados, Tom y Connel vertieron el poder de sus armas en la bestia gigante. Cegado, cercano a la muerte, el monstruo vaciló inseguro. Gritando de miedo y dolor, dio media vuelta y avanzó pesadamente por el sendero.

Connel y Tom lo miraron hasta que estuvieron seguros de que no podría atacarlos sin previo aviso, y luego se apresuraron hacia Roger. La pesada rama del árbol había aterrizado sobre su espalda, inmovilizándolo contra el suelo.

"¡Roger!" gritó Tom. "Roger, ¿estás bien?"

El cadete de pelo rubio no respondió. Agarrando una rama robusta que yacía en el suelo cerca, Connel y Tom la trabajaron debajo de la rama que estaba sobre el cuerpo de Roger y la levantaron.

"Lo tengo," dijo Connel, sosteniendo el peso de la extremidad en su hombro. "¡Sácalo!"

Tom rápidamente sacó al cadete inconsciente y lo dejó en el suelo. Connel dejó caer la extremidad y se inclinó para examinar al chico. Pasó los dedos por la columna de Roger, sintiendo los huesos uno por uno a través del ajustado traje de jungla. Finalmente se enderezó y negó con la cabeza. "No puedo decir nada," dijo. "Tendremos que llevarlo de regreso a casa de Sinclair de inmediato." Él se paró. "Le haré una camilla. Mientras tanto, tú persigue a ese tirano y acaba con él. Está bastante perdido, pero nunca se sabe."

"Sí, sí, señor," respondió Tom. Cogió su rifle y lo volvió a cargar, comprobándolo cuidadosamente. Repitió la precaución con el desintegrador de Roger.

"Date prisa," instó Connel, ya buscando una rama adecuada. "El tiempo lo es todo ahora."

"Vuelvo enseguida, señor," respondió Tom. Y mientras se alejaba, volvió a mirar la forma inconsciente de su compañero de unidad. No pudo evitar reflexionar sobre el amargo hecho de que ya dos miembros de la expedición estaban en peligro y no estaban más cerca de su objetivo de encontrar la base oculta de los nacionalistas.

Moviéndose con cuidado, uno de los dos rifles colgando de su hombro, el otro en su mano listo para usar, Tom siguió el rastro del tiranosaurio. Dos mil metros más adelante vio un lugar donde el monstruo había caído y luego luchó por ponerse de pie para seguir tambaleándose. Al doblar una vuelta en el camino, Tom se detuvo abruptamente. Delante de él, a menos de treinta metros de distancia, la bestia yacía tendida en el suelo. El área alrededor estaba desprovista de vegetación. Fue pisoteado hasta el suelo negro. Tom dedujo que era la guarida de la bestia. Siguió adelante con cautela hasta que estuvo a escasos diez metros de distancia y se

agachó entre las raíces de un enorme árbol donde estaría protegido si el monstruo pudiera levantarse y luchar de nuevo.

Observando cuidadosamente la base del cuello del monstruo, apretó el gatillo del rifle de choque. Una carga de energía completa golpeó al tiranosaurio en su punto más vulnerable. Se sacudió bajo la explosión repentina, involuntariamente intentó ponerse en pie y luego cayó hacia atrás, el suelo tembló bajo el impacto de sus treinta toneladas. Luego, después de una patada convulsiva con sus patas traseras que arrancó de raíz un árbol cercano, la bestia se puso rígida y se quedó quieta.

Tom esperó, observando a la bestia en busca de señales de vida. Después de cinco minutos dio un paso adelante con cautela, con el rifle listo. Lentamente rodeó al tiranosaurio. La gran masa se elevaba por encima de él, y los ojos del cadete se abrieron de asombro ante el tamaño del gigante caído. Tom se detuvo en su cabeza, que era tan ancha como alta, miró las mandíbulas y los dientes que habían despedazado a tantos enemigos en pedazos ensangrentados y negó con la cabeza. Había venido a la jungla para matar a una bestia así. Pero con Astro desaparecido y Roger inconsciente, de alguna manera faltaba la emoción de la victoria. Se dio la vuelta y se dirigió hacia el sendero.

Connel había terminado la litera cuando Tom regresó, y el oficial estaba inclinado sobre el cadete rubio, examinándole la espalda de nuevo.

"Será mejor que nos mudemos de inmediato, Tom," dijo Connel. "Aún no puedo decir qué está mal. Puede ser grave, y luego puede ser nada más que un shock. Pero no podemos arriesgarnos."

Tom asintió. "Muy bien, señor." Se ajustó la mochila, se colgó los dos rifles al hombro y empezó a recoger su parte de la litera cuando, de repente, el silencio de la jungla se rompió con un rugido ensordecedor. ¡Connel se puso de pie de un salto!

"¡Corbett!" gritó. "¡Es un cohete despegando!"

"Seguro que sonó así, señor," respondió Tom.

"¡Y apostaré mi vida a no más de media kilómetro de distancia!"

Los dos hombres saltaron al sendero y escudriñaron el cielo. El inconfundible rugido de una nave espacial resonó en la jungla. La nave aceleraba y las reverberaciones del escape del cohete rodaban por las copas de los árboles. De repente, un destello de metal reluciente atravesó el cielo y Connel rugió.

"¡Lo hemos encontrado, Corbett!" Dio una palmada al cadete en la espalda. "¡La base de los nacionalistas! ¡La hemos encontrado!"

Tom asintió, con una media sonrisa en el rostro. "Seguro que lo hemos hecho, mayor." Vaciló un momento., "Sabe, señor, si Roger está realmente malherido, es posible que no lleguemos a tiempo a casa de Sinclair, así que...", "Se detuvo.

"Sé lo que estás pensando, Tom," dijo el oficial, "y estoy de acuerdo. Pero uno de nosotros tiene que volver con la información."

"Vaya, señor," dijo Tom. "Me llevaré a Roger y..."

"No puedes llevarlo solo—"

"Puedo hacerlo de alguna manera," protestó Tom.

Connel negó con la cabeza. "Te ayudare."

"¿Quieres decir que también vas a permitir que te capturen?" farfulló Tom.

"No exactamente." Connel sonrió. "Pero un buen agente de inteligencia obtiene toda la información que puede. ¡Y obtiene la información correcta! Te ayudaré a llevarlo a la base y puedes llevarlo para recibir atención médica. Volveré con Sinclair más tarde. "

Tom intentó protestar, pero el fornido astronauta se había alejado.

Capítulo 13

"¡Párate donde estás!"

Tom y el mayor Connel se pusieron rígidos y miraron a su alrededor, la forma inconsciente de Roger estirada entre ellos en la litera. De la jungla que los rodeaba, surgieron repentinamente nacionalistas vestidos de verde, blandiendo sus armas.

"Baja a Roger," murmuró Connel en voz baja. "No intentes nada."

"Muy bien, señor," respondió Tom, y bajaron la litera al suelo con suavidad.

"¡Levanta tus manos!" vino la segunda orden de un hombre que apareció directamente frente a ellos.

De pie frente a ellos, el hombrecillo dijo algo en dialecto venusiano y esperó, pero Connel y Tom permanecieron en silencio.

"Supongo que no hablas la lengua venusiana," se burló. "¡Así que tendré que usar el repugnante lenguaje de la Tierra!" Miró la forma inconsciente de Roger. "¿Lo que le sucedió?"

"Fue herido en una pelea con un tiranosaurio," respondió Connel. "Permítame recordarle que usted y estos hombres apuntan con armas a un oficial de la Guardia Solar. ¡Tal crimen se castiga con dos años en un asteroide prisión!"

"¡Tú serás el que vaya a la cárcel, mi corpulento amigo!" El hombre rió. "¡Un poco de trabajo en las tiendas te quitará algo de esa cintura!"

"¿Nos estás tomando prisioneros?"

"¿Qué opinas?"

"Veo." Connel pareció considerarlo por un momento. "¿Quién eres tú?" preguntó.

"Soy Drifi, oficial de escuadrón de la patrulla de la jungla."

"Connel, oficial superior de la Guardia Solar," reconoció Connel. "Si estamos prisioneros, deseo hacer una solicitud."

"Los prisioneros no hacen peticiones," dijo Drifi, y luego agregó con sospecha: "¿Qué es?"

"Asegúrate de que este hombre", indicó Connel a Roger— reciba atención médica de inmediato. "

Drifi miró al mayor con cautela.

"Hago esta solicitud como un oficial a otro," dijo Connel. "Un punto de honor entre oponentes."

Los ojos de Drifi brillaron visiblemente ante la palabra oficial, y Tom casi sonrió ante el sutil halago de Connel.

"Tú... y tú," espetó Drifi a los hombres vestidos de verde que los rodeaban, "¡asegúrate de que lleven a este hombre al centro médico de inmediato!" Dos hombres saltaron para recoger la basura.

"Gracias," dijo Connel. "¿Sería tan amable de decirme de qué se trata todo esto?"

"Lo descubrirás pronto. Tenemos una forma especial de tratar a los espías."

"¡Espías!" rugió Connel. El oficial parecía tan indignado que Tom casi se dejó engañar por su tono. "¡Somos cazadores! Uno de nuestro grupo está perdido aquí en la jungla. Lo estábamos buscando cuando fuimos atacados por un tiranosaurio. Durante la pelea, este hombre resultó herido. ¡No somos espías!"

Drifi se encogió de hombros y, ladrando una orden a sus hombres, se internó en la jungla. Connel y Tom se vieron obligados a seguirlos.

Los llevaron a la madera de teca gigante que Astro había visto, y Tom y Connel observaron en silencio mientras la puerta se abría, revelando el tubo de vacío. Los hombres se apiñaron en el coche y

éste bajó al nivel inferior.

Siguiendo los mismos giros en los túneles, Tom y Connel fueron llevados a la armería y vieron a los hombres entregar sus armas y cambiar sus cascos y zapatos. Intentaron desesperadamente echar un vistazo a los rostros de los hombres que los rodeaban mientras se cambiaba el casco, pero, como antes, los hombres tuvieron cuidado de mantener la cara apartada.

Continuando por el túnel, Connel intentó hablar con Drifi de nuevo. "Le agradecería mucho, señor," dijo en su forma militar más formal, "si pudiera darme alguna noticia sobre el otro hombre de nuestro grupo. ¿Lo ha visto?"

Drifi no respondió. Caminó rígidamente hacia adelante, sin siquiera molestarse en mirar a Connel.

Mientras se acercaban a la salida, Connel se acercó imperceptiblemente a Tom y le susurró por el costado de la boca: "Mantén los ojos abiertos para ver si hay barcos. Cuenta todos los que puedas. Cuántos están armados, su tamaño, etc." para vertederos de municiones. Verifique las instalaciones de radar y comunicaciones. Obtenga toda la información que pueda, en caso de que solo uno de nosotros pueda escapar."

"Sí, señor," susurró Tom. "¿Crees que podrían tener Astro?"

"Es una buena suposición. Estábamos siguiendo el rastro del tiranosaurio cuando nos atraparon, y estoy bastante seguro de que Astro había estado haciendo lo mismo."

"¡Deja de hablar!" espetó Drifi, girando de repente sobre ellos. "Tú," le gritó a uno de los guardias, "¡sube aquí y mantenlos separados!"

Un guardia se interpuso rápidamente entre Tom y Connel y la conversación terminó.

En la salida, Connel y Tom se detuvieron involuntariamente al ver lo que tenían delante. Astro había entrado en el cañón cerca del crepúsculo, pero los dos astronautas pudieron ver la base de los nacionalistas bajo el pleno sol del mediodía. Connel jadeó y

murmuró un juramento espacial. Tom se volvió a medio camino hacia su superior y estaba empezando a hablar cuando ambos fueron empujados bruscamente hacia adelante. "Sigue moviéndote," gruñó un guardia.

Mientras caminaban, sus ojos recorrieron el cañón, atentos a los detalles. Tom contó las naves ordenadas ordenadamente en el puerto espacial a cierta distancia, luego contó otras fuera de los talleres de reparación con hombres corriendo sobre ellas como tantas hormigas. Cerca del centro del cañón, el tronco desnudo de una madera de teca gigante se elevó hacia el cielo, una gigantesca torre de comunicaciones. Tom escaneó la antena giratoria y, a partir de su forma y tamaño, dedujo la potencia y el tipo de radar que se utilizaba en la base. Admitió para sí mismo que los nacionalistas tenían lo último y lo mejor. Connel también estaba ocupado, observando edificios de idéntico diseño esparcidos por el suelo del cañón que eran demasiado pequeños para ser hangares de naves espaciales o depósitos de almacenamiento. Supuso que eran alojamientos para huecos de ascensores de tubos de vacío que conducían a cuevas subterráneas.

El cañón resonaba con el chisporroteo de los soldados de arco, el lento golpeteo de los trabajadores del hierro, la tos y el silbido de los trineos a reacción, el rugido de la actividad que significaba un peligro mortal para la Alianza Solar. Connel notó mientras se movía por el suelo del cañón que los trabajadores estaban de buen humor. ¡La moral de los rebeldes, pensó el oficial espacial, era buena! ¡Demasiado bueno!

En una interrupción momentánea de su marcha, cuando Drifi se detuvo para hablar con un centinela, Tom y Connel encontraron la oportunidad de volver a hablar.

"He contado una docena de grandes cargueros convertidos en las rampas explosivas, señor," susurró Tom apresuradamente. "Tres más están siendo reparados, casi terminados, y hay alrededor de cincuenta barcos más pequeños, todos fuertemente armados."

"Eso concuerda con mi cuenta, Tom," respondió Connel apresuradamente. "¿Qué opinas del radar?"

"¡Al menos tan bueno como nosotros!"

"¡Yo también lo pensé! ¡Si un escuadrón de la Guardia Solar intentara atacar esta base ahora, serían detectados y lanzados fuera del espacio!"

"¿Qué hay de las tiendas, señor?" preguntó Tom. "No vi nada como un depósito de suministros."

Connel le habló de los pequeños edificios que, según él, albergaban los huecos de los ascensores hasta los almacenes subterráneos. "¡Solo falta una cosa!" Él concluyó.

"¿Qué es eso, señor?"

"Las cámaras nucleares donde producen municiones para su flota."

"Debe ser subterráneo también, señor," dijo Tom. "No hay un edificio en el cañón que esté hecho de hormigón y acero."

"Bien. ¡O eso, o está allá arriba en los acantilados en uno de esos túneles!" El oficial resopló. "Por las estrellas, Corbett, este lugar es una bomba atómica lista para explotar en el regazo de la Alianza Solar."

"¿Qué vamos a hacer, señor?" preguntó Tom. "Hasta ahora, parece que va a ser difícil salir de nuevo."

"Tendremos que esperar un descanso, Tom," suspiró Connel.

"Espero que hayan cuidado bien a Roger," dijo el cadete en voz baja. "Y espero que tengan a Astro."

"Cuidado," advirtió Connel. "Drifi está regresando. Recuerda, si nos separamos y logras escapar, regresa con Sinclair's. Comunícate con el Comandante Walters y cuéntale todo lo que sucedió. El nombre en clave para el contacto directo de emergencia a través del centro de comunicaciones de la Guardia Solar en Venuspuerto es Juggernaut!"

"¡Juggernaut!" repitió Tom en un susurro. "Muy bien, señor. Pero espero que no estemos separados."

"Bueno, tendremos que tomar lo que venga. ¡Sh! ¡Aquí viene!"

"Está bien, vámonos," dijo el líder de la patrulla.

Continuaron a través del cañón hasta que llegaron a una estructura de madera de cuatro pisos sin ventanas. Drifi abrió una pequeña puerta y les indicó que entraran.

"¿Que es esto?" Preguntó Connel.

"Aquí es donde te quedarás hasta que Lactu te envíe. Ahora mismo, él está en conferencia con los Líderes de División."

"¿Divisiones de qué? ¿Barcos? ¿Hombres?," preguntó Connel despreocupadamente, tratando de no mostrar más que una curiosidad ociosa.

"Lo sabrás cuando la Guardia Solar venga a buscar pelea," dijo Drifi. "¡Ahora entra ahí!"

Tom y Connel fueron empujados adentro y la puerta se cerró detrás de ellos. Estaba oscuro como boca de lobo y no podían ver ni una pulgada frente a sus caras. Pero tanto Tom como Connel supieron al instante que no estaban solos.

"Vamos. ¡Dame esa llave inglesa!" ladró Astro. El hombrecito a su lado le entregó la llave y se inclinó sobre el costado de la carcasa del motor para ver a Astro apretar la tuerca. "Ahora ve y enciende el interruptor," espetó el gran cadete.

El hombrecillo corrió hacia un lado del enorme taller de máquinas y encendió el interruptor de la pared. Se escuchó un zumbido audible de potencia y luego, lentamente, la máquina en la que Astro acababa de trabajar comenzó a acelerar, pronto acelerando a diez mil revoluciones por minuto.

"¿Esta arreglado?" preguntó el capataz de la tienda, acercándose a Astro.

"Sí, ella está arreglada. Pero no trabajo en otro trabajo hasta que me des otro ayudante. Esa cabeza de asteroide que me diste no sabe un —" Astro se detuvo. Algo más allá de las puertas dobles llamó su

atención. Fue la visión de Tom y Connel entrando en el edificio de madera.

"¿Qué pasa con él?" preguntó el capataz.

"¿Eh? ¿Qué? Oh, ah, bueno, está bien, supongo," tartamudeó Astro. "Es solo que está un poco verde, eso es todo."

"Bueno, ponte manos a la obra en el calentador de la cámara número uno. Se ha quemado un cojinete. ¡Cámbialo y date prisa!"

"¡Seguro seguro!" El gran cadete sonrió.

"Dime, ¿qué te pasa?" preguntó el capataz, mirándolo con desconfianza.

"Estoy bien," respondió Astro rápidamente.

El capataz continuó mirando a Astro mientras el gran cadete se volvía hacia su asistente con indiferencia. "¡Vamos, genio, lleva esa caja de herramientas al calentador!" él gritó. Cuando se dio la vuelta, el capataz asintió al guardia vestido de verde, que seguía de cerca a Astro, con la mano en la culata de su pistola de rayos paralelos.

Al ver al pequeño asistente luchando con la pesada caja, Astro se detuvo y se la quitó de los brazos con una mano. Sonriendo, lo sostuvo recto y luego lentamente lo giró en un círculo completo sobre su cabeza, aún sosteniéndolo con una sola mano. Los ojos del guardia se abrieron detrás de su casco de plástico ante esta demostración de fuerza.

"Eres muy fuerte, Astro," dijo, "pero eres demasiado despectivo con un compatriota venusiano." Asintió con la cabeza al pequeño asistente.

"Eso es correcto," dijo Astro. Su sonrisa se endureció y se inclinó ligeramente hacia adelante, balanceándose sobre las puntas de sus pies. "Eso va para ti y todos los demás monos del espacio verde en este lugar. ¡Suelta esa pistola de rayos y te ataré en un nudo!"

Asustado, el guardia sacó la pistola de rayos paralelos de su funda,

pero Astro rápidamente intervino y hundió su puño profundamente en el estómago del guardia. El hombre cayó como una piedra. Astro sonrió y se volvió de espaldas para caminar hacia la calefacción. Escuchó a los otros trabajadores comenzar a charlar con entusiasmo, pero no les prestó atención.

"¡Astro! ¡Astro!" Su pequeño ayudante corrió a su lado. "¡Le pegaste a un guardia de división!"

"Lo hice, ¿eh?" respondió el gran cadete en tono inocente. "¿Qué tipo de división?"

"¿No lo sabes? Venus se ha dividido en áreas llamadas divisiones. Cada división tiene un jefe, y cada ciudadano de Venus en esa división está bajo su jurisdicción personal."

"Ajá," dijo Astro vagamente. Se subió a la máquina y comenzó a quitar la carcasa exterior.

"Los mejores hombres de la división son los guardias personales del Jefe de División."

"¿Qué pasa con el segundo, tercer y cuarto mejores hombres?"

"Bueno, aquí se les asignan trabajos de acuerdo con sus conocimientos y capacidades."

"¿Cuál era tu trabajo antes de venir aquí?"

"Yo era un trabajador de campo en la plantación de mi jefe."

"¿Por qué te uniste?" preguntó Astro. "¿Pensaste que era mejor tener venusinas gobernando Venus, en lugar de pertenecer a la Alianza Solar?"

"No pensé en eso," admitió el hombrecito. "Además, no me uní. Me reclutaron. Mi jefe me acaba de poner en una nave y aquí estoy."

"Bueno, ¿qué te parece ahora que estás aquí?" preguntó Astro. Comenzó a pasar los dedos por algunas de las válvulas, aparentemente sin prestar atención al guardia que acababa de ponerse de pie tambaleándose.

El pequeño asistente hizo una pausa y consideró la pregunta de Astro. Finalmente respondió débilmente: "No lo sé. Está bien, supongo. Es mejor aquí en las tiendas que en las cuevas donde van los demás."

"¿Otros? ¿Qué otros?"

"A los que no les gusta," respondió el hombre. "Los envían a las cuevas."

"¿Qué cuevas?"

"Arriba en el acantilado. Los túneles—" De repente se detuvo cuando un grito enojado resonó en el taller de máquinas. El guardia al que Astro había golpeado se apresuró a llegar. Se volvió hacia varios trabajadores cercanos. "¡Lleva a este idiota parloteador a las cuevas!" ordenó enojado.

Astro bajó lentamente de la máquina y se enfrentó al guardia de manera amenazadora. Cuando el dedo del guardia apretó el gatillo de su pistola de rayos paralelos, el capataz de repente se apresuró y le quitó la pistola de la mano. "¡Necio! ¡Pones rígido a este hombre y nos detendremos en producción durante horas!"

"¡Y qué!" se burló el guardia.

"¡Lactu y tu jefe de división te dirán y qué!" ladró el capataz. Se volvió hacia Astro. "Y en cuanto a ti, si vuelves a intentar algo así, yo..."

"No harás nada," dijo Astro casualmente. "Soy el mejor hombre que tienes y lo sabes. Lactu también lo sabe. ¡Así que no me amenazas y mantén a estos idiotas del espacio verde lejos de mí! Arreglaré tus máquinas, porque quiero, no porque tu puedes obligarme!"

El capataz miró con curiosidad al gran cadete. "¿Porque quieres? Has cambiado de tono desde que llegaste aquí."

"Tal vez," dijo Astro. "Tal vez me guste lo que veo por aquí. Todo depende."

"Bueno, decídase más tarde," ladró el capataz. "¡Ahora arregla esa

máquina!"

"Claro," dijo Astro simplemente, volviéndose hacia la máquina y comenzando a silbar. Curiosamente, estaba feliz. Era un prisionero, pero se sentía mejor de lo que se había sentido en días. El solo hecho de saber que Tom y el mayor Connel estaban al otro lado del cañón le dio una oleada de confianza. Trabajando rápidamente sobre la máquina, seguramente, el gran cadete comenzó a formular un plan. ¡Ahora era el momento! Estaban juntos de nuevo. ¡Ahora era el momento de escapar!

Capítulo 14

"¡Pon tu espalda contra la puerta, Tom!" espetó Connel.
"¡Rápidamente!"

Tom sintió el poderoso agarre de los dedos del oficial de la Guardia Solar en su brazo mientras lo tiraban hacia atrás. Cerró los ojos, luego los abrió, con la esperanza de atravesar la oscuridad, pero no vio nada. A su lado, podía sentir la tensión en el cuerpo de Connel.

Hubo un susurro de movimiento a la derecha de ellos.

"Cuidado, Tom," advirtió Connel. "¡A tu derecha!"

"Lo escuché, señor," dijo Tom, volviéndose hacia el ruido y preparándose.

"Mi nombre es Connel," el corpulento astronauta de repente habló en voz alta. "¡Soy un oficial de la Guardia Solar! ¡Quiquiera que sea, hable! Identifíquese."

Hubo un momento de silencio y luego una voz habló con dureza en la oscuridad.

"¿Cómo sabemos que eres un oficial de la Guardia Solar? ¿Cómo sabemos que no eres un espía?"

"¿Tienes algún tipo de luz?" preguntó Connel.

"Sí, tenemos luz. Pero no vamos a ceder nuestras posiciones. Sabemos cómo movernos aquí. Tú no."

"Entonces, ¿cómo esperas que lo demuestre?"

"La carga de la prueba recae en usted."

"¿Alguna vez has oído hablar de mí?" preguntó Connel después de una pausa.

"Sabemos que hay un oficial de la Guardia Solar llamado Connel."

"Yo soy ese oficial," afirmó Connel. "Me enviaron a la jungla para encontrar esta base, pero uno de nuestro grupo resultó herido y fuimos capturados por una patrulla."

Tom y Connel escucharon voces susurrando en la oscuridad y luego una orden fuerte.

"¡Acuéstate en el suelo, los dos!"

Los dos astronautas dudaron y luego cayeron de espaldas.

"Cierra los ojos y quédate quieto. Uno de los que estamos aquí sabe cómo es Connel. Espero por tu bien que estés diciendo la verdad. Si no lo estás..." La voz se detuvo, pero la amenaza era clara.

"Haz lo que dicen, Tom," dijo Connel.

El cadete cerró los ojos y escuchó el ruido de pasos a su alrededor. De repente, hubo un destello de luz en su rostro, pero mantuvo los ojos cerrados con fuerza. La luz se alejó, pero pudo decir que aún estaba encendida.

"Es Connel, creo," dijo una voz aguda directamente sobre ellos.

"¿Está seguro?"

"Bastante seguro. Lo conocí una vez en Átomo City en una reunión científica. Estaba dando un discurso con un profesor Sykes."

"Así es," dijo Connel al escuchar el comentario. "Yo estuve ahí."

"¿Recuerdas haber conocido a un hombre de Venus que vestía una larga túnica roja?" preguntó la voz aguda.

Connel vaciló. "No," dijo. "Solo recuerdo haber hablado con tres hombres. Dos eran de Venus y uno era de Marte. Pero ninguno de los dos de Venus vestía una túnica roja. Vestían púrpura..."

"Tiene razón," reconoció la voz. "Este es Connel."

"Abre los ojos," dijo la primera voz.

Connel y Tom abrieron los ojos y, a la luz de una pequeña linterna de mano, vieron dos rostros demacrados ante ellos. El más alto de los hombres extendió una mano huesuda. "Mi nombre es Carson." Reconocieron su voz como la que había hablado primero. "Y este es Bill Jensen," agregó.

"Este es Tom Corbett, Space Cadet," dijo Connel. Miró alrededor de la habitación y, bajo la débil luz reflejada de la antorcha, vio a casi cincuenta hombres acurrucados contra las paredes, cada uno de ellos sosteniendo un arma tosca.

"Comprenderá nuestra precaución, mayor," dijo Carson. "Una vez antes teníamos un plan para escapar y se envió un espía. Como puede ver, no escapamos."

"Tampoco el espía," comentó Jensen con gravedad.

"¿Cuanto tiempo llevas aquí?" preguntó Connel.

"El prisionero de mayor edad lleva aquí tres años," respondió Carson. Y cuando los otros hombres comenzaron a reunirse a su alrededor, Connel y Tom vieron que eran poco más que esqueletos andantes. Tenían las mejillas hundidas, los ojos hundidos en las órbitas y vestían poco más que harapos.

"¿Y no hay forma de escapar?" preguntó Tom.

"Tres guardias con desintegradores están apostados al otro lado de esa puerta," dijo Carson. "No hay otra entrada o salida. Intentamos con un túnel, pero se derrumbó y luego pusieron un piso de madera." Lo pisó. Teca. Duro como el acero. No pudimos atravesarlo.

"Pero ¿por qué están prisioneros?" preguntó Connel.

"Todos nos unimos a los nacionalistas creyendo que era solo una especie de club de buenos vecinos, donde podíamos reunirnos e intercambiar ideas para nuestra propia mejora. Y cuando descubrimos lo que realmente estaban haciendo Lactu y los jefes de división, lo intentamos renunciar. Como puede ver, no pudimos.

Sabíamos demasiado."

"¡Malditos rebeldes!" murmuró Connel. "¡La Guardia Solar los enfriará!"

"Me temo que es demasiado tarde," dijo Carson. "Se están preparando para atacar ahora. Lo he estado esperando durante algún tiempo. ¡Tienen suficientes barcos y armas para acabar con toda la guarnición de la Guardia Solar aquí en Venus en un solo ataque!" Sacudió la cabeza. "Después de eso, con las naves de la Guardia Solar y el control total del planeta..." Hizo una pausa y suspiró. "Significará una larga y sangrienta guerra espacial."

Tom y Connel acosaron a los prisioneros con preguntas y pronto comenzaron a tener una imagen completa del alcance del movimiento nacionalista.

"Lactu y sus comandantes deberían ser enviados a un asteroide prisión de por vida," dijo Carson, "por lo que le han hecho a los ex nacionalistas."

"Cientos de venusianos desprevenidos han sido traídos aquí con el pretexto de ayudar a liberar a Venus. Pero cuando llegan y reconocen lo que Lactu realmente pretende hacer, quieren dejarlo. Pero es demasiado tarde, y son enviados a las cuevas. "

Tom miró al hombre demacrado con temor. Había algo en su voz que envió un escalofrío por su espalda.

"Son conducidos como ganado a las paredes del cañón," continuó Carson. "Allí se ven obligados a cavar enormes bóvedas subterráneas para los vertederos de almacenamiento. Son golpeados, azotados y muertos de hambre."

"¿Por qué no estás en las cuevas entonces?" preguntó Connel.

"Algunos de nosotros lo fuimos," respondió Carson. "Pero cada uno de nosotros aquí posee tierras y es necesario mantenernos con vida para enviar instrucciones a nuestros banqueros y capataces para que ayuden de una forma u otra a Sharkey y los jefes de división."

"Ya veo," dijo Connel. "Si muriera, entonces su propiedad estaría

fuera de su alcance."

"Exactamente," dijo Carson.

"¿Es Sharkey el verdadero líder del movimiento?"

"No lo creo. Pero nadie lo sabe. Esa es la idea de los cascos esmerilados. Si no sabes quién es un hombre, puedes liquidarlo sin conciencia. Puede que sea tu mejor amigo, pero tú nunca lo sabrías."

"¡Los malditos rastreadores espaciales!" gruñó Connel. "¡Bien, ellos pagarán!"

"¿Tienes un plan?" preguntó Carson con entusiasmo.

"No," dijo Connel lentamente, "pero al menos ahora todos tenemos más posibilidades."

"¿Cómo?" preguntó Carson.

"La Guardia Solar nos envió aquí para encontrar esta base. Si no regresamos, o enviamos algún tipo de mensaje dentro de un tiempo razonable, ¡esta jungla estará plagada de guardias!"

Carson pareció un poco decepcionado. "Ya veremos," dijo.

Había tres cosas en la mente de Astro mientras el crepúsculo se convertía en noche sobre el cañón. Uno, tenía que averiguar por qué Roger no estaba con Tom y Connel cuando los llevaron al edificio; dos, tenía que encontrar una manera de contactar a Tom y Connel; y finalmente, tenía que escapar él mismo, o ayudar a Tom y Connel a escapar.

El gran cadete terminó el último trabajo en el taller de máquinas. Le había llevado muy poco tiempo, pero el gran cadete se había demorado en ello, tratando de encontrar respuestas a sus tres problemas. A su alrededor, los trabajadores dejaban sus bancos y tornos, para ser reemplazados por otros más. Los nacionalistas estaban utilizando un turno de doce horas en sus frenéticos preparativos para un ataque contra la guarnición de Venuspuerto de la Guardia Solar. Astro finalmente dejó caer la última llave en el juego de herramientas y se enderezó. Se estiró tranquilamente y

miró a su guardia. El hombre aún se frotaba el estómago donde Astro lo había golpeado, y miraba al gran cadete con un brillo asesino en sus ojos.

"Todo terminado," dijo Astro. "¿Dónde y cuándo como?"

"Si yo me saliera con la mía, tú no lo harías," se burló el guardia.

"O me pongo a comer," dijo Astro con seguridad, "o llamo al capataz y tú hablas con Lactu."

"Te sientes bastante grande, ¿no?" gruñó el guardia. "No he olvidado ese puñetazo en el estómago."

"Bueno, apenas te toqué," dijo Astro con fingida sorpresa.

El guardia lo fulminó con la mirada, murmuró un juramento y se volvió. Astro pudo ver que estaba hirviendo, casi fuera de sí por la ira frustrada e impotente, y de repente el joven cadete se dio cuenta de cómo podría moverse libremente por la base. Sonriendo, caminó arrogantemente frente al guardia y salió de la tienda hacia la oscura noche venusiana. Hacía mucho calor y muchos de los trabajadores se habían desnudado hasta los pantalones. Pasó junto a la puerta abierta de un gran taller de herramientas y miró dentro. Estaba vacío. Al parecer, los hombres se habían ido a comer. De repente se detuvo, se volvió hacia el guardia y gruñó: "Si quieres resolver nuestras diferencias ahora, podemos entrar."

El guardia vaciló y miró a Astro. "Cuando me quede contigo, muchacho, lo sabrás."

"¿Qué pasa ahora?" preguntó Astro. "¿Amarillo?" Dio media vuelta y entró en el taller de herramientas sin mirar atrás. El guardia corrió tras él. Pero el gran cadete había calculado cuidadosamente la distancia entre ellos, y cuando escuchó los pasos apresurados del guardia inmediatamente detrás de él, de repente se dio la vuelta, giró hacia la derecha y alcanzó al guardia en la boca del estómago de nuevo. El hombre se detuvo en seco. Sus ojos se abrieron y se pusieron vidriosos, y cayó al suelo como una piedra. Astro llevó al hombre a la esquina de la tienda vacía, le quitó el casco de plástico y luego lo ató y amordazó. Se puso el casco por encima de la

cabeza, casi arrancándose una oreja, agarró la pistola y salió. Se paró frente a la puerta y miró arriba y abajo del área entre los edificios. A quince metros de distancia, un grupo de hombres estaba trabajando sobre una carcasa de tubo, pero ni siquiera miraron hacia arriba.

Permaneciendo en las sombras, caminó por el carril, moviéndose con cuidado. El casco de plástico evitaría que lo reconocieran de inmediato, pero para completar su plan, necesitaba uno de los uniformes verdes de los guardias.

Decidiendo que sería demasiado arriesgado caminar alrededor de la base, se agachó detrás de una enorme caja de maquinaria en la cabecera del carril. Los centinelas patrullaban constantemente la zona y estaba seguro de que pronto pasaría uno. Solo esperaba que el hombre fuera lo bastante grande. Quince minutos después, el cadete escuchó pasos con paso lento y mesurado. Miró por el borde de la caja y silenciosamente exhaló una oración de agradecimiento. Era un guardia vestido de verde y, afortunadamente, casi tan grande como él.

Agachado a la sombra de la caja, Astro se tensó para el ataque. Tenía que ser rápido y silencioso. No podía golpear al guardia por su casco. Tendría que agarrarlo por el cuello para ahogar cualquier grito.

Los pasos lentos se acercaron y el gran cadete se incorporó sobre las puntas de los pies, listo para saltar. Cuando la sombra del guardia cayó sobre él, Astro saltó hacia adelante como un tigre golpeando.

El guardia no tuvo oportunidad. El brazo de Astro se enroscó alrededor de su garganta y el grito de alarma que brotó de su interior se apagó en un grito ahogado. En cuestión de segundos estaba inconsciente y el gran cadete lo había arrastrado detrás de la caja. Lo despojó de su uniforme, lo ató y amordazó con sus propios trapos y lo metió en la caja. Luego, protegido por el casco y el uniforme verde y portando el desintegrador, el cadete salió con confianza y caminó por el camino.

Fue directamente al edificio en el que había visto entrar a Tom y

Connel, y se acercó audazmente al guardia que descansaba frente a la puerta.

"Estás aliviado," dijo Astro en el dialecto venusiano. "Te quieren en las cuevas." El cadete no tenía idea de dónde estaban las cuevas, pero sabía que no podían estar cerca y pasaría algún tiempo antes de que pudiera sonar una alarma.

"¿Las cuevas?" preguntó el guardia. "¿Quién lo dijo?"

El jefe. Quiere que identifique a alguien.

"¿Yo? ¿Identificar a alguien? No entiendo." El guardia estaba desconcertado. "¿Qué sección de las cuevas?"

"La nueva sección," dijo Astro rápidamente, pensando que debe haber una sección nueva y una vieja porque había escuchado a un guardia referirse a la vieja.

"¿Por los túneles de la jungla?"

Astro asintió.

"Deben ser más de esos Guardias Solares," dijo el guardia, relajándose. "Tenemos dos de ellos aquí, otro en el hospital y uno de ellos trabajando en el taller de máquinas."

¡Hospital! Astro tragó saliva. Ese sería Roger. Pero no se atrevió a hacer demasiadas preguntas. "¿Qué les va a pasar?" preguntó casualmente.

"No lo sé," dijo el guardia, "pero me gustaría que nos apresuráramos y atacamos Venuspuerto. Me estoy cansando de vivir aquí en la jungla."

"Yo también," dijo Astro. "Bueno, será mejor que te vayas."

El guardia asintió y comenzó a alejarse. De repente, Astro se puso rígido. Otros dos guardias estaban rodeando la esquina del edificio. Llamó rápidamente al guardia que se marchaba. "¿Quién está de servicio contigo esta noche?"

"Maron y Teril," respondió el guardia, y luego se alejó hacia la oscuridad.

"Hasta luego," dijo Astro, volviéndose hacia los dos hombres que caminaban hacia él. Tendría que deshacerse de ellos.

"Hola, Maron, Teril," llamó casualmente. "¿Todo tranquilo?"

"Sí," respondió el más bajo de los dos, cuando se detuvieron frente a Astro, "no hay problema esta noche."

"¡Bueno, hay problemas ahora!" gruñó Astro. Levantó el desintegrador y lo amartilló. "¡Haz un movimiento en falso, y estás muerto, pajaritos espaciales! ¡Ve allí y abre esa puerta!"

Aturdidos, ambos hombres se volvieron hacia la puerta sin protestar y Astro tomó sus armas. "¡Abrir!" gruñó.

Los hombres deslizaron la pesada barra hacia atrás y abrieron la puerta.

"¡Entrar!" ordenó Astro. Los dos hombres entraron a trompicones. Astro se acercó a la puerta. "¡Tom! ¡Mayor!"

Hubo un grito de alegría desde la oscuridad interior y Astro reconoció a Tom.

"¡Astro!" rugió Connel, apresurándose. "¿Qué diablos...?"

"No puedo hablar ahora," dijo Astro. Toma. Toma estos desintegradores y luego átalos. Cierra la puerta, pero déjala abierta un poco. Podemos hablar mientras yo me quedo afuera y vigilo. Si no hay un guardia aquí, podría significar problemas. "

"Bien," dijo Connel. Cogió los blásters y le arrojó uno a Tom. "¡Maldita sea, nunca sentí nada tan bueno en mi vida!" Cerró la puerta, dejándola abierta unos centímetros.

"¿Por qué Roger está en el hospital?" preguntó Astro rápidamente.

Connel le contó sobre la pelea con el tiranosaurio y la herida de Roger, que terminó con su captura por parte de la patrulla.

"¿Sabe lo que está pasando aquí, mayor?" preguntó Astro.

"Claro que sí," dijo Connel. "Y cuanto antes los destruyamos, más feliz seré."

"Uno de nosotros tendrá que escapar y regresar a la Polaris para contactar al comandante Walters," dijo Astro. "Pero aquí tienen un radar tan bueno como el nuestro. Eso tiene que ser puesto fuera de servicio o pueden destruir cualquier flota atacante."

"Tienes razón," dijo Connel con gravedad, y volvió a entrar en la habitación. "¡Tomás!" él llamó.

"Sí, señor," respondió Tom, acercándose a la puerta.

"Ya que Astro y yo hablamos venusiano -" dijo Connel, y luego agregó cuando Tom jadeó: "Sí, lo hablo con fluidez, pero lo mantuve en secreto. Eso significa que tú eres el indicado. Astro y yo tendremos más de una oportunidad aquí. Usted escapa y regresa a la Polaris. Póngase en contacto con el comandante Walters. Cuénteles todo lo que ha sucedido. Le daremos treinta y seis horas para que lo haga. Exactamente al mediodía, pasado mañana, eliminaremos su Radar."

"Pero ¿cómo, señor?" preguntó Tom.

"No importa. Descubriremos algo. Solo regresa a la Polaris y dile a la Guardia Solar que ataque al mediodía, pasado mañana. Si no lo haces y la flota ataca antes o más tarde, serán borrados." fuera."

"¿Qué hay de usted señor?" preguntó Tom.

"Si regresas en el tiempo, estaremos bien. Si no, entonces esto es un adiós. Aguantaremos tanto como podamos, pero eso no puede ser para siempre. Estamos luchando inteligentemente, hombres decididos, Tom. Y es una lucha hasta el final. Ahora apúrate y ponte uno de esos uniformes."

Mientras Tom regresaba adentro para ponerse el uniforme, Connel regresó con Astro afuera de la puerta. "¿Crees que podemos hacerlo, Astro?"

"No veo por qué no, señor," respondió el gran cadete.

Un momento después regresó Tom, vestido con uno de los uniformes verdes del guardia y con un casco. Carson estaba con él, vestido de manera similar. "Será mejor que Astro me muestre el camino para salir de la base," dijo Tom. "Carson estará de guardia hasta que regrese."

"Buena idea," dijo Connel. Tom y Carson salieron por la puerta.

"¿Todo listo, Astro?" preguntó Tom.

"Sí, solo hay una cosa mal," respondió el gran cadete.

"¿Qué pasa?" preguntó Connel.

"No sé cómo salir de la base."

Capítulo 15

"Puedo decirte la salida de la base."

Ajustándose el casco de plástico sobre su cabeza, Carson se acercó a Astro y Tom y habló con confianza. "Es muy simple."

"¡Uf!" exclamó Tom. "Pensé que tendríamos que andar a tientas."

Carson señaló a través de la oscuridad. "Siga este carril hacia abajo hasta llegar a una gran esclusa de reparación. Hay un carguero espacial en la base de mantenimiento afuera. No puede perderlo. Gire a la izquierda y siga un sendero hasta la base de la pared del cañón. Hay enredaderas de la jungla y enredaderas que crecen por el costado y puedes treparlas fácilmente."

Tom asintió y repitió las instrucciones, luego se volvió hacia Astro. "Tal vez sea mejor que te quedes aquí, Astro. Puedo hacerlo solo."

"No." Connel habló bruscamente desde la puerta. "Astro habla venusiano. Si te detienen, él puede hablar por ti. Te delatarías."

"Muy bien, señor," dijo Tom. "Supongo que es mejor. ¿Listo para empezar, Astro?"

"Listo," respondió el gran cadete.

"Adiós, mayor," dijo Tom, extendiendo la mano hacia la puerta para estrechar la mano de Connel. "Intentaré dar lo mejor de mi."

"Es una cuestión de vida o muerte, Tom." La voz de Connel era baja y ronca. "No nuestras vidas, o las vidas de algunas personas, sino la vida y muerte de la Alianza Solar."

"Entiendo, señor." Tom se volvió hacia Astro y los dos cadetes se marcharon rápidamente.

No tuvieron dificultad para encontrar la nave gigante en las cunas fuera del taller de reparaciones y rápidamente giraron hacia la base

del acantilado. Veinte minutos después habían abandonado el centro de actividad y estaban cerca de la pared del cañón. Se felicitaban por su suerte al no haber sido detenidos ni interrogados cuando, de repente, vieron a un guardia delante de ellos de guardia.

"Yo me ocuparé de él," susurró Astro. "Te escondes aquí en las sombras, y cuando yo silbo, comienzas a escalar. Luego te cubriré desde allí hasta que llegues a la cima. ¿Entendido?"

"¡Derecha!" Los dos cadetes se estrecharon la mano brevemente. Cada uno sabía que no había necesidad de hablar de sus sentimientos. "Cuida de Roger," dijo Tom. "No sabemos qué tan gravemente ha resultado herido."

"Yo me ocuparé de él," dijo Astro. "Mírame ahora y espera mi silbato." Se dio la vuelta y luego hizo una pausa para devolverle la llamada en voz baja: "La suerte del astronauta, Tom."

"Lo mismo para ti, Astro," respondió Tom, y luego se agachó tensamente en las sombras.

El gran cadete caminó casualmente hacia el centinela, quien lo vio de inmediato y levantó su arma bruscamente, llamando un desafío en la lengua venusiana.

"Un amigo," respondió Astro en el mismo dialecto.

El centinela bajó ligeramente el arma. "¿Qué estás haciendo aquí?" preguntó con sospecha.

"Simplemente dando un paseo," dijo Astro. "En busca de algo."

"¿Qué?" preguntó el centinela.

"Tratando de hacer una conexión."

"¿Una conexión? ¿Qué tipo de conexión?"

"¡Este tipo!," dijo Astro de repente, golpeando el cuello del centinela con el costado de la mano, entre el casco y el cuello del uniforme.

El centinela cayó al suelo como un novillo y se quedó quieto. Astro

sonrió, luego se volvió y se fue silbando hacia la oscuridad. A seis metros de distancia, Tom escuchó la señal y se apresuró a llegar a la base del acantilado. Agarró una enredadera gruesa y se impulsó hacia arriba, mano sobre mano. A mitad de camino encontró una pequeña repisa y se detuvo a descansar. Debajo de él, pudo ver a Astro apresurándose hacia el centro de la base. Las tenues luces y el distante murmullo de la actividad le aseguraron que hasta el momento su fuga pasó desapercibida. Reanudó su ascenso y, quince minutos después, el cadete de pelo rizado se paró en el borde del cañón. Después de otro breve descanso, se volvió y se sumergió en la jungla.

Tom sabía que mientras mantuviera el planeta Tierra sobre su hombro derecho, mientras mantenía la distante estrella de Regulus delante de él, estaría viajando en la dirección correcta hacia la plantación de Sinclair. Se detuvo para comprobar su orientación a menudo, de vez en cuando tenía que trepar a un árbol para ver por encima de la jungla. Ignoró la amenaza de un ataque de una bestia de la jungla. Por alguna razón, no presentaba el peligro que tenía cuando entró por primera vez en la jungla, aparentemente años antes. Bajo presión, el cadete se había vuelto experto en la tradición de la jungla y se movía con una velocidad asombrosa. Mantuvo el desintegrador listo para disparar al menor movimiento, pero afortunadamente durante la primera noche no encontró nada más peligroso que unos pocos animales peludos como ciervos que correteaban detrás de él fuera del camino.

La mañana atravesó la jungla con un repentino estallido de luz solar. El aire era claro y sorprendentemente fresco, y Tom sintió que podría llegar a la plantación Sinclair al anochecer si seguía avanzando a toda velocidad.

Se detuvo una vez para una comida rápida del último de los sintéticos que se había metido en el bolsillo de su mochila, y luego continuó a un ritmo constante y devorador de tierra a través de la jungla. A última hora de la tarde comenzó a reconocer signos de rastros recientes, y una vez cruzó el camino que había hecho Astro. Se preguntó si el rastro era uno que Astro había cortado mientras estaba perdido, o antes. Finalmente decidió seguir adelante por su cuenta, ya que había logrado llegar tan lejos sin la ayuda de ningún

marcador guía.

Cuando las oscuras sombras de la noche comenzaron a extenderse sobre la jungla, el joven cadete comenzó a preocuparse. Se le habían concedido treinta y seis horas para regresar a la Polaris, comunicarse con el comandante Walters y decirle la posición de la base, y Tom tuvo que dar tiempo para que la flota de la Guardia Solar se reuniera y despegara, de modo que llegaría a la base exactamente al mediodía del día siguiente. Tenía que llegar a la plantación de Sinclair antes del anochecer o la flota nunca llegaría.

De repente, a su izquierda, escuchó un ruido de matorrales y el rugido de una gran bestia. Tom vaciló. Podría esconderse; podía pelear; o podría girar a su derecha e intentar escapar. La bestia gruñó amenazadoramente. Había recogido su olor. Tom estaba seguro de que era una gran bestia al acecho en busca de comida, y decidió que no podía perder el tiempo escondiéndose o arriesgarse a ser herido en una batalla con el merodeador de la jungla. Rápidamente se desvió hacia su derecha y corrió a través de la jungla. Detrás de él, la bestia siguió la persecución, el suelo temblaba con su aproximación. Comenzó a ganarle. Tom fue repentinamente consciente de haber perdido el rumbo. ¡Podría estar huyendo del claro!

Sin embargo, siguió corriendo, con las piernas doloridas y los pulmones ardiendo. Cargó a través de la maleza que amenazaba con hacerlo tropezar en cualquier momento. Cuando estaba casi al punto del agotamiento total y listo para girar y enfrentar a la bestia detrás de él, vio algo que renovó su espíritu y envió nuevas fuerzas a través de su cuerpo. Más adelante, a través de las enredaderas y enredaderas, la esbelta nariz de la Polaris se perfilaba contra el cielo crepuscular.

Haciendo caso omiso de la bestia detrás de él, se lanzó a través de los últimos metros de maleza de la jungla y corrió hacia el claro alrededor de la casa de los Sinclair. Detrás de él, la bestia dejó de gruñir de repente, y cuando Tom llegó a la esclusa de aire de la Polaris, vio que la bestia se había vuelto, reacia a salir de la protección de la jungla.

Tom abrió el puerto de la esclusa de aire y estaba a punto de entrar

cuando escuchó una voz áspera proveniente de la sombra del estabilizador de puerto.

"¡Deténgase justo donde está!"

Tom dio una sacudida. Rex Sinclair salió de la sombra con una pistola de paralorrayos en la mano.

"¡Sr. Sinclair!" gritó Tom, repentinamente aliviado. "¡Chico, me alegro de verte!" Saltó al suelo. "¿No me reconoce? ¡Cadete Corbett!"

"¡Sr. Sinclair!" gritó Tom, repentinamente aliviado "¡Sr. Sinclair!" gritó Tom, repentinamente aliviado

"Sí, te reconozco," gruñó Sinclair. "¡Aléjate de esa esclusa de aire o te volaré!"

El rostro de Tom expresó la confusión que sentía., "Pero, señor Sinclair, está cometiendo un error. Tengo que subir a bordo y advertir... Se detuvo. "¿Cuál es la idea de sostener un rayo parálítico sobre mí?"

"¡No estás advirtiendo a nadie!" Sinclair agitó la pistola amenazadoramente. "¡Ahora ve a la casa y camina lentamente con las manos en el aire o te congelaré!"

Aturdido por este repentino giro de los acontecimientos, Tom se apartó de la esclusa de aire. "Así que tú también eres uno de ellos," dijo Tom. "No es de extrañar que estuviéramos atrapados en la jungla. Sabías que estábamos buscando la base."

"Eso no importa," espetó Sinclair. "¡Entra en la casa y hazlo rápido!"

El joven cadete caminó lentamente hacia la casa. Vio los restos carbonizados de las dependencias quemadas y asintió. "Así que todo fue un acto, ¿eh? Hiciste quemar tus edificios para desviarnos del camino. Un pequeño precio a pagar para permanecer en la confianza de la Guardia Solar."

"¡Cállate!" gruñó Sinclair.

"¡Quizá puedas callarme, pero se necesitará mucho más que un montón de agitadores para callar a la Guardia Solar!"

"Ya veremos," espetó Sinclair.

Llegaron a la casa y Tom subió los escalones lentamente, esperando que la maceta se acercara lo suficiente para un ataque repentino, pero fue demasiado cuidadoso. Entraron en la sala de estar y Tom se detuvo sorprendido. George Hill y su esposa estaban atados de pies y manos a dos sillas de respaldo recto.

Tom jadeó. "¡George! ¡Señora Hill!"

George Hill se tensó contra sus ataduras y murmuró algo a través de la mordaza en su boca, pero Tom no pudo entender lo que estaba tratando de decir. La Sra. Hill se limitó a mirar la jardinera con ojos muy abiertos y asustados. El cadete se volvió enojado. "¡Vaya, pequeña rata espacial sucia!"

Sinclair no vaciló. Apretó el gatillo de su pistola de rayos paralelos y Tom se puso rígido.

El macetero dejó caer la pistola de rayos en una silla y comenzó a atarle las manos y los pies al cadete inmovilizado.

—Ya que puede oírme, Corbett,"dijo Sinclair— y como no puede hacer nada con respecto a lo que voy a decirle, le daré una explicación completa. Se lo debo a usted. realmente he trabajado para ello."

Incapaz de mover un músculo, Tom, sin embargo, podía oír claramente al sembrador. Mentalmente se reprendió a sí mismo por su estupidez al permitir que lo capturasen tan fácilmente.

Sinclair continuó: "Mi invitación original para ti y tus amigos, para usar mi casa como base para tus operaciones de caza fue sincera. No tenía idea de que estabas relacionado de alguna manera con la investigación que la Guardia Solar planeaba hacer sobre el Nacionalista. movimiento."

Tom estaba completamente atado ahora, y el plantador dio un paso atrás, tomó la pistola de rayos y, al encender el neutralizador, liberó

al cadete de los efectos de la carga de rayos. Tom se estremeció involuntariamente, sus nervios y músculos temblaron cuando la vida repentinamente fluyó hacia ellos de nuevo. Torció las ataduras de sus muñecas y, para su asombro, las encontró un poco sueltas. Estaba seguro de que podía trabajar con las manos libres, pero decidió esperar una mejor oportunidad. Miró el reloj de la pared cercana y vio que eran las nueve de la noche. ¡Solo quince horas antes de que la Guardia Solar deba atacar!

Sinclair se sentó casualmente en una silla y miró al cadete. George y la Sra. Hill habían dejado de luchar y estaban mirando a su empleador.

"¿Sabes algo sobre la bomba que encontramos en la Polaris en nuestro viaje a Venus?" preguntó Tom.

"Yo mismo planeé esa pequeña sorpresa, Corbett," dijo Sinclair. "Desafortunadamente, nuestros agentes en la Tierra lo estropearon."

"Me parece que fue bastante estúpido. Hubiera sido enviado otro hombre en el lugar del mayor Connel, y nos advirtieron que algo grande estaba en el aire."

—Ah, sí, Corbett," dijo Sinclair—. "Pero la destrucción de la Polaris habría provocado un sinfín de especulaciones. Habría habido una investigación que habría quitado temporalmente la atención del movimiento nacionalista. Eso nos habría dado tiempo suficiente para completar nuestros preparativos para el ataque."

"Entonces sabías," dijo Tom con amargura, "cuando el mayor Connel, Roger, Astro y yo salimos de aquí que íbamos a ser capturados."

"Bueno, ese fue uno de los detalles del plan final. Personalmente, esperaba que tú y tu entrometido mayor encontrarán un final más dramático y permanente en la jungla."

"¿Qué vas a hacer con nosotros?" preguntó Tom, mirando a George y su esposa. "¿Y qué tienen que ver el señor y la señora Hill con su plan?"

"Desafortunadamente, descubrieron quién soy y, por supuesto, tuvieron que ser atendidos. En cuanto a tu disposición final, no he tenido tiempo de pensar en eso."

"Bueno, será mejor que empieces a pensar," dijo Tom. "Y será mejor que hagas un buen trabajo cuando ataques a la Guardia Solar. Quizá no lo sepas, Sinclair, pero todo el patrón de la Guardia Solar es de defensa. No invitamos al ataque, pero estamos preparados para ¡Y tenemos el poder de contraatacar!"

—Cuando terminemos con su Guardia Solar, Corbett,"se burló Sinclair—, ¡no quedará nada más que montones de basura humeantes y cadáveres de hombres estúpidos!

El zumbido de un teleceptor sonó de repente en otra parte de la casa y Sinclair abandonó la habitación rápidamente. Cuando estuvo seguro de que la maceta estaba fuera del alcance del oído, Tom se volvió hacia George y le susurró: "Creo que puedo soltar mis manos. ¿Dónde puedo encontrar una pistola de rayos?" George comenzó a murmurar frenéticamente, pero Tom no podía entenderlo, y el sonido de pasos que regresaban silenció a Hill. El macetero regresó a la habitación y se puso apresuradamente el uniforme verde de los nacionalistas. "Acabo de recibir noticias de una aceleración en los preparativos para nuestro ataque," dijo. "¡Pronto, Corbett, pronto verás lo que sucederá con la Guardia Solar!"

Capítulo 16

"¡Trae aquí ese pequeño y sucio rastreador espacial!"

El capitán Strong nunca había visto al Comandante Walters tan enojado. Los cordones se destacaban en su cuello y su rostro estaba rojo de furia mientras caminaba de un lado a otro de la oficina de la Guardia Solar en Venuspuerto. "Un espía," rugió. "¡Un espía en el corazón de nuestra organización!" Sacudió la cabeza.

La puerta se abrió y dos fornidos guardias solares entraron, saludaron y se volvieron para flanquear la puerta, con las manos en sus pistolas de paralorrayos. El secretario privado de E. Philips James entró lentamente, seguido por dos guardias más. Walters se acercó al joven delgado e intenso y lo miró. "¡Si me saliera con la mía, te enviaría a la parte más profunda del espacio y te dejaría allí!"

El hombre se mordió el labio pero no dijo nada.

"¿Dónde está tu base secreta?" -preguntó Walters.

"No lo sé," respondió la secretaria con nerviosismo.

"¿Quién te dijo que interceptaras este mensaje de Mercury?" Walters golpeó un papel en su escritorio. "¿Quién te dio tus órdenes?"

"Recibo órdenes en un audioceptor en mi casa," respondió el hombre, con un leve temblor en su voz. "Nunca he visto a mi superior."

"Y seguiste ciegamente al movimiento nacionalista, haciendo lo que te decían, sin dudarlo, ¿no es así?"

"Sí."

"¡Sí señor!" rugió Walters.

"Sí, señor," corrigió el secretario.

"¿Quién te dijo que falsificaras esas órdenes de asientos prioritarios en el Venus Lark?"

"Mi superior," dijo el hombre.

"¿Cómo supo que el mayor Connel vendría aquí para investigar a los Nacionalistas?"

"Leí el mensaje decodificado enviado al Delegado Solar, Sr. James."

"¿Quién te dijo que enviaras hombres a bombardear la Polaris?"

"Mi superior," dijo el hombre.

"¡Tu superior, tu superior!" La voz de Walters estaba teñida de desprecio. "¿Qué más te ha dicho tu superior que hagas?"

"Muchas cosas," dijo el joven simplemente.

Walters estudió el rostro delgado y luego se volvió hacia el capitán Strong. "Solo hay una cosa que hacer, Steve. No se sabe cuántas de estas ratas hay dentro de nuestra organización. Liberar a todos los civiles en cualquier puesto de confianza y poner a nuestro propio hombre. Haré una transmisión pública por teleceptor en media hora. Estoy declarando la ley marcial."

"Sí, señor," respondió Strong con gravedad.

"Si no hubieras estado en la sala de códigos cuando llegó este mensaje de Mercury, nunca habiéramos sabido que los nacionalistas estaban tratando de que los mercurianos se unieran a ellos en su ataque contra nosotros hasta que fue demasiado tarde. Es la única oportunidad hemos aprendido, hasta ahora, que los mercurianos siguen siendo ciudadanos solares leales y decentes. Odio pensar en lo que habría pasado si no nos hubieran advertido."

"Casi se sale con la suya, señor," dijo Strong. "Si no hubiera escuchado la señal de un mensaje ultrasecreto en la máquina de codificación, nunca hubiera sospechado de él. Trató de esconderlo en su túnica. También confesó haber intentado secuestrar a los cadetes cuando escuchó les digo que un taxi los estará esperando."

"Bueno, ahora lo sabemos," dijo Walters. Se volvió hacia uno de los guardias. "Sargento, lo hago personalmente responsable de este hombre."

"Sí, sí, señor," dijo el guardia, dando un paso hacia la secretaria, pero Walters lo detuvo y se dirigió al hombre.

"Te daré una última oportunidad para que me digas dónde está tu base y cuántos barcos tienes," dijo.

El secretario se miró los pies y murmuró: "No sé dónde está la base y no sé cuántos barcos hay."

"Entonces, ¿qué significa esta lista que encontramos en tu túnica?" espetó Strong. "Estos son los nombres de las naves que se han perdido en el espacio."

"No lo sé. Esa lista me la envió mi superior por el audioceptor. Tenía que transmitirla a Mercury si aceptaban nuestra propuesta de unir fuerzas contra..." Se detuvo.

"¡Sácalo de mi vista!" ladró Walters.

Los guardias se acercaron al hombrecillo y éste salió lentamente de la oficina.

"Me pregunto cuántos más hay como él en nuestra organización, Steve." El comandante se había vuelto hacia la ventana y miraba a ciegas.

"No lo sé, señor," respondió Strong. "Pero creo que será mejor que estemos preparados para los problemas."

"De acuerdo," dijo Walters, volviéndose hacia el capitán de la Guardia Solar. "¿Que sugieres?"

"Como no sabemos cuántas naves tienen, dónde está su base o cuándo planean atacar, sugiero poner los escuadrones de Venus en el patrón de defensa A. Mientras tanto, llame a tres escuadrones adicionales de Marte, la Tierra y la Luna.. De esa manera, al menos podemos estar seguros de una pelea pareja."

"Pero no sabemos si atacarán aquí en Venus. Supongamos que debilitamos la flota de la Tierra y ellos atacan allí." Walters hizo una pausa, luciendo preocupado. Luego suspiró. "Supongo que tiene razón. Ponga en práctica el plan de inmediato. Es lo único que podemos hacer."

Exactamente a la medianoche, todos los teleceptores de Venus se apagaron repentinamente por un momento y luego volvieron a enfocarse para revelar los rasgos sombríos del comandante Walters.

En hogares, restaurantes, teatros, transatlánticos que llegan y salen, en todos los lugares de reunión públicos y privados, los ciudadanos de Venus escucharon el anuncio.

"Como comandante en jefe de la Guardia Solar, por la presente coloco a todo el planeta de Venus bajo la ley marcial. Todas las leyes públicas están suspendidas hasta nuevo aviso. Por la presente, todos los funcionarios públicos quedan relevados de su autoridad. A las diez de la noche hasta las seis de la mañana pasará el toque de queda. Cualquier persona atrapada en las calles entre estas horas será arrestada. Se espera un ataque en la ciudad de Venuspuerto, así como otras ciudades de Venus, momentáneamente. Siga la rutina establecida para tal suceso. Obedezca a los oficiales y hombres alistados de la Guardia Solar que está aquí en Venus para protegerte a ti y a tu propiedad. ¡Eso es todo!"

En la sala de estar de la casa de Sinclair, Tom esperó con impaciencia el sonido del yate de Sinclair despegando antes de intentar liberarse de la cuerda de sus muñecas. Pero cuando había pasado media hora sin ningún sonido del exterior, decidió no perder más tiempo.

Relajándose por completo, el cadete de cabello rizado comenzó a mover las muñecas hacia adelante y hacia atrás en el lazo de la cuerda. Fue un trabajo lento y doloroso, y en poco tiempo la piel quedó en carne viva. George y la señora Hill lo miraron con los ojos muy abiertos. Vieron que la piel de sus muñecas gradualmente se volvía rosa, luego roja, mientras el cadete tiraba y tiraba de la cuerda. Había pasado media hora antes de que sintiera que la cuerda se deslizaba por la parte más ancha de su mano. Lentamente, para no perder la preciosa ventaja, tiró con todas sus

fuerzas, sin pensar en el dolor. Escuchó un jadeo agudo de la Sra. Hill y luego sintió que la cuerda se humedecía. Sus muñecas estaban sangrando. Pero al mismo tiempo sintió que la cuerda se deslizaba sobre sus manos. Dio un tirón rápido y la cuerda se deslizó y cayó al suelo, un enredo sangriento. Se dio la vuelta y desató al capataz ya su esposa rápidamente, quitándoles las mordazas de la boca con suavidad.

"¡Tus muñecas!" gritó la señora Hill.

"No se preocupe por ellos, señora," dijo Tom. Miró a Hill. "¿Cuánto tiempo llevas atado?"

"Aproximadamente una hora antes de que llegara," respondió el capataz. "Encontré a Sinclair frente a un teleceptor en su habitación. Está en un panel secreto y no sabía que estaba allí. Esperé y lo escuché hablar con alguien en venusiano. Pero me vio y sacó una pistola de rayos."

"¿Sabes adónde se fue?" preguntó Tom.

"No, ¡pero desearía haberlo hecho!," dijo el fornido capataz con firmeza. "Tengo algo que arreglar con él."

"Eso tendrá que esperar hasta que la Guardia Solar termine con él. ¡Vamos!" Tom se dirigió hacia la puerta.

"¿A dónde vamos?" preguntó Hill.

"¡Por la Polaris! Tengo que advertir a la Guardia Solar de sus planes. ¡Van a atacar la guarnición de Venuspuerto y apoderarse de Venus!"

"¡Por las estrellas!" jadeó la Sra. Hill. "¡Aquí he estado alimentando a ese hombre todos estos años y no sabía que estaba contribuyendo a una revolución!"

Tom salió por la puerta y corrió hacia la Polaris antes de que ella terminara de hablar. George lo siguió justo detrás de él.

Mientras el cadete corría por el claro oscuro, una esperanza llenó su mente: que la Polaris estaría en las mismas condiciones en las que lo habían dejado.

El puerto aún estaba abierto donde lo había atrapado Sinclair y se subió rápidamente al interior de la nave gigante. Tan pronto como entró, encendió las luces de emergencia y registró la nave con cuidado. Después de examinar todos los compartimentos, y satisfecho de que no había nadie a bordo, regresó al puente del radar. Allí, vio de inmediato por qué Sinclair se había sentido libre de abandonar la nave. Todo el equipo de radar y comunicaciones estaba completamente destrozado.

El joven cadete regresó a la cubierta de control y llamó a George Hill, que esperaba en la esclusa de aire. "¡George! Lleva a la Sra. Hill a bordo rápidamente. ¡Estamos despegando!"

"¿Despegar?" volvió a llamar el capataz. "¡Pero pensé que ibas a contactar con Venuspuerto!"

"No puedo," respondió Tom. "Sinclair ha destrozado las comunicaciones y el radar. Tendremos que llevar nuestra información a Venuspuerto en persona. Solo espero que haya dejado los cohetes y los motores atómicos en paz."

"¿Qué tal si usamos el teleceptor en la casa?" preguntó el capataz, subiendo a la cubierta de control.

"No puedo arriesgarme," dijo Tom. "Esto es ultrasecreto. Es posible que tengan interceptado el teleceptor."

"¿Sabes cómo manejar este barco solo?" preguntó George, mirando alrededor al gran tablero de control. "No sé nada sobre una nave de este tamaño."

"Puedo manejarlo," dijo Tom. "¡Lleva a la Sra. Hill a bordo!"

"Aquí estoy, Tommy," dijo la Sra. Hill, subiendo a la cubierta de control. "Tengo algunos vendajes y ungüento para tus muñecas."

"No hay tiempo, Sra. Hill," dijo Tom. "Tenemos que..."

"¡Disparates!" ella interrumpió con firmeza. "Solo dame tus manos. ¡Solo tomará un minuto!"

Tom, de mala gana, extendió las muñecas y la Sra. Hill aplicó con

destreza el unguento y vendó las muñecas en carne viva del cadete. Es cierto que, sintiéndose mejor, Tom se volvió hacia el interruptor principal y descubrió que faltaba. Por un segundo, el pánico se apoderó de él, hasta que recordó que el mayor Connel lo había escondido. Palpó debajo de la silla del piloto y respiró mejor, sacando el instrumento vital.

"Será mejor que te sientes en las sillas de aceleración," dijo Tom, sujetándose a su asiento. "Este podría ser un despegue difícil."

"Tenga cuidado, Tom," advirtió George. "No tenemos miedo por nosotros mismos, ¡pero tienes que llegar a Venuspuerto!"

"Si ha dejado solo la cubierta de energía, todo estará bien."

El joven cadete estiró una mano temblorosa y encendió el control de disparo automático. Luego, cruzando los dedos, encendió el generador principal y respiró mejor mientras el zumbido constante recorría la nave. Pensó brevemente en Astro y Roger, deseando que sus dos compañeros de unidad estuvieran en sus estaciones, y luego conectó la alimentación de energía a las bombas energizadoras. Hubo un segundo de espera mientras la presión comenzaba a aumentar, y observó con atención el indicador sobre su cabeza en el panel de control. Cuando alcanzó el nivel adecuado, cambió la alimentación de reactante, dándole una tasa completa de D-12. Echó un vistazo al cronómetro astral sobre su cabeza automáticamente y anotó la hora.

"¡Apoyar!" él llamó. "¡Despega menos cinco, cuatro, tres, dos, uno, cero!"

Pulsó el interruptor principal y una ráfaga de energía rugiente se vertió en los tubos principales. El barco se sacudió ligeramente, se levantó lentamente del suelo y, de repente, se disparó hacia arriba. En menos de un minuto, la Polaris había despejado la atmósfera y Tom encendió los generadores de gravedad artificial. Hizo un cálculo rápido en la calculadora planetaria, disparó los cohetes de dirección de babor y envió la nave en un largo curso arqueado hacia Venuspuerto. Luego, soltándose las correas, se volvió para ver cómo el señor y la señora Hill habían despegado.

El capataz y su esposa negaban con la cabeza, aún en estado de shock de aceleración, y Tom los ayudó a levantarse de los cojines.

"¡Oh, Dios mío! ¿Tienen que pasar por esto todo el tiempo?" Preguntó la Sra. Hill. "Es una maravilla para mí cómo un cuerpo humano puede soportarlo."

"Me siento más o menos de la misma manera," murmuró George.

"Una taza de té caliente les sentará bien," les aseguró Tom, y dejando la nave en control automático, entró en la pequeña cocina de la cubierta de control y preparó tres tazas de té. En unos momentos, la pareja de ancianos se sintió mejor y Tom les contó sobre la base de los nacionalistas y el plan de Connel de destruir la estación de radar al mediodía del día siguiente. Tanto el Sr. como la Sra. Hill se sorprendieron por el alcance del plan de los nacionalistas.

"Bueno, mordieron más de lo que podían masticar cuando decidieron derrotar a la Guardia Solar," afirmó Tom. "¡Cuando el comandante Walters termine con ellos, Sinclair y el resto no tendrán nada más que recuerdos!"

"Dime algo, Tom," dijo George, mirando pensativo el panel de control. "¿Has descubierto cómo vas a aterrizar este barco solo y sin radar?"

"Tendré que usar el asiento de mis pantalones." Tom sonrió y se volvió hacia su asiento. George y su esposa se miraron y rápidamente se sujetaron a sus cojines de aceleración.

Unos momentos después, Tom comenzó a frenar la nave con los cohetes de proa. Hizo un arco que ascendía lentamente sobre el puerto espacial y luego se posó lentamente, con la cola primero. El teleceptor de popa estaba averiado, y el joven cadete tuvo que confiar completamente en el "tacto" para que la Polaris entrara de forma segura. Había calculado su velocidad de caída, la gravedad de Venus y la potencia de los cohetes, y estaba cayendo a una velocidad predeterminada. En el punto crítico, aumentó la potencia de los cohetes impulsores, y continuó cayendo lentamente hasta que sintió el golpe discordante de las aletas direccionales tocando el

suelo.

"¡Aterrizaje!" rugió triunfalmente.

Cerró el interruptor principal y se volvió para mirar los rostros sonrientes del Sr. y la Sra. Hill.

"Eso estuvo bien, Tom," dijo George, "pero no quiero volver a hacerlo."

"¡No seas un gato asustado, George Hill!" se burló de la Sra. Hill. "Tom maneja este barco como si hubiera nacido en él."

Tom sonrió. "Será mejor que nos demos prisa. Debe estar pasando algo. No hay luces encendidas aquí en el puerto espacial y todos los edificios administrativos están a oscuras."

Se apresuró a la esclusa de aire y la abrió, saltando suavemente al suelo.

"¡Detener!" gruñó una voz áspera. "¡Levanta las manos y quédate donde estás!"

Desconcertado, Tom hizo lo que le dijeron y anunció: "Soy el cadete espacial Tom Corbett, unidad Polaris. Solicito transporte inmediato al Comandante Walters. Tengo información importante para él."

Fue cegado momentáneamente por el resplandor de un anillo de luces a su alrededor, y cuando finalmente pudo ver, se encontró en medio de un escuadrón de Guardias Solares vestidos de batalla.

"¿Cual es la contraseña?" preguntó un sargento rudo cuyo rifle de choque apuntaba directamente al abdomen de Tom.

"¡Juggernaut!" respondió Tom en voz baja.

La palabra envió al sargento a un frenesí de acción. ¡Peters, Smith, traigan el coche a reacción por aquí!

"¿Qué pasa, sargento?" preguntó Tom. "¿Por qué está todo tan oscuro?"

"¡Ley marcial!" respondió el guardia. "Toque de queda de diez a seis."

"¡Uf!" jadeó Tom. "¡Parece que lo acabo de hacer!"

Cuando George y la Sra. Hill salieron de la esclusa de aire, un automóvil a reacción corrió y se detuvo frente a ellos. Un momento después, Tom y la pareja, acompañados por dos de los guardias, avanzaban a toda velocidad por las calles oscuras y vacías de Venuspuerto. El coche se detuvo una vez en un punto de control en el centro de la ciudad y Tom tuvo que repetir la contraseña. Recogieron otro coche a reacción, lleno de guardias como escoltas, y con el eco de los escapes rugiendo en las avenidas vacías, se apresuraron hacia el cuartel general de la Guardia Solar central.

Tom nunca antes había visto tantos guardias alistados en un solo lugar, excepto en un campo de desfiles. Y notó con cierto entusiasmo que todos los hombres iban vestidos de batalla. Al llegar al cuartel general, los llevaron rápidamente al último piso del edificio y los condujeron a la oficina del comandante Walters. El comandante sonrió ampliamente cuando el joven cadete se acercó al frente de su escritorio y saludó con elegancia.

—El cadete Corbett informa, señor,"dijo—.

En un momento la oficina se llenó de hombres; E. Philips James, Delegado Solar, capitán Strong, comandantes de flota y oficiales de línea.

"Haga su informe, Cadete Corbett," dijo Walters.

Tom habló rápida y precisamente, dando detalles completos sobre la ubicación de la base, el número aproximado de barcos de combate, el armamento de cada uno, la ubicación de los depósitos de suministros y, finalmente, el plan del mayor Connel para sabotear el radar al mediodía del día siguiente. Luego, uno por uno, cada funcionario le hizo preguntas pertinentes a sus tareas. Los comandantes de flota preguntaron sobre la velocidad, el tamaño y el blindaje de las naves; Strong preguntó sobre las tiendas y las líneas de suministro de apoyo; Walters pidió los nombres de todas las personas relacionadas con el movimiento. Tom respondió a

todas estas preguntas lo mejor que pudo.

"Bien, caballeros," dijo Walters, "gracias a Corbett y los demás en esta misión, tenemos toda la información que necesitamos para contrarrestar a los nacionalistas. Propongo seguir el plan del mayor Connel y atacar la base mañana al mediodía. Los escuadrones A y B se acercará desde el sur y el este exactamente al mediodía. Los escuadrones C, D y E entrarán desde el norte y el oeste como una segunda oleada en 1202. El resto de la flota entrará desde arriba a las 1205. Los escuadrones de apoyo son ahora en su camino desde la Tierra y Marte. Despegue a las seiscientas horas. ¡Suerte del astronauta!

"Buen trabajo, Tom," dijo Strong, cuando terminó la conferencia.

"Sí, señor," dijo Tom. "Pero no puedo evitar preocuparme por Roger, Astro y el mayor Connel. ¿Qué va a pasar con ellos, señor?"

Strong vaciló. "No lo sé, Tom. De verdad que no lo sé."

Capítulo 17

"¿Qué hora es, Astro?"

"Exactamente a las once, señor."

"¿Todo listo?"

"Sí señor."

"¿Sabes? qué hacer. ¡Múdate!"

Astro y el mayor Connel estaban agachados detrás de una pila de bidones de combustible apilados cerca del edificio de comunicaciones y radar en el corazón de la base de los nacionalistas. Por encima de ellos, el árbol gigantesco utilizado como torre de radar se elevó directamente hacia el cielo matutino de Venus.

Después de ayudar a Tom a escapar, Astro había regresado al edificio de la prisión para Connel y se sorprendió al encontrar el lugar rodeado de guardias nacionalistas vestidos de verde. En lugar de intentar liberar a Connel, Astro se escondió y esperó el tiempo establecido para arruinar las comunicaciones por radar del enemigo. Durante el segundo día, había eludido con éxito a las numerosas patrullas que lo buscaban. Una vez, desde un escondite, escuchó a uno de los hombres mencionar a Connel. Se arriesgó y se acercó abiertamente a la patrulla. Hablando en dialecto venusiano, se enteró de que Connel había escapado. Esa noticia envió al cadete a un juego diferente de escondite mientras merodeaba por la base en busca del oficial de la Guardia Solar. Lo había encontrado escondido cerca de la torre del radar, y pasaron la noche cerca del edificio de comunicaciones esperando el momento de atacar.

Su plan era simple. Astro entraría al edificio por el frente, mientras que Connel entraría por la parte trasera. Astro llamaría la atención sobre sí mismo, y mientras los guardias dentro del edificio estaban ocupados lidiando con él, Connel se acercaba a ellos por detrás, los

dejaba fuera de combate y luego destruía el equipo de radar.

Los dos astronautas no pensaron en su propia seguridad. Solo les preocupaba lograr su objetivo. Al no tener forma de saber si Tom había regresado a Venuspuerto o si la destrucción del centro de comunicaciones tendría algún valor, tuvieron que continuar asumiendo que Tom había logrado comunicarse.

Astro se arrastró detrás de los tambores y se detuvo a seis metros de la puerta para esperar a que se fueran varios oficiales nacionalistas. Finalmente se subieron a un coche a reacción y se alejaron rugiendo. Astro asintió al mayor que estaba esperando para dar la vuelta hacia la parte trasera y luego se dirigió a la entrada principal.

Connel vio a Astro dirigiéndose hacia la puerta principal y se apresuró a completar su parte de la misión. Esperó exactamente tres minutos, agarró su rifle de choque con firmeza y luego cruzó a la parte trasera del edificio y entró.

Una vez dentro, al mayor le resultó difícil evitar estallar en carcajadas. La gran sala de la planta baja era un frenesí de peleas, gritos y gritos de guardias nacionalistas que intentaban capturar al cadete gigante. Astro estaba de pie en medio de la pista, balanceando metódicamente sus grandes puños como haml, derribando a los guardias como si fueran bolos. Dos de ellos estaban boca arriba, tratando de estrangularlo, mientras otros se apiñaban por todos lados. Pero no pudieron derribar al cadete. Astro vio a Connel, se sacudió y se liberó.

"¡Un paso atrás!" rugió Connel. "¡Al primero de vosotros, monos verdes, que haga un movimiento, le arrancarán los dientes! Ahora colóquense allí contra la pared, ¡y quiero decir rápido!"

El repentino ataque por la retaguardia asustó a los guardias nacionalistas, que se arremolinaban confundidos. Sin embargo, no hubo confusión cuando Connel disparó una ráfaga sobre sus cabezas. Astro agarró una pistola de rayos paralo-ray y se abrió a los guardias. Un segundo después, el escuadrón de nacionalistas se quedó paralizado.

Una vez que los hombres dejaron de ser un peligro para ellos, Connel y Astro cerraron las puertas delantera y trasera y luego subieron corriendo las escaleras que conducían al radar principal y las salas de comunicaciones en el segundo piso.

"¡Empiece por ese extremo del pasillo, yo empezaré aquí!" gritó Connel. "¡Destroza todo lo que veas!"

"Ya ya señor." Astro hizo un gesto con la mano y cargó por el pasillo. Estalló en una habitación, disparando rápidamente, y un ingeniero electrónico se quedó paralizado en una pose de sorpresa frente a su mesa de trabajo. El gran cadete balanceó alegremente una pesada silla sobre la mesa de delicados instrumentos electrónicos y rompió estantes de partes vitales, deteniéndose solo el tiempo suficiente para ver si había dejado algo intacto. Salió corriendo al pasillo de nuevo. En el otro extremo, escuchó a Connel en acción en otra habitación. Astro sonrió. Parecía que el mayor se lo estaba pasando bien. "Bueno," pensó el gran cadete, "¡yo no lo estoy pasando tan mal!"

La siguiente habitación que invadió contenía el panel de control del radar, y el gran cadete aulló de júbilo cuando aplastó la culata de su pistola de rayos paralo-rayos en los delicados tubos de vacío, y rompió los cables y los circuitos.

De repente se detuvo, consciente de que había alguien detrás de él. Se dio la vuelta, el dedo comenzó a apretar el gatillo de su arma, y luego se contuvo justo a tiempo. El mayor Connel estaba apoyado contra el marco de la puerta, con una amplia sonrisa en el rostro.

"¿Como estas?" dijo arrastrando las palabras.

"No está mal," dijo Astro casualmente. "Hay mucho trabajo aquí, arreglando estas cosas, ¿eh?" Él sonrió.

"¿Qué hora es?" preguntó Connel.

Astro miró su reloj. "Veinte a doce."

Será mejor que salgamos de aquí y nos dirijamos a la jungla.

Astro vaciló. "Sabe, señor, he estado pensando."

"Si tiene una idea, dígala," dijo el mayor.

"¿Qué tal liberar a los prisioneros, tomar el control de una nave y despegar?"

"¿Y que la flota de la Guardia Solar nos haga volar por los cielos? ¡No, señor! ¡Vamos, tenemos que ponernos en movimiento!"

"Aún podríamos intentar liberar a Carson y los demás," dijo Astro con firmeza.

"Podemos intentarlo bien, pero no creo que tengamos mucho éxito."

Los dos astronautas regresaron al primer piso del edificio y se dirigieron hacia la puerta trasera sin siquiera mirar la fila de guardias congelados a lo largo de la pared. Una vez fuera, rodearon el borde del edificio, permaneciendo cerca del seto, y luego se lanzaron a través del suelo del cañón hacia el edificio de la prisión. Se sorprendieron al ver que su aplastante ataque había pasado desapercibido, y Connel razonó que el constante rugido de la actividad en el cañón había cubierto los sonidos de su incursión.

"Tendremos que darnos prisa, señor," dijo Astro mientras giraban hacia el camino que conducía a la prisión. "Diez minutos para las doce."

"No es bueno, Astro," dijo Connel, de repente tirando del cadete hacia atrás y señalando el edificio. "Mira a todos los guardias, al menos una docena de ellos."

Astro esperó un segundo antes de decir con gravedad: "Podríamos intentarlo, señor."

"¡No seas un idiota cabezota!" rugió Connel. "¡No les pasará nada a esos hombres ahora, y en cinco minutos habrá tanta confusión por aquí que podremos caminar y abrir la puerta sin disparar un tiro!"

De repente hubo un rugido explosivo detrás de ellos y se dieron la vuelta. En el lado opuesto del cañón, tres cohetes volaban hacia el espacio.

"Debieron haber visto a nuestra flota entrando," dijo Connel, con el

ceño fruncido de desconcierto.

"Pero ¿cómo podrían?" preguntó Astro. "¡Eliminamos su radar!"

Connel golpeó su puño en la palma de su mano. "¡Por las estrellas, Astro, nos olvidamos de su nave espacial de monitoreo sobre la torre! ¡Cuando destruimos la estación principal aquí en el cañón, se hizo cargo y advirtió a la base del ataque!"

Por todos lados, el cañón reverberaba con las ráfagas rugientes de la flota nacionalista despegando. A su alrededor, los rebeldes vestidos de verde corrían hacia sus puestos de defensa. Los oficiales gritaron órdenes frenéticas y los trabajadores dejaron caer herramientas para recoger armas. El edificio que albergaba a Carson y los otros plantadores se quedó de repente solo mientras los guardias se apresuraban a las naves y las estaciones de batalla.

Connel contó el número de barcos despegando y sonrió. "¡No tienen ninguna posibilidad! Solo están enviando dos cruceros pesados, cuatro destructores y unos veinte exploradores. La flota de la Guardia Solar los convertirá en polvo espacial."

Astro se levantó de un salto y empezó a correr.

"¡Oye, Astro! ¿A dónde vas?" gritó Connel.

"¡Para encontrar a Roger!" Astro gritó en respuesta. "¡Te veré aquí de vuelta!"

"¡Derecha!" gritó Connel, volviéndose a esconder. Ahora no había necesidad de soltar a los plantadores de la caseta de vigilancia. Connel estaba satisfecho de que en unos momentos la rebelión contra la Alianza Solar sería derrotada. Sonrió ante la perspectiva de ver una buena pelea.

"Bandit a las tres en punto - ¡alcance veinte kilómetros!" A bordo de la nave de mando del primer grupo de escuadrones de la Guardia Solar atacantes, el capitán Strong se paró en medio de la cubierta de control y observó el contorno de un crucero nacionalista que se acercaba en el escáner de radar. La voz del telémetro zumbó por el intercomunicador de la nave.

"Cambia el rumbo tres grados a estribor, un grado hacia abajo en el plano de la eclíptica," ordenó Strong con calma.

"Sí, sí, señor," respondió Tom en los controles.

"Batería principal, prepárate para disparar." Strong observó de cerca la nave enemiga.

"¡Ey ey!" vino la respuesta por el intercomunicador.

"¡Acercándonos al objetivo!" llamado el telémetro. "Cerca de cincuenta mil yardas, cuarenta mil..."

"Pléyades y Regulus," llamó Strong a las otras dos naves de su escuadrón. "Corta por los flancos de babor y estribor. ¡Escuadrón B, espera!"

Una respuesta abrupta llegó por el audio-receptor cuando los cruceros se desplegaron para el ataque.

"Veintitrés mil yardas, manteniendo el rumbo." La voz del telémetro era uniforme y monótona.

"¡Prepárense para disparar!" espetó Strong.

"¡Dos bandidos a las nueve en punto en el plano de la eclíptica!" vino la advertencia desde el puente del radar.

Antes de que Strong pudiera emitir una orden que contrarrestara el movimiento enemigo, la voz del comandante de las Pléyades llegó por el audio-receptor, "¡Nuestra carne, Strong, tú cuida del bebé grande!"

En la pantalla del escáner, Strong vio los rastros de dos torpedos espaciales surgir desde el lado de las Pléyades, seguidos inmediatamente por dos más de su nave de flanqueo, el Regulus. Los cuatro misiles se precipitaron hacia los dos destructores enemigos y, un segundo después, dos destellos brillantes de luz aparecieron en el escáner. ¡Golpes directos sobre los dos destructores!

"Alcance: diez mil pies," dijo la voz tranquila por el

intercomunicador, recordándole a Strong el crucero enemigo.

"¡Arme cabezas de guerra!"; gritó Strong por el intercomunicador y, en la cubierta del cañón, los hombres hicieron girar las delicadas mechas de las puntas de los torpedos espaciales y dieron un paso atrás.

"¡En el blanco!" llamado el telémetro.

"¡Salvación completa, fuego!" llamó Strong, y se volvió hacia Tom rápidamente. "Giro de noventa grados, ¡cinco grados hacia arriba!"

El crucero de la Guardia Solar se estremeció bajo el retroceso de la salva y luego se sacudió ante el repentino cambio de rumbo para eludir los torpedos disparados por el enemigo una fracción de segundo más tarde.

Cuando el crucero de la Guardia Solar rugió en un largo arco, eludiendo los torpedos enemigos, la nave Nacionalista maniobró frenéticamente para evadir la salva de cabezas de guerra, pero Strong había disparado un patrón mortal. En unos segundos, la nave enemiga se redujo a basura espacial.

Concentrándose en el panel de control, Tom había estado demasiado ocupado maniobrando la nave gigante para ver todo el enfrentamiento, pero escuchó los fuertes gritos de júbilo de la tripulación del arma por el intercomunicador. Miró a Strong y el capitán de la Guardia Solar le guiñó un ojo. "¡Uno abajo!"

"Aquí vienen los escuadrones C, D y E, señor," dijo Tom, indicando el radar. "Justo a tiempo." Miró el cronómetro astral sobre su cabeza. "Dos minutos después de las doce."

"No parece que los necesitemos, Tom," dijo Strong. "Los nacionalistas sólo consiguieron despegar del suelo dos cruceros y cuatro destructores. ¡Ya noqueamos a uno de sus cruceros y dos destructores, y el Escuadrón B se enfrenta ahora al segundo crucero y sus escoltas de destructores!" Se volvió hacia el escáner de radar y vio los puntos blancos uniformemente espaciados que representaban al Escuadrón B envolviendo a las tres naves enemigas. El voluminoso crucero convertido maniobraba frenéticamente para

escapar. Pero no hubo escapatoria. En una acción perfectamente coordinada, las naves de la Guardia Solar dispararon sus torpedos espaciales simultáneamente. Los tres barcos nacionalistas explotaron en un destello mortal de fuego.

"¡No me digas que eso es todo lo que tienen!" exclamó Strong.
"¡Vaya, aún tenemos el resto de la flota llegando a las 1205!"

De repente, Tom se quedó helado en su asiento. Ante él, en el escáner de radar, vio un nuevo grupo de puntos blancos, que aparentemente venían de la nada. Eran naves enemigas, lanzándose hacia el espacio para encontrarse con la flota de la Guardia Solar.
"¡Capitán Strong! ¡Mire! ¡Más de ellos. Desde rampas secretas en la jungla!"

"¡Por los cráteres de la Luna!" rugió el capitán de la Guardia Solar.
"¡Atención! ¡Atención! ¡Todos las naves, todos las naves!" llamó por el intercomunicador de la flota. "Esto es Fuerte a bordo de la nave de mando. La formación de bandidos se acerca rápidamente. ¡Reagruparse! ¡Adopte un patrón defensivo estricto!"

Mientras los escuadrones de la Guardia Solar se desplegaban para enfrentar este nuevo ataque, Tom sintió un escalofrío recorrer su espalda. La masa de barcos que volaban hacia ellos los superaba en número por casi tres a uno. ¡Y había más barcos despegando de las rampas secretas en la jungla! ¡Había llevado a la Guardia Solar a una trampa!

Capítulo 18

"¡Fuego a voluntad! ¡Fuego a voluntad!"

A bordo de la nave de mando, el capitán Strong rugió la orden al resto de la flota, y los comandantes individuales de las naves de la Guardia Solar rompieron la formación y se lanzaron hacia la masa de naves nacionalistas, disparando salva tras salva de torpedos espaciales. Pero fue una batalla perdida. Una y otra vez, Strong y Tom vieron naves de la Guardia Solar rodeadas por tres y cuatro naves de los Nacionalistas, y luego volaron al olvido.

Strong le había ordenado a Tom que maniobrara la nave de mando a voluntad, buscando objetivos, sin dejar de ser un objetivo, y el joven cadete había guiado a la poderosa nave a través de una serie de maniobras que incluso habían sorprendido al experimentado oficial de la Guardia Solar.

"¿Dónde está el resto de la flota?" rugió Strong. "¿Por qué no están aquí aún?"

"No lo sé, señor," respondió Tom, "pero si no aparecen pronto, ¡no quedará mucho para ahorrar!"

"Bandidos adelante," zumbó la voz desde el puente del radar con calma, "tratando de envolvernos."

La mano de Tom se disparó hacia el intercomunicador para transmitir órdenes a la cubierta de energía y miró rápidamente al escáner. Casi vitoreó. "Steve, quiero decir, capitán Strong. ¡El resto de la flota! ¡Está entrando! ¡Atacando desde arriba!"

"¡Por los cráteres de la Luna, tienes razón!" gritó el joven capitán de la Guardia Solar, al ver los puntos blancos en la pantalla del escáner. "¡Está bien, es hora de dejar de correr y luchar!"

Los refuerzos de la Guardia Solar descendieron en picado sobre las naves de combate con una velocidad deslumbrante, y el cielo sobre

el cinturón de la jungla de la base de Venus estaba tan lleno de naves que zumbaban, disparaban y maniobraban que los observadores en tierra no podían distinguir una nave de otra. Durante una hora se prolongó la batalla. Durante el vaivén de ida y vuelta, parecía como si todas las naves tuvieran que volar hacia basura espacial. Finalmente, las maniobras superiores y la habilidad espacial general de las naves de la Guardia Solar empezaron a contar mucho, y las naves nacionalistas empezaron a sumergirse en la jungla o a la deriva indefensas hacia el espacio. Al reformarse, las naves de la Guardia Solar rodearon al enemigo en un patrón de englobamiento mortal y, girando en grandes arcos coordinados a través del espacio, enviaron descargas combinadas de torpedos que chocaron contra las naves enemigas. La batalla espacial había terminado, una completa victoria de la Guardia Solar.

Strong llamó a las naves restantes de su flota: "Tomen la formación K. Aterricen y ataquen la base enemiga de acuerdo con el orden preestablecido. La flota enemiga está destruida, pero aún tenemos un gran trabajo por hacer."

"¿Qué pasa ahora, señor?" preguntó Tom, relajándose por primera vez desde que había comenzado la batalla espacial.

"Intentamos destruir su base y poner fin a esta rebelión lo antes posible," respondió Strong con frialdad.

Uno por uno, las naves de la flota de la Guardia Solar aterrizaron alrededor del borde de la base del cañón. Los transportistas de tropas, que se habían mantenido al margen mientras se desarrollaba la batalla espacial, arrojaron a cientos de duros Marines de la Guardia Solar, cada uno de los cuales portaba rifles de choque, pistolas de rayos paralelos y pequeñas granadas narco que pondrían a un enemigo a dormir en cinco segundos. Media hora más tarde, después de que el último barco nacionalista fuera derribado de los cielos, el borde del cañón estaba vivo con guardias solares esperando para entrar en acción. Muchos tenían compañeros en las naves de la Guardia Solar perdidos en la lucha espacial y estaban ansiosos por vengar a sus amigos.

"¿Cuántos barcos perdimos, señor?" preguntó Tom, después de que los comandantes de escuadrón hubieran presentado sus informes al

capitán Strong.

"Cuarenta," dijo Strong con gravedad. "Pero toda la flota nacionalista fue aniquilada. Gracias al universo que su radar fue eliminado, o nos hubiéramos aniquilado por completo."

"Gracias a Astro y al mayor Connel por eso, señor," dijo Tom con la primera sonrisa en su rostro en días. "¡Sabía que ninguno de esos bromistas verdes podría detener a esos dos!"

"Tengo que informar al comandante Walters ya la Alianza Solar, Tom. Toma un escuadrón de hombres y muévete. Tu trabajo es encontrar a Astro, Roger y el mayor Connel."

"¡Gracias Señor!" dijo Tom alegremente.

En el cañón, el mayor Connel había esperado tanto como se atrevió a que Astro regresara con noticias de Roger. Desde su posición, el duro astronauta no podía decir cómo había terminado la gigantesca batalla espacial hasta que vio a los transportistas de tropas de la Guardia Solar aterrizar en el borde del cañón de arriba. Satisfecho, decidió que era hora de moverse.

Las tropas de la Guardia Solar aterrizaron en el borde del cañón Las tropas de la Guardia Solar aterrizaron en el borde del cañón

Se puso de pie, con cuidado de no exponerse, ya que había estallado una pelea entre los trabajadores. Cada calle, tienda y esquina traería peligros, y habiéndose mantenido vivo hasta ahora, Connel quería llegar a las fuerzas de la Guardia Solar y continuar la lucha junto a sus amigos. Astro no estaba a la vista cuando el mayor se movió cautelosamente por un callejón lateral, y estaba empezando a pensar que Astro no había escapado de la base con Roger, cuando vio al gran cadete aparecer repentinamente en una esquina corriendo tan rápido como podía. Unos segundos más tarde, tres guardias nacionalistas vestidos de verde doblaron la esquina y lo persiguieron.

Astro vio a Connel y se agachó detrás de un automóvil a reacción volcado, gritando: "¡Estoy desarmado! ¡Clavelos, mayor!"

En un instante, Connel cayó al pavimento y, al disparar desde una posición de rodillas, cortó a los nacionalistas con pericia. Cuando el último enemigo quedó congelado, Connel corrió al lado de Astro.

"¿Qué hay de Roger?" preguntó.

"No pude alcanzarlo," respondió Astro. "La enfermería está en el edificio principal de la administración y está tan bien vigilada que se necesitaría una compañía completa para entrar."

Connel asintió con gravedad. "Bueno, lo mejor que podemos hacer es conseguir más hombres y luego abordarlo."

"Sí, señor," dijo Astro. "Creo que será mejor que nos dirijamos a las paredes del cañón en el oeste. Los marines están bajando por ese lado."

"Vamos," gruñó el mayor, y abrió el camino por el estrecho camino. Pero cuando llegaron al área abierta más allá de los talleres de reparación vieron que los guardias nacionalistas habían levantado barreras en las calles y estaban preparando defensas contra el asalto frontal.

"Tal vez sea mejor que nos quedemos donde estamos, señor," dijo el gran cadete, después de escanear las defensas nacionalistas. "Nunca podríamos pasar ahora."

"Ummmh," reflexionó Connel. "Tienes razón. Tal vez podamos ser más útiles atacando detrás de las líneas."

Astro sonrió. "Eso es justo lo que estaba pensando, señor." Señaló una barrera cercana instalada en medio de la calle. "Podríamos eliminar a los hombres detrás de eso..."

"¡Estar atento!" rugió Connel. Detrás de ellos, cinco guardias nacionalistas habían aparecido de repente. Pero estaban más sorprendidos que Astro y Connel, y el gran cadete se aprovechó de eso para cargar directamente contra ellos.

Fue una pelea corta pero feroz. No hubo tiempo para apuntar o disparar una pistola de pararrayos. Se trataba de tener los nudillos, los pies, las rodillas y los hombros desnudos. Uno por uno,

los hombres vestidos de verde fueron agachados y, finalmente, Connel, sin aliento, se volvió para sonreír a Astro.

"Me siento mejor," jadeó, "¡de lo que me he sentido en semanas!"

Astro sonrió. Faltaba uno de los dientes frontales de Connel. Astro se apoyó contra la pared y señaló la pared del cañón donde las columnas de los Marines de la Guardia Solar se dirigían hacia la base bajo un fuerte fuego de cobertura desde arriba. "¡No tardará mucho ahora!"

"Vamos," dijo Connel. "Probablemente enviarán exploradores por delante de esas columnas y podemos hacer contacto con ellos allí." Señaló hacia una gran maraña de alambre de púas colocado en medio de la calle cercana. Astro asintió y, cambiando su pistola de rayos rota por una perteneciente a un nacionalista caído, corrió hacia el borde de la barrera con el mayor. Se agacharon y esperaron el primer contacto de los marines.

"No deberían ser demasiado largos ahora," dijo Connel.

"No más de un minuto, señor," dijo Astro, señalando una figura que corría que se lanzaba de una posición protectora a otra.

"¡Tú allí!" gritó una voz familiar. "¡Detrás de esa barrera!"

Astro miró a Connel. "¡Mayor, eso suena a—!"

"¡Sal con las manos en alto y no te pasará nada!" la voz llamó de nuevo.

"¡Por las estrellas, tienes razón!" gritó Connel. "¡Es Corbett!"

Astro se levantó de un salto y gritó: "¡Tom! ¡Tom! ¡Eres un idiota de cerebro espacial! ¡Soy yo, Astro!"

Detrás de la esquina de una casa, Tom miró con cautela por el borde y vio al gran cadete trepar por la maraña de alambre de púas con Connel justo detrás de él. Tom levantó la mano para que el escuadrón detrás de él mantuviera el fuego y salió para encontrarse con sus amigos. "¡Mayor! ¡Astro!"

Los tres astronautas se golpearon mutuamente en la espalda mientras la patrulla de marines observaba sonriendo. "¿Dónde está Roger?" preguntó Tom finalmente.

Astro le habló rápidamente del edificio de la administración fuertemente custodiado.

"¿Él está bien?" preguntó Tom.

"Nadie lo sabe," respondió Connel. "No hemos podido recibir ninguna noticia de él."

"Voy a ir tras él," dijo Tom, con la mandíbula apretada. "No se sabe qué intentarán hacer con él cuando vean que su gallina está cocida."

"Iré contigo," dijo Astro.

"No, quédese aquí con el mayor Connel," dijo Tom. "Creo que sería mejor si solo uno lo intentara, y el resto creara una distracción en el otro lado."

"Buena idea," dijo Connel. Se volvió hacia el resto de la patrulla. "Hombres, hay un cadete espacial herido en la enfermería del edificio principal. Es el tercer miembro de la unidad Polaris y ha contribuido tanto a la victoria en esta batalla como cualquiera de nosotros. Tenemos que sacarlo del manos de los nacionalistas antes de que le pase algo. ¿Estás dispuesto a intentarlo?"

Los marines estuvieron de acuerdo sin dudar.

"Está bien," dijo Connel, "esto es lo que haremos." Rápidamente, el mayor esbozó un plan mediante el cual Tom se colaba entre las filas de los nacionalistas alrededor del edificio de la administración, mientras que el resto de ellos creaba un movimiento de distracción. Era un plan atrevido que requeriría una fracción de segundo. Cuando todos estuvieron de acuerdo en lo que harían y se fijó la hora de la operación, se dirigieron al edificio de la administración. La rebelión había terminado, derrotada. Sin embargo, los líderes nacionalistas aún estaban vivos. Eran hombres desesperados y Roger estaba en sus manos. Su vida significaba más para Tom Corbett y Astro que la aplastante victoria de la Guardia Solar, y

estaban dispuestos a dar sus propias vidas para salvar la suya.

Capítulo 19

"¿Listo?" preguntó Connel.

"Todo listo, señor," respondió Tom.

"Recuerda, abriremos en exactamente cinco minutos y continuaremos atacando durante otros siete minutos. Ese es todo el tiempo que tienes para entrar, encontrar a Roger y salir de nuevo."

"Entiendo, señor," respondió Tom.

"Múdate," dijo Connel, "¡y suerte del astronauta!"

Con una última mirada rápida a Astro, quien le dio un asentimiento tranquilizador, Tom cayó de rodillas y salió de detrás de su posición oculta. Dejándose caer sobre su estómago, avanzó poco a poco hacia el edificio de la administración. A su alrededor, las pistolas de rayos y los blásters disparaban con regularidad mientras las columnas de marines avanzaban desde todos los lados del cañón hacia el centro, limpiando todo lo que tenían enfrente. El techo del edificio de la administración parecía una sólida hoja de fuego mientras los líderes nacionalistas luchaban desesperadamente.

Llegó al lado del edificio que no tenía ventanas y se encaminó hacia la puerta trasera sin interferencias. Allí vio a cinco hombres vestidos de verde, agachados detrás de sacos de arena, protegiendo la entrada trasera. Echando un vistazo a su reloj vio que la manecilla de barrido marcaba los últimos segundos de su tiempo asignado. En el instante exacto en que alcanzó la marca de los cinco minutos, hubo un repentino estallido de actividad en la parte delantera del edificio. Connel y la patrulla de la Marina habían abierto fuego en un ataque simulado. Los hombres que custodiaban la retaguardia dejaron su barricada y corrieron hacia el edificio para enfrentarse al nuevo asalto.

Sin dudarle un segundo, Tom saltó hacia la puerta. Extendió la mano, lo encontró abierto y luego, con su pistola de rayos lista,

abrió la puerta de una patada. Se apresuró a entrar y se tiró al suelo, pistola de rayos en la mano, listo para congelar cualquier cosa o cualquiera a la vista.

El pasillo estaba vacío. En el frente, continuaron los disparos y los pasillos del edificio resonaron ruidosamente con las frenéticas órdenes de los defensores. Deslizándose a lo largo de la pared cercana, Tom avanzó lentamente. Ante él, una puerta estaba entreabierta y se acercó a ella. De puntillas, el cadete de pelo rizado rodeó el borde de la puerta y miró dentro. Vio a un guardia nacionalista a cuatro patas cargando rifles de choque vacíos. Tom rápidamente entró y clavó su arma en la espalda del hombre. "¡Congelar!" dijo entre dientes.

El soldado se tensó, luego se relajó y lentamente levantó las manos.

"¿Dónde está la enfermería?" preguntó Tom.

"En el segundo piso, al final del pasillo."

"¿Es ahí donde tiene al cadete Manning?" preguntó Tom.

"Sí," respondió el hombre. "Él es-"

Tom disparó antes de que el soldado pudiera terminar. Era duro, pero sabía que tenía que actuar con rapidez si quería ayudar a Roger. El soldado estaba paralizado en su posición de rodillas, y Tom tomó un rifle de choque cargado antes de deslizarse de regreso al pasillo. Aún estaba vacío. Los disparos en el exterior parecían estar aumentando.

Localizó las escaleras y, después de una rápida pero cuidadosa revisión, comenzó a subir, con el corazón acelerado y con las armas listas. En el segundo piso miró arriba y abajo del pasillo, y saltó de nuevo a la escalera rápidamente. Disparando desde una ventana abierta, tres soldados se interponían entre él y la única puerta al final del pasillo. No estaba seguro de si Roger estaba en esa habitación o no, Tom tenía que asegurarse mirando. Y la única forma en que podía hacer eso era eliminar a los hombres en su camino. Se dejó caer sobre una rodilla y apuntó con cuidado con la pistola de rayos. Sería complicado a una distancia tan larga, pero si

fallaba el paralo-ray, el cadete estaba preparado para usar el rifle de choque. Disparó, y por un segundo sin aliento esperó los efectos del rayo sobre los soldados. Luego vio a los hombres ponerse rígidos y sonrió. ¡Trescientos pies con una pistola de rayos era un tiro muy elegante!

Corrió hacia la puerta. Al entrar en la habitación, vio una figura tendida en el suelo. Se detuvo inmóvil, el miedo frío se apoderó de su corazón.

"¡Roger!" él llamó. El cadete de pelo rubio no se movió. Tom saltó al lado de su compañero de unidad y se arrodilló a su lado. Estaba oscuro en la habitación y no podía ver muy bien, pero no había necesidad de luz cuando sintió el pulso de Roger.

"¡Congelado por las estrellas!" el exclamó. Dio un paso atrás, accionó el interruptor neutralizador de su pistola de rayos y disparó una ráfaga corta. Casi de inmediato, Roger gimió, parpadeó y se sentó.

"¡Roger! ¿Estás bien?" preguntó Tom.

"Sí, claro. Estoy bien," murmuró su compañero de unidad. "Esas sucias ratas espaciales. No sabían qué hacer conmigo cuando los marines aterrizaron, así que me congelaron. Tenían miedo de matarme. Miedos de represalias."

"Seguro que usaron la cabeza esa vez," dijo Tom con una sonrisa. "¿Como esta tu espalda?"

"Bien. Solo lo tiré un poco. Es mejor ahora. Pero no se preocupe por mí. ¿Qué está pasando? ¿Dónde están Astro y el mayor Connel? ¿Y cómo llegaron aquí?"

Tom le dio un breve resumen de todo lo que había sucedido, y concluyó con: "El mayor Connel y Astro, con una patrulla de infantes de marina de la Guardia Solar, están afuera ahora atrayendo el fuego nacionalista. El tiempo se nos acaba rápido. Creo que puedes caminar."?"

"Spaceboy," respondió Roger, "para salir de este lugar me arrastraría

sobre mis manos y rodillas."

"¡Entonces vamos!" Tom le dio el rifle de choque a su compañero de unidad y regresó al pasillo. Estaba tranquilo. Tom le indicó a Roger que lo siguiera y se deslizó por el pasillo hacia las escaleras. Afuera, la patrulla de los marines siguió disparando, sin detenerse ni un segundo. Los dos muchachos llegaron a las escaleras y habían comenzado a bajar cuando Tom agarró a Roger por el brazo. "¡Hay alguien moviéndose allí abajo!"

Se abrazaron a la pared y contuvieron la respiración. Tom miró su reloj. Solo faltaban cuarenta y cinco segundos para que los marines dejaran de disparar y se retiraran. ¡Tenían que salir del edificio!

"Tendremos que arriesgarnos, Roger," murmuró Tom. "Intentaremos apresurarlos y luchar para salir."

"¡No te molestes!," dijo una voz áspera detrás de ellos. Los dos cadetes se dieron la vuelta y miraron hacia el segundo piso. De pie en lo alto de las escaleras, Rex Sinclair los miró con el ceño fruncido, pistolas de rayos en cada mano, apuntando a los dos cadetes.

"¡Por los cráteres de la Luna!" gritó Roger. "¡Usted!"

"Esa es una de las cosas que olvidé decirte, Roger," dijo Tom con ironía. "¡Sinclair también pertenece a este equipo!"

"¡Pertenece!" rugió Roger. "¡Mira ese uniforme blanco que lleva! ¡Esta rata amarilla es Lactu, el jefe de todo el movimiento nacionalista!"

Tom miró boquiabierto la figura vestida de blanco en la parte superior de las escaleras. "¡El líder!" jadeó.

"Muy bien, Corbett," respondió Sinclair en voz baja. "Y si no hubiera sido por tres cadetes entrometidos, habría sido el líder de todo el planeta. Pero ya está terminado. Todo lo que me queda es escapar. ¡Y vosotros dos me ayudarán a hacer precisamente eso!"

Roger se dejó caer de repente sobre una rodilla y apuntó con el desintegrador. Pero el líder nacionalista fue demasiado rápido. Su

paraloray crepitó y Roger se quedó congelado.

"Por qué tú-!" rugió Tom.

"Suelta tu arma, Corbett," advirtió Sinclair, "y quítale ese desintegrador."

"Te atraparé, Sinclair," dijo Tom con los dientes apretados, "y cuando lo haga..."

"¡Deja de hablar y ponte a trabajar!" espetó Sinclair.

Tom le quitó el desintegrador de las manos paralizadas de Roger y lo dejó caer al suelo. Sin dejar de apuntar a Tom con una pistola de rayos, Sinclair activó el neutralizador de la otra pistola y volvió a soltar a Roger.

"¡Ahora baja esas escaleras!" ordenó Sinclair. "Un movimiento más divertido de cualquiera de vosotros y haré algo más que congelarlos."

"¿Qué vas a hacer con nosotros?" preguntó Roger.

"Como dije, vas a ayudarme a escapar. Esta vez la Guardia Solar ha ganado. Pero hay otros planetas, otras personas que necesitan un liderazgo fuerte y a quienes les gusta ponerse uniformes y jugar al soldado. La gente siempre encontrará motivos para rebelarme contra la autoridad, y estaré allí para canalizar sus frustraciones en mis propios planes. Quizá sea Marte. O Ganímedes. O incluso Titán. Otro nombre, otro plan, y una vez más la Guardia Solar tendrá que luchar contra mí. Solo la próxima vez, se lo aseguro, ¡seré yo quien gane!"

"No habrá ninguna la próxima vez," gruñó Roger. "Estás acabado ahora. Esta base está repleta de marines. ¿Cómo crees que vas a salir de aquí?"

"Ya verás, amigo mío. ¡Ya verás!"

Sinclair les indicó que se dirigieran a una puerta de la planta baja. "¡Abrelo!" -preguntó Sinclair. Tom la abrió y entró. Era un armario de la tintorería, abarrotado de fregonas y baldes anticuados y trapos

sucios. Sinclair empujó a Roger al interior y estaba a punto de seguirlo cuando varios guardias vestidos de verde llegaron corriendo por el pasillo hacia ellos.

"¡Lactu! ¡Lactu!" gritaron frenéticamente. "¡Están entrando en la base! La Guardia Solar, ¡nos tienen rodeados!"

"¡Seguir luchando!" espetó Sinclair. "¡No te rindas! ¡Inflige tanto daño como sea posible!"

"¿Adónde... adónde vas?" preguntó uno de los hombres, mirando el armario especulativamente.

"¡No me importa!" ladró Sinclair. "Haz lo que te digo. ¡Defiéndete!"

"Parece que estamos perdiendo un líder," observó lentamente otro de los hombres. "No te estarías quedando sin nosotros, ¿verdad, Lactu?"

Sinclair disparó tres ráfagas rápidas de las pistolas de rayos, congelando a los hombres y luego se volvió hacia Tom y Roger. Quédate en ese armario y haz lo que te diga.

Dentro del armario, Sinclair apartó un cubo de una patada y ladró: "Quita la tabla suelta del suelo y déjala caer al suelo."

Tom palpó hasta que encontró la tabla suelta y la levantó.

"¿Qué hay ahí abajo?" preguntó Roger.

"Ya verás," dijo Sinclair. "¡Ahora retrocedan los dos!"

Tom y Roger retrocedieron y miraron mientras Sinclair se inclinaba sobre el agujero en el suelo. Palpó el interior con una mano y pareció girar algo. De repente, la pared opuesta a los dos cadetes se deslizó hacia atrás para revelar un estrecho tramo de escaleras que conducían hacia abajo. Sinclair volvió a señalar con su arma. "Váyanse los dos."

Tom dio un paso adelante, seguido por Roger, y empezaron a bajar las escaleras. Al final se encontraron en un estrecho túnel a unos cuatrocientos pies bajo tierra. El suelo del túnel se inclinó

bruscamente hacia abajo.

"Al final de este túnel," anunció Sinclair, "hay un claro y en ese claro hay una nave espacial. Está a casi tres kilómetros del cañón. Para cuando la Guardia Solar se entere de mi ausencia, estaremos perdidos en el espacio." "

"¿Nosotros?" preguntó Tom. "¿Nos vas a llevar contigo?"

"Pero por supuesto," dijo Sinclair. "¿De qué otra manera podría asegurarme a mí mismo de que la Guardia Solar no me hará daño a menos que lleve conmigo a dos de sus Cadetes Espaciales más honrados?"

"Han pasado quince minutos," anunció Connel, "y aún no han salido. Sólo hay una cosa por hacer. Toma ese edificio y averigua qué pasó."

El mayor estaba agachado detrás de un jet destrozado, mirando el edificio de la administración.

"Puedo llevar al capitán de la Infantería de Marina a nuestra izquierda para coordinar un ataque con nosotros, señor," sugirió Astro.

"Es arriesgado," dijo Connel. "Aún tienen muchos hombres allí. Pero si esperamos a que llegue otra columna, puede que sea demasiado tarde. Está bien, Astro, dile que estamos atacando en diez minutos y pídele que nos dé toda la ayuda que pueda."

—Sí, señor," respondió Astro, y se tiró al suelo para abrirse camino hacia la cabeza de la columna de marines de la izquierda.

El cadete tardó casi cinco minutos en cubrir los cien metros entre las dos posiciones de la Guardia Solar. Varias veces los disparos se volvieron tan fuertes que el cadete se vio obligado a permanecer quieto en el suelo mientras los rifles y las pistolas de rayos crepitaban sobre su cabeza. Finalmente lo logró, varios marines salieron para ayudarlo a cruzar la parte superior de la barrera. Jadeando por respirar, el gran cadete pidió ver al oficial al mando.

Un oficial mugriento y de aspecto cansado se dio la vuelta y se acercó al cadete.

"¡Astro!"

"¡Capitán Strong!"

"¿Dónde están Tom, Roger y el mayor Connel?" demandó Strong.

Astro le dijo al capitán del intento de Tom de salvar a Roger y que no se había sabido nada de él desde entonces. "El mayor Connel quiere que atacemos juntos," continuó Astro. "¡Saltará en cuatro minutos!"

"¡Derecha!" espetó Strong. Se volvió hacia un joven oficial de la Guardia Solar que esperaba respetuosamente cerca. "Tú los recibes, Ferris. Ataque frontal completo. No uses blásteres a menos que sea necesario. Toma tantos prisioneros como sea posible."

"Muy bien, señor," respondió el teniente.

Volveré a la otra posición con el cadete Astro. Empiece su ataque tan pronto como vea entrar al mayor Connel y sus hombres.

"Entendido, señor," dijo el teniente.

Strong y Astro regresaron rápidamente a la posición de Connel, y después de un breve pero cordial apretón de manos, los dos oficiales comenzaron a planear el último asalto contra el bastión de los nacionalistas. Mientras que otras columnas de marines acababan con pequeños grupos de rebeldes que luchaban desde naves espaciales, talleres de reparación y otros edificios inutilizados, la columna de Strong se dirigía directamente hacia el corazón de la base. El edificio de la administración fue la última barrera entre ellos y la victoria completa sobre los rebeldes.

Strong y Connel hablaron brevemente de Tom y Roger, ninguno de los dos quería expresar sus miedos internos frente a Astro. Los nacionalistas anteriormente habían mostrado poco respeto por la vida humana. Ahora, de espaldas a la pared, Connel y Strong sabían que si capturaban a Tom y Roger, podrían ser utilizados como rehenes para garantizar el paso seguro de algunos de los rebeldes.

"Vamos," dijo Connel finalmente. "Tom y Roger nos estarán esperando." Se obligó a sonreír a Astro, pero el cadete gigante se volvió y miró al edificio con gravedad. Connel levantó la mano, echó un último vistazo a la fila de marines que esperaban y luego la bajó rápidamente. "Por encima. ¡Suerte del astronauta!" él gritó.

Los infantes de marina saltaron por encima de su posición de defensa y cargaron locamente hacia el edificio, todas las armas encendidas. Los nacionalistas devolvieron el fuego y durante los primeros segundos pareció que el mundo se había vuelto loco de repente. Strong se encontró gritando, corriendo y disparando en una neblina roja. Astro rugía a todo pulmón y Connel se adelantó a ciegas. Los marines comenzaron a caer por todos lados, abatidos por el fuego fulminante. Luego, cuando pareció que tendrían que retroceder, la columna principal, encabezada por el teniente de la Guardia Solar, atravesó la última barricada y entró en el edificio.

Cinco minutos después, la batalla había terminado. Los últimos restos de los nacionalistas habían sido derrotados y los soldados vestidos de verde fueron llevados a las calles como ganado. Strong y Connel, seguidos por Astro, atravesaron el edificio como toros salvajes en busca de Tom y Roger.

"No hay señales de ellos," dijo Strong finalmente. "Deben haber escapado de alguna manera."

"¡No!" rugió Connel. "Los han sacado de aquí como rehenes. Apostaría mi vida a eso. ¡Debe haber una forma secreta de salir de aquí!"

"Vamos," dijo Strong. "Vamos a encontrarlo." De repente se detuvo. "¡Mira! ¡Esos tres soldados afuera de esa puerta! ¡Están congelados! ¡Echemos un vistazo allí primero!"

Corrieron hacia el armario donde Sinclair había congelado a los tres nacionalistas.

Strong se detuvo y jadeó. "¡Por los cráteres de la Luna, es Sharkey!"

"¿Sharkey? ¿Quién es ese?" preguntó Astro.

"Se supone que es el líder de los nacionalistas," dijo Connel.

Strong liberó rápidamente a Sharkey de los efectos de los rayos paralo-ray y el hombre se estremeció tan violentamente por la reacción que Astro tuvo que agarrarlo para evitar que se cayera.

"¿Dónde están Corbett y Manning?" -preguntó Connel.

"Lactu... los llevó a los dos allí... a través de un pasadizo secreto." Sharkey señaló el armario con un dedo tembloroso.

Strong saltó hacia la puerta del armario y la abrió. Vio la pared abierta y las escaleras que conducían hacia abajo. "¡Vamos! ¡Por aquí!"

Connel corrió salvajemente hacia el armario, seguido de Astro. De repente, el gran cadete se detuvo, se volvió y disparó a quemarropa contra el mascarón de proa de la rebelión nacionalista. Sharkey una vez más se puso rígido.

Los dos oficiales de la Guardia Solar bajaron corriendo las escaleras hacia el túnel y corrieron precipitadamente a través de la oscuridad. El tiempo era precioso ahora. Las vidas de Tom y Roger podrían perderse en un segundo desperdiciado.

Capítulo 20

"¿Qué es ese ruido, Tom?"

Los dos cadetes caminaban por el túnel cuando escucharon el extraño rugido retumbante. Detrás de ellos, Sinclair escuchó la pregunta susurrada de Roger y se rió. "Ese es el sonido de los esclavos alimentados con su almuerzo. ¡Aún no saben que ha habido una batalla y pronto serán libres!"

"¡Esclavos!" jadeó Roger. "¿Qué clase de esclavos?"

"Ya verás. ¡Sigue adelante!" Sinclair empujó a los cadetes con su pistola de rayos. El túnel se había agrandado y la inclinación hacia abajo del suelo disminuyó a medida que avanzaban. El ruido frente a ellos se hizo cada vez más fuerte y ahora podían distinguir palabras ocasionales por encima del estruendo.

"Debemos pasar por la gran bóveda donde trabajan los esclavos," dijo Sinclair. "¡Te aconsejo que mantengas la boca cerrada y hagas lo que te digo!"

Ni Tom ni Roger respondieron, manteniendo la vista al frente.

El túnel de repente se cortó bruscamente a la derecha y pudieron ver un resplandor de luz frente a ellos. Los dos muchachos se detuvieron involuntariamente y luego fueron empujados hacia adelante por las armas de Sinclair. Ante ellos había una enorme caverna de casi mil metros de altura y tres mil de ancho, iluminada por cientos de antorchas. A lo largo de un lado de la cueva, una fila de hombres aguardaba para llenar platos de hojalata maltratados de una olla enorme en la cabecera de la fila. Los hombres iban vestidos con harapos, y cada uno de ellos era poco más que piel y huesos. En lugares estratégicos alrededor de la caverna, los guardias nacionalistas mantuvieron sus armas entrenadas y listas para disparar. Alzaron sus armas rápidamente cuando entraron Tom y Roger, y luego las bajaron de nuevo cuando apareció Sinclair. Todos los ojos se volvieron hacia el líder nacionalista mientras marchaba

por el suelo de la cueva, con Tom y Roger caminando delante de él.

"Verá," dijo Sinclair, "estos desgraciados tontos pensaron que mi organización era una utopía hasta que se enteraron de que yo no era mejor para ellos que la Guardia Solar. Desafortunadamente, aprendieron demasiado tarde y fueron enviados aquí para cavar pozos subterráneos para mis naves espaciales y vertederos de almacenamiento."

La pequeña columna de tres marchó por el suelo de la cueva hacia otro pequeño túnel en el lado opuesto. Los esclavos estaban absolutamente quietos y los guardias le sonrieron a su líder cuando pasó junto a ellos.

Sinclair los ignoró a todos. "Más allá de ese túnel," continuó, señalando la pequeña abertura frente a ellos, "hay una nave espacial. Abordaremos esa nave y despegaremos. Los tres. Adónde iremos, no lo he decidido aún. Tal vez un largo viaje al espacio profundo hasta que la Guardia Solar se haya olvidado de ti, de mí y de los nacionalistas. Luego regresaremos, como dije antes, a Marte, o tal vez a Ganímedes, y empezaré de nuevo."

"¡Estas loco!" dijo Tom con los dientes apretados. "¡Loco como un insecto espacial!"

Veremos, Corbett. ¡Veremos!

De repente, Roger se separó y corrió hacia la masa de esclavos. Gritó salvajemente: "¡Traigan a los guardias! ¡Los nacionalistas están derrotados! ¡La base en el cañón ha sido destruida! ¡Deprisa! ¡Rebelde!"

Los hombres demacrados se arremolinaban alrededor del cadete, todos haciendo preguntas a la vez.

Sinclair hizo una señal a los guardias. "¡Derríbalos!" Cuatro guardias apuntaron con cuidado.

"¡Roger! ¡Cuidado!" advirtió Tom.

Roger se dio la vuelta a tiempo para ver a los guardias a punto de disparar. Se zambulló en busca de un montículo de tierra y se

escondió detrás de él. Las ondas de choque de energía lamieron la arena donde había estado un segundo antes. Roger se levantó y corrió en busca de una mejor cobertura, mientras los guardias seguían disparándole. Entonces, alrededor del cadete, los trabajadores esclavos comenzaron a cobrar vida. Algunos arrojaron piedras a los guardias, otros comenzaron a trepar por los lados hasta las repisas donde estaban los guardias. Tomando la situación de un vistazo, Sinclair empujó la pistola de rayos en la espalda de Tom y gruñó, "¡Adelante!"

El joven cadete no tuvo alternativa. Se volvió y marchó apresuradamente por el suelo hacia el pequeño túnel que tenía delante. Varios trabajadores esclavos intentaron atacar a Sinclair, pero en su condición debilitada, no eran rival para el líder nacionalista alerta que los congeló instantáneamente con su pistola de rayos paralo-rayo.

Roger vio a Tom dirigirse hacia el túnel y se lanzó de repente hacia Sinclair. Pero el líder rebelde escuchó el ruido de unos pasos y se volvió para disparar a Roger mientras el cadete navegaba por el aire en un aparejo volador. La sacudida del rayo lo golpeó de lleno y aterrizó en el suelo con un ruido sordo a unos metros de Sinclair, completamente inmovilizado de nuevo.

Tom trató de aprovechar la ventaja momentánea, pero una vez más Sinclair fue más rápido y obligó a Tom a regresar a la pequeña abertura del túnel.

A su alrededor, los trabajadores esclavos estaban siendo azotados en un frenesí después de meses de odio acumulado hacia sus guardias. Cientos de ellos estaban trepando hacia los puestos de los guardias, sin recordar el fuego mortal que caía sobre ellos.

"¡Entra rápido!" -preguntó Sinclair. Empujó a Tom a través de la pequeña abertura y, después de una rápida mirada por encima del hombro a los esclavos, siguió al cadete.

Sinclair hizo brillar una luz delante de ellos y Tom vio el reflejo de una superficie brillante. A lo lejos reconoció los contornos de una nave espacial.

"¡Sigue moviendote!" ordenó Sinclair. "Eres mi protección para salir de aquí, y si tengo que congelarte y llevarte a bordo, ¡eso es lo que haré! ¡Ahora muévete!"

Tom caminó hacia la esclusa de aire de la nave, Sinclair justo detrás de él. El líder rebelde presionó un botón exterior en la aleta estabilizadora de la nave y el puerto se abrió lentamente. "¡Entra!" gruñó Sinclair.

Tom entró en la nave y esperó. Sinclair se subió detrás de él y cerró la esclusa de aire.

"A través de esa escotilla," dijo Sinclair, señalando la escalera de hierro, "y mantén las manos en el aire."

"¿Cómo crees que vas a atravesar la flota de la Guardia Solar que está parada sobre el cañón?" preguntó Tom casualmente. "¡Tan pronto como vean esta nave despegar, tendrás cien cabezas de guerra atómicas disparándote detrás de ti!"

"¡No mientras te tenga a ti!" se burló Sinclair. "¡Eres mi protección!"

"Estás equivocado," dijo Tom. De todos modos, abrirán fuego.

"Esa es la oportunidad que tengo que correr," dijo Sinclair. "Ahora sube a la cubierta de control y súbete al audioceptor. ¡Vas a decirles que estás a bordo!"

Tom caminó delante del líder rebelde hacia la cubierta de control, su mente corriendo. Sabía que Sinclair estaba cumpliendo con su plan y también sabía que la Guardia Solar no prestaría atención a nada de lo que tuviera que decir. Sí, después de tres advertencias, Sinclair no frenaba los aviones y detuviera su nave, saldría disparado del espacio. Tenía que hacer algo.

"¿Dónde está el comunicador?" preguntó Tom.

"Por el escáner de radar." Sinclair lo miró con recelo. "Recuerda, Corbett, tu vida depende de esto tanto como la mía. Si no los convences de que vale la pena salvarlo dejándome escapar, ¡eres una paloma muerta!"

"No tienes que decírmelo," dijo Tom. "Sé cuando me lamen."

Sinclair tomó su posición en la silla del piloto, frente al panel de control. Por un breve momento le dio la espalda a Tom mientras se inclinaba para encender los generadores. Tom respiró hondo y se tambaleó por la cubierta. Pero Sinclair se volvió, lo vio venir y tiró de la pistola de rayos. No pudo aclararse a tiempo. Los dedos de Tom rodearon el cañón de la pistola mientras Sinclair disparaba. El cañón se calentó cuando Sinclair disparó repetidamente. Los dedos de Tom comenzaban a ampollar bajo el intenso calor, pero aguantó. Con la otra mano se acercó a la garganta del rebelde. Sinclair lo agarró por la muñeca y, unidos, rodaron por la cubierta.

Sinclair continuó disparando la pistola de rayos y los dedos de Tom ardían de dolor por el calor. De repente, el cadete soltó el arma, se dio la vuelta y le hizo perder el equilibrio a Sinclair. Movié su mano libre tan fuerte como pudo contra el estómago del rebelde. Sinclair se dobló y se tambaleó hacia atrás, dejando caer el arma. Tom estaba encima de él como un tiro, golpeando directo, sacudiendo derechas e izquierdas a la cabeza y el estómago del hombre. Pero Sinclair fue duro. Se dio la vuelta y, rápido como un gato, se puso de pie de un salto. Luego, interviniendo, dio un fuerte golpe directo a la mandíbula de Tom. El cadete retrocedió tambaleándose y estuvo a punto de caer al suelo. Sinclair estuvo encima de él en un instante, golpeando su cabeza y cuerpo con violentos golpes.

Sinclair no pudo aclararse a tiempo Sinclair no pudo aclararse a tiempo

Tom cayó al suelo bajo el salvajismo del ataque del líder rebelde. Sinclair levantó el pie para patear al cadete mientras los dedos de Tom se apretaban alrededor del cañón de la pistola de rayos desechada. La levantó bruscamente contra la espinilla del sembrador y retrocedió tambaleándose por el dolor. Tom apuntó con cuidado. Disparó el arma. No pasó nada. El arma estaba vacía.

Sinclair volvió a apresurar al cadete, pero Tom se hizo a un lado y blandió la pesada pistola con todas sus fuerzas. El metal se estrelló contra la cabeza de Sinclair y él se hundió en la cubierta, desmayado.

El último rebelde de Venus había sido derrotado.

"Encontramos a Roger tratando de mantener a los esclavos alejados de los guardias," dijo Strong. "¡Estaban listos para destrozarlos!"

"No puedo decir que los culpo," resopló Connel. "¡Algunos de esos pobres diablos habían estado trabajando en las cuevas durante tres años!"

Tom, Roger y Astro se sentaron despatarrados en sillas en una de las oficinas del cuartel general nacionalista escuchando a Strong y al mayor Connel resumir la batalla del día. Todo el ejército de guardias nacionalistas, jefes de división y trabajadores habían sido reunidos y subidos a los transportes de tropas para llevarlos a un asteroide prisión. Cada rebelde individual sería tratado bajo procedimientos judiciales especiales que se establecerían más adelante por decreto de la Alianza Solar.

"Aún hay algunas cosas que no entiendo," dijo Astro. "¿Cómo sabían que los ibas a investigar en primer lugar?"

"Después de nuestra reunión con el Comandante Walters," dijo Connel, "enviamos un mensaje codificado especial al Delegado de la Alianza Solar aquí en Venus. Su secretaria interceptó el mensaje, usó prioridades robadas para él y dos asistentes para llegar a la Tierra y regresar en un expreso el trazador de líneas del espacio sin que se pierda."

"¡La secretaria!" gritó Tom. "¡Es el mismo tipo que vi en Átomo City cuando nos sacaron de nuestros asientos en el Venus Lark!"

Roger miró a Tom con el ceño fruncido. "¡Un buen momento para recordar!"

Strong sonrió. "Lo descubrimos, Tom, cuando el taxista intentó secuestrarte. También detuvimos al dueño de la casa de empeños."

"Lo más sorprendente de este bromista espacial, Sinclair," comentó Connel, "fue la forma en que había engañado a todo el mundo. No podía imaginarme cómo podía moverse tan rápido hasta que me enteré de esos edificios."

"¿Qué edificios?" preguntó Tom, recordando de repente cómo el líder rebelde había desaparecido tan rápida y silenciosamente cuando estaba cautivo con el Sr. y la Sra. Hill en la casa de Sinclair.

"Cada uno de los miembros importantes de la organización, los Jefes de División, se llamaban a sí mismos, tenía una pequeña choza en su propiedad cerca del borde de la selva. No era más que una cubierta para un pozo que conducía a un túnel, que, a su vez, conducía a otros túneles debajo de la jungla y finalmente se conectaba con uno que conducía directamente a la base."

"¿Quieres decir," dijo Astro, "que tienen túneles subterráneos a lo largo de la jungla?"

"Así es," afirmó Connel. "Si hubieran estado preparados para nuestro ataque, podrían habernos quitado los pantalones. No solo en el espacio, sino en el suelo. Podrían haber corrido en círculos a nuestro alrededor en esos túneles. Sospeché cuando encontré una cabaña en el Lugar de Sharkey sin ventanas."

"Oye, ¿recuerdas la vez que Sinclair me ladró por acercarme a esa choza en su casa cuando llegamos por primera vez?" dijo Roger.

Connel sonrió. "Te apuesto todo el crédito a que si hubieras abierto esa puerta te habrías congelado más que un muñeco de nieve en Plutón."

"Bueno, de todos modos," dijo Tom felizmente, "tenemos lo que vinimos después."

"¿Qué fue eso?" preguntó Strong.

"¡Un tiranosaurio!" respondió el cadete de pelo rizado.

"Y eso es otra cosa," dijo Connel. "Ese tiranosaurio que matamos era una mascota de los nacionalistas. No me refiero a una mascota doméstica, pero encajaba muy bien en sus planes. La guarida del tirano estaba cerca de la cima de ese cañón. Cada vez que aparecía un cazador callejero, el tiranosaurio lo asustaría. Así que cuando vosotros tres vinieron y dijeron que estaban buscando deliberadamente un tiranosaurio, se preocuparon."

"¿Preocupado?" preguntó Roger. "¿Por qué?"

"Ellos pensaron que en realidad los estabas cazando o investigándolos, y cuando comencé a husmear, estaban seguros. Por eso Sinclair ordenó a sus muchachos que quemaran su plantación, para tratar de desviarnos de la pista. Ya ves," concluyó Connel., "su licencia de verano realmente hizo que la pelota rodara en su contra."

"¡Licencia de verano!" gritó Roger. "¿Qué día es hoy?"

"El veintinueve de agosto," respondió Strong.

"¡Oh no!" gimió el cadete rubio. "¡Volvemos a clase en tres días!"

"¡Tres días!" rugió Astro. "¡Pero... pero nos llevará tres días redactar nuestros informes de todo lo que ha sucedido! ¡No tendremos tiempo para divertirnos!"

"¡Divertida!" resopló Connel. "La diversión es para los niños pequeños. ¡Ustedes tres idiotas con cerebro espacial y cabeza de cohete son astronautas!"

FIN